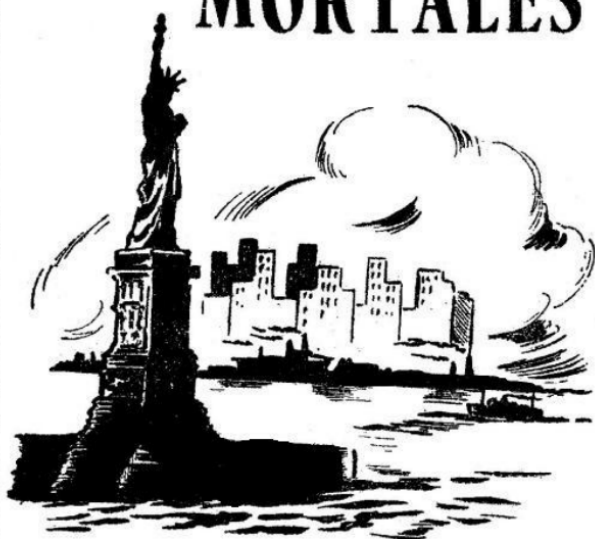




O. C. TAVIN

TRAMPAS MORTALES





SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—¡CULPABLE!, por Alf Manz. (5.^a edición.)
» 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (4.^a edición.)
» 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter. (3.^a ed.)
» 4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (3.^a edición.)
» 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair.
(2.^a edición.)
» 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz. (2.^a ed.)
» 7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter. (2.^a ed.)
» 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair.
(2.^a edición.)
» 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny. (2.^a edición.)
» 10.—LA REDADA, por O. C. Tavin. (2.^a edición.)
» 11.—SHANGHAI, por Alf Manz. (2.^a edición.)
» 12.—GUERRA DE GANGSTERS, por Fred Baxter.
(3.^a edición.)
» 13.—¡SANGRE!, por Frank McFair. (2.^a edición.)
» 14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Alar Benet.
(2.^a edición.)

Núm. 15.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G. Murphy. (2.^a edición.)

» 16.—TANGER, por Alf Manz. (2.^a edición.)

» 17.—¡TRAIDOR!, por O. C. Tavin. (2.^a edición.)

» 18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny (2.^a ed.)

» 19.—ALTA TRAICION, por Fred Baxter. (2.^a edición.)

» 20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO, por Alf Manz. (2.^a edición.)

» 21.—EL DELATOR, por Alar Benet.

» 22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.

» 24.—PERSECUCION, por O. C. Tavin.

» 25.—UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny.

» 26.—HORAS TRAGICAS, por A. G. Murphy.

» 27.—LA MUERTE ALADA, por Frank McFair.

» 29.—EL COLOSO DE HIERRO, por Alar Benet.

En preparación:

CONTRABANDO FUNESTO.

I



especial Shanstone, penetró él inspector Costen, del agente
F. B. I.,

en su casa con aire cansado, abatido. Fué hasta un sillón en el
«hall», y se sentó pesadamente, haciendo un gesto para que el joven
Shanstone le imitase.

—Una hermosa paliza la que nos hemos dado, para nada, hijo —
murmuró el viejo inspector pasándose la mano derecha sobre la
frente sudosa—. Es cosa fuerte ésta...

—Todavía no me he dado bien cuenta de por qué la operación
no ha salido como estaba prevista —dijo Shanstone sentándose y
sacando de un bolsillo un paquete de «Chesterfield», ofreciendo a su
jefe. Éste tomó un cigarrillo, lo encendió nerviosamente y aspiró el
humo con fuerza.

—¿No está Berenice?

—Me parece que la he oído andar por la cocina. ¡Nice, esposa! —gritó el inspector sonriendo—. Que nos dé ánimos, ¿verdad? ¡Nice, estamos aquí!...

—Desde que saliste del ascensor supe que eras tú —exclamó la esposa del inspector apareciendo en el «*hall*»—. Buenos días, Randolph —dijo al agente especial, que se levantó para estrechar su mano—. ¡Qué caras traéis!... ¿Fracaso?

Berenice Costen tendría unos treinta y un años y poseía un bien formado cuerpo, esbelto, airoso. De alta estatura, aunque no tanta como su marido, vestía incluso para estar en casa elegantemente, con un gusto quizá algo extraño, exótico, que la hacía sin duda alguna más atrayente, fascinadora. Poseía una cabellera dorada maravillosa, y sus grandes ojos azules muy claros tenían una extraña expresión vivaz, cambiante, o bien se tornaban melancólicos y dulces, reflejando así de forma perfectamente clara el estado anímico de su dueña. El inspector Costen solía decir de ella que parecía que estaba siempre en escena, pues Berenice, antes de casarse con el inspector, fué actriz en compañías de comedias que deambulaban por todos los Estados de la Unión.

—Como fracaso, realmente no —repuso el inspector Costen mirando a su subordinado, esperando de él un asentimiento a sus palabras—. Resultó que no dimos con ellos, lo que es bastante desagradable.

El inspector Peter Costen podría contar unos sesenta años y era de estatura casi gigantesca, rayana en los seis pies. Ancho, fornido, parecía un acabado prototipo de anglosajón. Rostro sanguíneo, sobre el que campeaba el rebelde cabello cano, de facciones enérgicas, inteligentes. Y sus azules ojos, de mirada siempre franca, leal, amable, poníanle de manifiesto el fondo de honradez y nobleza que eran en él su más acusada personalidad.

Randolph Shanstone, el agente especial, no parecía estar tan conforme como su jefe en que no constituía un fracaso el no haber echado la zarpa a aquellos audaces aventureros que desde hacía algún tiempo estaban actuando en su ilícito contrabando de drogas como si no existiese un organismo todopoderoso, el

F. B. I.,

para impedirlo. Asintió cuando Costen hizo aquella optimista

declaración a su esposa, pero su rostro, tan varonil, anguloso, en el que destacaban los grandes ojos castaños de mirada profunda, meditativa, se entornaron para ocultar su desencanto y disgusto.

—Lo principal, Peter —repuso Berenice sentándose sobre el brazo del sillón donde estaba su marido—, es que no haya habido jaleos, ni tiros, ni esas espectacularidades a que sois tan dados los del

F. B. I.

Si ahora no han caído, ya se presentará ocasión de que los atrapéis. Estáis muy acostumbrados a vencer con facilidad, y si una vez os dan en los nudillos inspiráis lástima. Mira a Randolph —siguió ella riendo mientras contemplaba al joven agente especial, que, con la vista baja, parecía estar entregado a todos los diablos—. Está casi punto de renunciar a su plaza de agente especial...

Randolph rió un poco forzosamente, y con más franqueza el inspector Costen, que atrajo a su esposa y la oprimió contra su pecho enorme.

—Tal vez sea cierto, Berenice —dijo el viejo jefe del

F. B. I.,

lanzando un suspiro—, pero hay algo que nos ha fallado en este caso, y esto es lo que tanto a Ran como a mí no nos gusta nada. Nuestra moral, en el

F. B. I.,

es tan alta, debido a nuestra forma de actuar, que un fracaso, un entorpecimiento en nuestra marcha nos deja asombrados, como si algún resorte vital de nuestro engranaje se hubiese roto, paralizándonos. Esto es lo que nos sucede, querida, y ya sabes que lo que digo es muy cierto.

—No lo comprendo, jefe —murmuró Shanstone encogiéndose de hombros—. El que hayamos dado la batida y nos encontrásemos como si ante nosotros no hubiese nada más que el vacío, es asombroso. Falló nuestro sistema de vigilancia, que nos puso en antecedentes sobre la hora en que iban a ir por el alijo de drogas en la playa de City Island, en Eastchester Bay; falló el equipo de redada, que llevaba, toda la noche esperando entrar en acción; falló nuestra información, que no supo de dónde provenían ni los contrabandistas ni el cargamento...

—Y fallamos todos, Ran —dijo acremente Costen, encogiéndose

de hombros—, y «todos» es el

F. B. I.

Para qué disimular...

—Hagamos una recopilación de antecedentes desde que cogisteis este asunto —propuso animosamente Berenice mientras acariciaba la cabeza de su marido suavemente—. Hace ocho días, la Policía marítima que vigilaba Long Island Sound os advierte que una embarcación sin luces se acerca cautelosamente a City Island a altas horas de la noche y que, puestos en sospecha, la dan el alto. Se detiene la embarcación misteriosa después de una corta regata por huir. Pero cuando los de Policía marítima se acercan, ven que son echados al agua unos fardos y que van al fondo.

—No hubo forma de sacarles lo que hicieron, Berenice —dijo Costen, haciendo un gesto a su esposa para que le dejase hablar—. Eran siete hombres los de la embarcación, pescadores, y la misma embarcación era una bonitera. Dijeron que habían arrojado al agua restos de pescado. Sigue con tu historia retrospectiva si quieres.

—Gracias. Eso dijeron ellos, pero es el caso que la Policía marítima os trasladó el asunto, arguyendo que se trataba de contrabando de estupefacientes, y en esto interviene el

F. B. I.

Seamos claros, Peter.

—Eso es —intervino Shanstone riendo y haciendo un gesto pacificador—. Y lo era, porque dos días después se encuentra en la playa de City Island un fardo de frascos de cocaína, heroína, opio... El alijo fracasó porque la Policía marítima les sorprendió, pero insistieron. Nuestros agentes les tienden una encerrona, en la que muere mi compañero Tremont bajo el fuego de las «ukeleles». Parecía como si estuviesen esperando los bandoleros a nuestros hombres. La encerrona fué al revés. Pero se dejaron en la playa el fardo acusador.

—Y lo raro es que esos criminales vayan tercamente a City Island a descargar su mercancía, cuando dos días antes la Policía marítima les sorprendió allí. Como si en todo el litoral de Long Island Bound no hubiese más playas, ni cabos, ni caletas donde depositar unos fardos —agregó Berenice enarcando las cejas y adoptando una actitud teatral profundamente dramática—. Esto es bueno para vosotros, por una parte. No hay sino esperarles allí, y ya

irán. ¿No digo una tontería?

—Nuestro papel no puede circunscribirse a esperarles, querida —repuso el inspector severamente—. Nosotros tenemos que saber quiénes son, desde dónde operan, quiénes lo suministran y a dónde van a parar esas drogas. Es una red de contrabandistas, una banda organizada, sin duda alguna. El hecho de que repelieran nuestra redada en la playa y nos causaran un muerto, escapando ellos indemnes demuestra organización, un bien montado servicio de información y que son hombres duchos en la pelea, sin importarles excesivamente la amenaza de sentarse en la «silla» si les cogemos.

—Tienen un buen «boss» —terminó Shanstone levantándose y comenzando a pasear por la estancia mientras fumaba un nuevo cigarrillo—. Un jefe experimentado que sabe imponer la disciplina.

—Bueno, bueno... —dijo Berenice con impaciencia—. Terminemos la historia retrospectiva. Así es como podremos saber dónde está el defecto por el cual ellos evaden vuestra acción. Tú, Peter, piensa como yo dónde se encuentra el error, para subsanarlo. Sigo: anteayer recibí una confidencia de que esta mañana, a las tres, la embarcación bonitera va a arribar a City Island con seguramente otro alijo de drogas. El confidente es un tal Lawrence, gerente del edificio del Harlem. Navy Club. Dice que oyó hablar a un desconocido con otro acerca de que esta mañana haría buena pesca a las tres. Estas palabras le extrañan grandemente, y como sabía ya que actuaba el

F. B. I.,

contra contrabandistas por allí, os da el soplo y montáis la trampa, en la cual...

—No cayó nadie —suspiró Costen—. Nadie fué en bonitera, nadie tiró fardos... Estaban advertidos de que se les esperaba, sencillamente. Y menos mal que no nos hicieron picadillo cogiéndonos por la espalda. Podían haberlo hecho.

—Volvéis cariacontecidos, vencidos, humillados —dijo ella sonriendo compasivamente, mientras acariciaba el revuelto pelo de su marido—. Total: sacad una consecuencia, Ran, y tú, Peter. ¿Dónde está el fallo?

—El fallo está en que tienen su servicio de información mejor organizado que el nuestro —repuso Shanstone sencillamente, deteniéndose ante el matrimonio—. Lo que dure este estado de

cosas será mientras no sepamos ganarlos por la mano. Saber quiénes son...

—Lo peor de todo esto —dijo el inspector moviendo preocupadamente la cabeza— es que este asunto ya nos ha costado la pérdida de un agente especial, ese pobre muchacho Tremont. No se me va de la cabeza el chico... Y temo muy mucho que la Dirección de Washington comience a sentirse impaciente, a apretarme los tornillos, dándome prisa en solucionar el caso. Cuando tenemos bajas se ponen en Washington furiosos, naturalmente. Cada agente o inspector que cae es una pérdida, irreparable, dejando a un lado el golpe asestado a nuestro amor propio.

—Tú haces lo que puedes, y más —protestó Berenice secamente—. Si quieren que caigas también, yo me opondré con todas mis fuerzas a ello. No es obrando impulsivamente como se solucionan casos así; lanzándose alocadamente a acciones en las que se prevé que el éxito no está al alcance de la mano todavía. Envía a tus hombres jóvenes y arrójalos a la lucha, pero tú no te metas, a tu edad, en andanzas de asaltos a mano armada. ¿No tengo razón, Ran?

—Desde luego. Ya le he dicho a Costen que me deje con más libertad de acción, en vez de llevarme a todas partes pegado a su chaqueta.

—No lo digo por ti, querido —repuso Berenice sonriéndole con afecto—. Tanto Peter como tú constituís para mí un motivo constante de preocupación.

—Y yo soy como responsable ante tus padres de lo que te pase —murmuró Costen—. Accediendo a tus deseos, apoyé tu entrada en el

F. B. I.,

y ellos me armaron un escándalo, sabiendo que en el Cuerpo se corren serios peligros. Si por desgracia te ocurriese algo malo, no me lo perdonarían jamás, ni yo encontraría consuelo...

—Todo eso está muy bien, viejo —repuso Shanstone con voz conmovida, que intentaba, disimular haciendo gestos de impaciencia y enojo—, pero yo también sabía cuando entré en el

F. B. I.,

que había que dar la cara a todo lo que se presentase. Me agrada el

oficio, tengo afecto a todo esto y me fastidia de veras que usted haga excepciones conmigo. Le pido una vez más que me considere, ando en servicio, como un agente especial, un número de los que están a sus órdenes, y que vaya donde los demás van. Si no, tendré que pedir el traslado a otro Estado y otro servicio...

Costen y su esposa rieron al contemplar al exaltado joven. El inspector comprendía perfectamente el punto de vista de Randolph y se mostraba conforme con él. El hijo de sus excelentes amigos los Shanstone, de California, demostró siempre poseer un amor propio digno de alabanza y no se valió jamás de estar bajo la tutela del Inspector para rehuir el cuerpo a todo peligro que el anciano no podía evitarle. Pero Ran se consideraba un tanto humillado, no obstante, y constantemente solicitaba misiones arduas y llenas de peligro, al lado de sus camaradas.

—Bien, bien, chico —repuso Costen levantándose y apoyando su mano derecha en un hombro de su esposa—. Me dejarás que sea yo el que disponga lo que he de hacer con los agentes a mis órdenes, ¿verdad? Tú eres uno de ellos y sé perfectamente lo que debo ordenarte en cada caso. No te subleves, muchacho, o te pongo de escribiente en una oficina para piroppear a las mecanógrafas o pegar los sellos en los sobres. Anda, vamos a comer.

Los tres pasaron al comedor y Berenice se mostró con ellos animada, alegre, locuaz, desviando la conversación del asunto que tanto preocupaba a los dos hombres.

Cuando se levantaron de la mesa y se disponían a salir para ir a Centre Street, donde el

F. B. I.,

en Nueva York estaba establecido, ella inquirió en tono preocupado, cogiendo a su marido de un brazo:

—¿Qué vais a hacer esta tarde, Peter? No me digas que os vais a meter en nuevas aventuras de película... ¡Qué deseos tengo ya de que pidas el retiro y nos podamos ir a Los Ángeles, con los padres de Ran!

—Pues no sé... —Miró el inspector a Ran—. Yo quisiera ir a Long Island Sound para interrogar de nuevo a aquellas gentes, especialmente a ese Lawrence, que dio el soplo a nuestros agentes. Tal vez sepa más de lo que ha dicho y pueda ayudarnos mejor. Sí, iremos allí. No temas, pequeña. Es de esperar que los

contrabandistas no estén arma al brazo esperándonos para recibírnos con salvas de «ukeleles».

—Puede usted quedarse en Centre Street. Iré yo —dijo con resolución Shanstone—. No tema, Berenice, por el viejo. ¡Voy a ir yo!

—Déjale ir, Peter —repuso ella mirando a su marido amorosamente—. Debes darle alguna oportunidad para que se luzca... Sí, Ran, sublévate si intenta llevarte debajo del brazo, como una criatura. ¡Cuídame a Peter!

—Ya veremos, ya veremos —refunfuñó el inspector—. Hasta luego, pequeña. Un beso al abuelo...

La besó apasionadamente y salieron él y el joven del edificio, enclavado en Park Row. El coche oficial les esperaba ya y se trasladaron rápidamente a Centre Street sin cambiar palabra en el trayecto. Ambos se mostraban ahora hondamente preocupados, mucho más que lo que demostraran en presencia de Berenice, siempre tan angustiada cuando su marido había de intervenir en casos llenos de peligros y dificultades.

El inspector se sentó ante su mesa y cogió indiferentemente algunas comunicaciones, leyéndolas muy por encima, fruncido el ceño. Shanstone estuvo contemplando atentamente un extenso plano del lugar donde estaban ocurriendo aquellos sucesos desgraciados para el

F. B. I.,

en su lucha contra los contrabandistas de drogas.

—Jefe —el joven daba siempre el respetuoso tratamiento a su viejo amigo siempre que estaba de servicio y delante de los demás inspectores y agentes especiales—. Si no quiere nada, me voy...

—Te vas... —murmuró el inspector contemplándole abstraídamente—. ¿Adónde vas? ¿A City Island, endiablado terco? Mira, no me busques más preocupaciones, que bastantes tengo ya encima. Mandaré a Palmer...

—Jefe, ¡voy yo! —exclamó Shanstone inclinándose sobre la mesa y tirando del pelo al inspector, que sonrió con afecto al joven—. Sobre esto no hay discusión. Dígame qué es lo que debo investigar.

—Interroga a Lawrence. Quítale el miedo que pueda tener a la venganza de esos cerdos, porque lo debe tener, no hay duda, y

sácale cuánto sepa respecto al asunto. He pensado también que un agente podría fingirse empleado del Harlem Club y estar allí permanentemente, fisgando lo que pase. Eso sería mejor para nosotros. Estaríamos mejor informados y hasta quizá sería un medio para infiltrarse en La banda.

—Me agrada el nombramiento —repuso Shanstone refregándose las manos con satisfacción—. Eso lo haré yo.

—Y que te ocurra algo muy malo, y entonces aquí estoy yo para enviar a tus padres la comunicación oficial de «Siento tener que comunicarle que el agente especial Randolph Shanstone ha muerto en el cumplimiento de su deber», ¿verdad? —dijo acremente el inspector encogiéndose de hombros—. No, no harás eso aunque tenga que reconocer que tú eres el indicado para ello.

—Hasta luego, jefe —exclamó Shanstone cogiendo la mano derecha de Costen y estrechándosela vigorosamente—. Primero voy a ver a Lawrence. Después ya hablaremos. ¡Se acabó el tenerme en un rincón de esta casa para que no me estropee!

—¡Espera! —gritó el inspector levantándose para detenerle.

Shanstone bajó las escaleras rápidamente, riendo, y llegó a la calle. En la esquina de Centre Street con Gran Street tomó un «taxi» y ordenó al chofer le llevase a la lejana City Island, enclavada al este del Bronx. El hombre sonrió, complacido, por la cuenta que iba a ponerle dada la distancia que había que salvar.

En Pelham Bay Park, ya de cara al mar, atravesaron el puente de Rodman Neck, sobre las aguas turbulentas, penetrando en la verde Isla por City Island Avenue. El paisaje era maravilloso, por lo agreste de la costa, y los grupos de hoteles y villas que por doquiera se veían eran de gran lujo.

El Club Harlem era un edificio suntuoso, con amplias terrazas y un desembarcadero al que estaban amarradas muchas embarcaciones de recreo. Los socios, muy numerosos, paseaban por allí, o estaban sentados bebiendo y charlando, abundando las mujeres, en trajes de baño o con atuendos para la navegación en balandros y yates.

—¿El señor Lawrence? —preguntó Shanstone a un conserje que estaba ante la puerta de entrada del Club—. Creo que es el encargado...

—Lo es. Pase a la oficina, allí —señaló el final del espacioso

salón donde jugaban varios socios ante verdes mesas. En otro salón contiguo había un restaurante con pista de baile y muchos jóvenes de ambos sexos se dedicaban a la danza. La música la proporcionaba un sexteto de negros.

—¿El señor Lawrence? —volvió a preguntar el joven cuando llegó ante la oficina, separada del salón por una especie de valla baja, a modo de barandilla, en la que tecleaba vertiginosamente una linda mecanógrafa de cabellera platino.

—Un instante. Está hablando con unos señores. Siéntese —dijo la joven señalándole un sillón. Y volvió a su máquina, mientras masticaba afanosamente un «chiclet».

Shanstone se sentó y se dedicó a contemplar distraídamente a los jugadores de «*bridge*» y «póker».

Unos minutos después entró por el otro lado de la valla un hombre de buena presencia, correctamente vestido, joven y de rostro simpático, pero que en aquellos instantes parecía estar poseído por una grave preocupación.

La mecanógrafa señaló con un dedo a Shanstone y Lawrence se acercó al agente especial.

—Soy el agente especial del
F. B. I.

Shanstone —dijo el joven presentándose—. Quisiera poder hablar con usted unos minutos, si es posible —y le mostró la insignia del Cuerpo.

Lawrence bajó la cabeza, como anonadado. Se pasó la mano por el pronunciado mentón y dijo después, con voz vacilante, quedamente:

—Casi estoy arrepentido de haberles ayudado, señor Shanstone... No creí que esto de ayudar a la Policía pudiese resultarle a uno tan... peligroso.

—¿Tan peligroso? —repuso Shanstone con asombro—. Vamos donde podamos hablar tranquilamente, señor Lawrence. Desearía me explicase eso.

Lawrence cogió por un brazo, temblándole la mano, al agente especial, y lo llevó al exterior, a una hermosa pradera aneja al edificio. Bajo la sombra de unos árboles frondosos se sentaron en unas tumbonas de mimbre. No lejos de allí, varios hombres, quizá socios del Club, charlaban animadamente alrededor de un

magnífico «Packard» color guinda.

—Vamos, señor Lawrence —animó Shanstone sonriente, ofreciéndole un cigarrillo—. Me parece que está usted muy preocupado, ¿no? Quisiera poder hacer algo en su favor, si me es posible. ¿Le han amenazado o extorsionado de alguna forma por habernos ayudado? Sea franco...

Lawrence asintió con un gesto, muy pálido su rostro tostado por el sol y la brisa marina.

—Explíquese, señor Lawrence —apremió el agente especial, mirándole con miseria—. No tema, no debe temer nada en ese sentido. Le ayudaremos, no permitiremos que su vida pueda correr peligro. Pero nos es preciso obtener una información más detallada sobre las actividades de esa banda. Sobre todo...

Los hombres, cuatro, que estaban al lado del «Packard» se acercaron lentamente hacia Lawrence y Shanstone sin dejar de charlar y reír alegremente. Súbitamente, su actitud cambió extrañamente. Sus rostros, jóvenes, alegres tornáronse en agresivos, feroces, y su actitud corrió igual suerte. Rodearon a Lawrence y Shanstone y en las diestras de cada uno de ellos apareció una pistola automática.

—Apártese usted —dijo uno de ellos a Shanstone, encañonándole con el arma—. ¡Pronto, o no lo cuenta!

Los otros tres hombres, con movimientos cautos, para no llamar la atención de los socios del Club, que estaban no lejos, sujetaron a Lawrence en el sillón.

El que inmovilizaba a Shanstone bajo la amenaza de su pistola, se inclinó sobre el joven y con un movimiento hábil, disimulado, le sacó la pistola de la funda, bajo la axila.

—No se mueva, o lo dejo listo para ir a la eternidad —susurró el hombre con voz apenas audible, cargada de amenaza—. Siga sentado y ponga las manos detrás de la cabeza, cruzadas sobre la nuca. ¿Estamos ya? —dijo a los demás, sin volver la cabeza.

Shanstone, aterrado, hirviendo de rabia su corazón, vio algo espeluznante a tres yardas de él, sin poderlo evitar.

Los tres hombres sacaron unos cuchillos, y, guardándose las pistolas, apuñalaron rápida y ferozmente al inmovilizado Lawrence, que estaba sujeto por dos hombres. Recibió dos puñaladas en el cuello, para impedirle gritar, y finalmente otra cuchillada en el

pecho, en la región del corazón.

Shanstone intentó saltar del asiento, poseído de un coraje indomable. En aquel instante recibió en la cabeza un tremendo golpe asestado con la culata de la pistola esgrimida por el hombre que le vigilaba.

Cayó sobre el sillón, semi perdido el conocimiento. Aún pudo oír cómo el automóvil arrancaba, las palabras secas y quedas de los asesinos... Después se sumió en la inconsciencia, sintiendo un caos dentro del cerebro.

Colección

EXTRAORDINARIA DEL OESTE
¡Un éxito más de EDITORIAL ROLLAN!

II



A era bien entrada la noche cuando Shanstone recobró el conocimiento y abrió los ojos con asombro, fijando su mirada en los rostros del inspector Costen y de Berenice, que, inclinados sobre el lecho en que él se hallaba, mostraban gran ansiedad.

—¿Qué tal, muchacho? —inquirió el viejo policía, sonriéndole—. ¿Mucho dolor en la cabeza?

—Nos has hecho pasar malos ratos, querido —dijo Berenice, tomando una mano del joven entre las suyas y estrechándosela con gran afecto—. No mires con asombro a tu alrededor. Estás en el hospital Clason, en Stuydevant Street. Te trajeron esta tarde con la cabeza abollada.

—No tengo apenas molestia. Me dieron en un sitio poco vulnerable —respondió Shanstone tocándose el vendaje que cubría

su cabeza—. ¿Murió Lawrence, Costen?

—Murió. Bárbaramente apuñalado. Precisamente esperaba que estuvieses en condiciones de poder hablar para preguntarte qué ocurrió. Allí nadie se enteró de nada hasta que pasó un camarero y os vio de mala manera, sobre todo a ese pobre muchacho, muerto ya. Han sido ellos, ¿verdad? —explicó Costen con acento dolorido.

—Han debido de ser ellos, en efecto. Eran cuatro individuos, bien vestidos, que estaban hablando al lado de un «Packard» encarnado. Creí serían socios del Club Harlem. Lo mismo debió pensar Lawrence, porque no demostró desconfianza cuando pasamos a su lado. El pobre hombre me dijo que le habían amenazado de muerte. Estaba poseído por el pánico. Cuando me iba a explicar lo que supiese sobre esa banda, ellos se acercaron y me redujeron a la inmovilidad apuntándome con una pistola. En tanto, lo cosían a puñaladas a Lawrence. Intenté acudir en su auxilio y fue cuando me dieron el porrazo en la cabeza. No sé más del asunto.

—Es extraño, Rand —dijo Costen, mirando a su esposa con estupor—. Asesinan a Lawrence y te dejan a ti vivo...

—Ignoraban seguramente que perteneces al

F. B. I.

—dijo Berenice—. Es de suponer que si lo hubiesen sabido a estas horas estarías haciendo compañía a Lawrence en la Morgue. Tal vez creyeron que eras un amigo y te dejaron vivo.

—Me cuesta bastante trabajo todavía reflexionar —murmuró Shanstone sonriendo—, pero hubo algo que difiere de su opinión, Berenice, aunque parezca lógica. Tiene usted mucho talento, amiga, mas esta vez creo que no ha dado en la diana.

—¿Qué fué? —preguntó riendo Berenice—. Admito que vez en cuando incurro en error. No en tantos como Peter y tú...

—Fue que el que me estaba amenazando con su pistola dio una gran prisa a quitarme la mía, bajo la axila. Yo no la enseñé ni hice ademán de sacarla. Todo fué rápido, inesperado, sorprendente. De esas veces en que, por muy avisado que sea uno, se ve cogido sin poder rechistar. De esto deduzco que sabían que yo era un

G-men,

pero no quisieron quitarme de en medio.

—Eso sí que es sorprendente, Rand —exclamó el inspector, con gran asombro—. ¿Qué motivos tenían para perdonarte la vida,

cuando mataron al pobre Tremont sin el menor recato? Me parece que Berenice tiene más razón que tú y es más lógica su teoría.

—Es posible —concedió Ran de mala gana—. Pero ¿quiere explicarme por qué me quitaron el arma solamente? ¿No debieron pensar lo raro que era el que un hombre lleve una pistola encima, bajo la axila, como solamente las llevan ellos y la Policía?

—Creerían entonces que eras un «gángster», uno de su oficio —replicó Berenice volviendo a reír burlonamente—. No vayas a decirme que te perdonaron la vida por tu cara bonita, aunque no estás mal del todo...

—Es cierto, Rand —murmuró el inspector rascándose la canosa cabeza furiosamente—. Tienes tu parte de razón, y Berenice también. Que me tiren al Hudson atado de pies y manos si entiendo algo de esto, la cosa es que con la muerte de Lawrence todo se complica y demuestra al mismo tiempo que son listos como diablos esos tipos asquerosos. Es lo malo de meter en la danza a confidentes ocasionales, hijo. Acaban por sucumbir, vengándose ellos prontamente de los delatores. Sí, Lawrence debió ser amenazado de muerte. ¿Qué te dijo sobre eso?

—Que estaba arrepentido de haber hablado con nosotros, dándonos informes. Que no creía que pudiera ser tan peligroso el ayudarnos. Yo le dije si le habían amenazado de muerte, y me contestó con un movimiento afirmativo de cabeza. Después ellos se echaron encima y lo mataron. No sé si lo dirían de palabra, por escrito o telefoneándole. Lo cierto es que parecía considerarse el pobre como condenado a morir sin poder humano que lo evitase.

—Y así ha sido... —dijo Berenice moviendo tristemente la cabeza—. Me indigna un poco, Peter —se dirigió a su marido severamente—, que estéis tan listos para solicitar ayudas ajenas y luego dejéis en el desamparo mayor a quienes de buena fe os ayudan a salir del apuro. ¿No se podía haber evitado esa estúpida muerte? Yo creo que sí...

—Se podía y no se podía, mujer —replicó apuradamente el inspector—. No puede uno imaginarse siempre que todo aquel que facilita nuestra gestión corra un peligro inminente de muerte. Son muchos los que nos ayudan y por eso no corren peligro alguno. El caso de Lawrence ocurre entre diez mil en iguales circunstancias. Lo siento, hija... Sí, se le podía haber trasladado lejos de allí incluso la

Centre Street podía haber estado durante unos días, pero eso, de haberse sabido que la cosa iba tan mal para él. De no haberlo asesinado esta tarde, ahora estaría bien seguro. Lo siento...

—¿Qué hora es? —preguntó Shanstone, deseoso de cortar la discusión en el matrimonio, viendo que Berenice no se daba por convencida y ponía un gesto cada vez más agrio a su bonachón marido.

—Las diez menos cinco. Vamos a dejarte para que descanses —respondió Berenice levantándose—. Afortunadamente, hijo, los hados te han protegido. Mañana estarás ya bien.

—Sí. Y seguiré tras esos bandoleros —dijo Ran animosamente—. Pasaré aquí la noche, ya que me han traído. Me voy encontrando cada vez mejor.

—Hijo, en este asunto no vas a seguir —dijo el inspector, con voz rotunda, mirando al joven casi con furia—. Cuando me dijeron que te habían herido creí que ya estabas liquidado... Me acordé de tus pobres padres y de lo que me hubiesen censurado si tú... ¡Te digo que en esto no vuelves a meterte, Ran!

—Le digo, viejo tonto —respondió el joven, incorporándose en la cama y amenazándole con un dedo mientras le miraba furiosamente—, que haré lo que creo debo hacer. Mis camaradas Tremont y Lawrence me piden venganza y se la daré. ¿Sabe que estaba soñando con eso mientras estuve sin conocimiento?

—Vamos, vamos, Peter —dijo Berenice riendo mientras tiraba de mi brazo de bu marido para sacarle de la alcoba—. Rand, descansa y no pienses en venganzas ni tonterías de éstas. Te llamaremos por teléfono muy temprano para saber si sigues mejor. Si quieres algo, dínoslo, querido.

Cuando el inspector estuvo ante la puerta, hizo una mueca de burla a Ran y le dijo sarcásticamente:

—Desde mañana, a pegar sellos en las cartas y decir piropos a las «mecas», ya lo sabes... O a tu casita, a dar la lata a tus papás. A mí no me amargas tú la vida, chico. Que descanses...

Shanstone se quedó solo. Cogió de encima de una mesita la pipa, tabaco y cerillas y se puso a fumar tranquilamente. Se encontraba casi absolutamente despejado, mentalmente, y solamente sentía algo de dolor en la parte del cráneo donde recibió el culatazo con la pistola. Otra persona quizá hubiera sufrido mucho mayor daño que

él, que tenía una resistencia increíble.

Poco después, la enfermera le llevó la cena y le hizo una nueva cura en la herida. A la media hora, penetró en la alcoba el médico de guardia y le examinó, sonriente.

—Mucha suerte ha tenido, amigo —díjole mientras le tomaba el pulso—. Un poco más abajo, y le rompe la nuca limpiamente. Está usted perfectamente y mañana por la mañana puede salir de aquí, si lo desea.

—¿Podría ser ahora? —preguntó Ran mirándole fijamente—. Me interesaría salir esta misma noche.

—Como poder ser, desde luego, pero quizá fuese más prudente descansar aquí esta noche. Le queda el chichón, que va bajando rápidamente. ¿Tiene mucho interés en abandonarnos?

—Sí. Mi profesión no permite a veces estar brazo sobre brazo. Déjé pendiente algo por hacer...

—De acuerdo. ¿Siente mareos, pinchazos en la herida, debilidad? —preguntó el médico—. Con esa gasa en la herida, protegido por el esparadrapo, no necesita más.

—Me encuentro perfectamente bien. Ni mareos, ni molestias. Soy un mulo, por si no se había enterado.

—Aquí no hay sitio para esos animalitos —replicó riendo el médico, golpeando un hombro de Ran—. Voy a autorizarle para que se marche. Mucha suerte, amigo. No sé de qué materiales están hechos ustedes los del

F. B. I.

Es preciso quitarles de una vez las siete vidas, como a los gatos, para librarse de su presencia. Buenas noches.

—Gracias. Buenas noches. Voy a vestirme y bajaré por la autorización para salir.

Se vistió rápidamente. Sintió un mareo fuerte, sentado aún en la cama, pero se rehízo con un esfuerzo. «Esta noche he de hacer algo para vengar a esos dos pobres amigos», se dijo, apretando los dientes con rabia.

En la Dirección la facilitaron la autorización de salida, y ya en Stuyvesant Street, tomó un «taxi», que lo trasladó a Centre Street.

No estaba en su despacho el inspector Costen, de lo que se alegró, para no tener una nueva, agarrada con él, y pasó seguidamente al de los agentes especiales, vació también. Sobre su

mesa de despacho había una carta de sus padres, que leyó rápidamente. En todas las misivas de los viejos se traslucía el temor de que Ran estuviese corriendo pavorosos peligros, si bien procuraban ocultarlo con una conformidad llena de angustia. Precisamente, en aquella carta que ahora estaba leyendo, su madre, haciendo seguramente un esfuerzo poderoso para ocultar su desazón, le escribía lo siguiente, con aquél su estilo sencillo:

«No nos es fácil, ni a tu padre ni a mí, sobrellevar con tranquilidad tu ausencia, y menos aún si pensamos que estarás metido en actividades en las que la vida corre graves y frecuentes peligros. El querido Peter intenta tranquilizarnos cuanto puede, pero pocas veces lo consigue. Sabemos que tu carácter y fogosidad te impelen hacia la aventura y el peligro. Tu padre era igual, en su juventud, y por ello no me extraña que tú sientas hervir tu sangre ante el peligro, como a él le sucedía. Y pienso, querido Ran, que, puesto que estás alistado en una buena causa, y por mucho dolor que ello pueda producirme, en mi egoísmo natural de madre, antes preferiría saber que has caído dignamente, luchando por el bien común, que enterarme de que se te moteja de cobarde rehusando el cuerpo al cumplimiento del deber».

Ran sonrió al leer este párrafo de la misiva. Era así su madre de digna y sufrida. Luchaban en ella el mito amor maternal y el orgullo de que su hijo sabría ser en todo momento fiel, bravo e íntegro, aunque en ello le fuese la vida.

Guardó en un bolsillo la carta y después pasó a la armería. El encargado de ella ya sabía que a Shanstone le habían arrebatado su pistola y por ello no puso inconveniente en facilitarle otra.

—Defiéndala mejor, muchacho —dijo a Ran al entregársela el viejo empleado—. A un soldado se le forma consejo de guerra cuando pierde su armamento frente al enemigo.

Ran enrojeció al escucharle. Aquel hombre había luchado siempre en la Policía Metropolitana y su cuerpo estaba lleno de cicatrices, que mostraba siempre orgullosamente.

—Creo que no me volverá a pasar, King —replicó, suavemente

—. Y si pregunta por mí esta noche el inspector, dígle que no me ha visto. No sé si se habrá creído que iba a pasar la noche en el hospital.

—¿Qué va a hacer ahora? —preguntó King, mirándole curiosamente, mientras sonreía con picardía.

—Si pudiera darle las gracias por su golpe al que me lo propinó... —contestó Ran inocentemente, bajando la vista.

—Lo mismo haría yo. Puedo decirle que nunca me quedé sin devolver los golpes, tiros o puñaladas que me dieron. Hay que ser cortés y corresponder a las atenciones que nos dedican. Ande, muchacho, y duérmase dando palos... ¿Quiere que le acompañe? Todavía siento de cuando en cuando los deseos de meterme en buenos fregados. ¿Vamos? —Se levantó vivamente, brillantes los ojos de placer ante la perspectiva de correr nuevas aventuras llenas de peligros.

—Vamos, King, recobre la calma —díjole Ran, empujándole hacia su asiento y riendo ante el entusiasmo del anciano—. Déjeme estar sereno, sin tener que pensar en que le pueden cortar la respiración sin poderlo yo evitar. Ya vendré a contarle lo que he hecho, tomándole como ejemplo, por supuesto.

—¡Acometa sin vacilar y pegue todo lo más fuerte que pueda! —gritó King, rojo de emoción, acompañándole hasta el pasillo—. ¡Cuanto más se meta en el terreno del adversario, más fácilmente obtendrá la victoria! ¡Y si vuelve sin su pistola, no me hable más en su vida!

Ran tomó un «taxi» y ordenó al chofer le llevase a City Island. Miró la hora en su reloj de pulsera. Eran las once y diez de la noche.

El largo camino hasta la lejana isla, de casi una hora de duración, le permitió reflexionar profundamente sobre aquel extraño caso de contrabando de drogas. No tenía nada de extraño que el inspector Costen, otro viejo luchador en la Policía Federal y Metropolitana, experto detective de la sección Homicidios en su juventud y ahora, desde hacía cuatro años, llamado por el

F. B. I.,

para dirigir en Nueva York a aquel plantel de jóvenes agentes especiales, se encontrase un tanto confuso y con la moral bastante decaída por la forma tan extraña de proceder de aquellos

contrabandistas. Era la primera vez que conocía la derrota sin paliativos, a manos de aquellos audaces hombres, y a su edad esto era singularmente doloroso y humillante. Por él, el

F. B. I.,

fracasaba nada menos que en Nueva York, y en asunto que, ligeramente examinado, no parecía constituir un caso ni nuevo ni complicado con exceso. Lo endemoniadamente extraño, y lo que le llevaba a la derrota, era que aquellos bandoleros parecían prever lo que el

F. B. I.,

iba a hacer para combatirles y por ello se le adelantaban y causaban trágicos daños en las filas de los valerosos agentes.

—Hemos llegado —dijo el chofer, sacándole de sus meditaciones—. ¿Espero?

—No. Pero si va a estar algún tiempo, esperando viajeros para el regreso, quizá pueda llevarme de nuevo a la ciudad. No se lo puedo garantizar que lo haga y por eso queda en libertad.

—No me faltarán viajeros, seguramente —replicó el chofer—. Desde hace unos veinte días he hecho con frecuencia el trayecto hasta aquí.

—¿De socios de los clubs náuticos? —inquirió Ran, interesado.

—No sé si lo serán. Yo espero ante el Club Harlem y allí me llaman para llevar a unos tipos curiosos, que siempre llevan con ellos maletas.

—Serán socios que pasan aquí unos días de descanso o de juerga. ¿Por qué dice usted que son unos tipos curiosos? ¿Son chinos o pigmeos del África?

Ran estaba cada vez más interesado por las palabras del chofer.

—Son tan americanos como usted o como yo —repuso el chofer, rascándose una mejilla para darse importancia—. Pero o mucho me engaño o se traen entre manos algo raro. Me gustaría saber qué llevan en las maletas...

—¿Qué piensa usted que pueden llevar? Vamos, a lo mejor es contrabando —dijo, riendo, Ran.

—¿Por qué no? Ya he oído hablar de que hace unas noches hubo aquí una cuestión seria porque la Policía estaba en aviso sobre alijos que se hacían, según decían. Y creo que hasta hubo tiros y todo. No hay más que unir eso que dicen con lo que me da a mí en la nariz

sobre esas maletas y la conclusión es fácil.

—Bien; pero hay que saber en definitiva por qué a usted le extrañan esas maletas. ¿Oyó a alguno de esos hombres hablar de algo que le haga suponer que son contrabandistas? Mire, amigo...

Le mostró la insignia del

F. B. I.,

y el chofer le miró con asombro, arrugando el ceño.

—Creo que debe explicarse sinceramente y sin reservas. El

F. B. I.,

está actuando en este asunto y usted posee cierta información útil —le dijo Ran, contemplándole fijamente—. Hay que ayudar a los buenos, hombre...

—Sí, pero... —El chofer movió la cabeza con embarazo—. Mire, esta tarde he estado aquí. Le hablo con el corazón en la mano. Me llamaron desde el Harlem y estaba yo en el punto de Gran Street, cerca de Centre Street, de ustedes. Vine y los hombres de las maletas...

—Siga, siga —apremió Ran—. ¿Cuántos eran?

—Seis. Tres de ellos llevaban esas maletas sospechosas. Y eran también sospechosos ellos, ¡qué diablos! Iban como esos «gangsters» que aparecen en las películas: con trincheras de cuello subido y el ala de sus sombreros muy bajada. Subieron al coche y me ordenaron...

—¿Está este coche libre? —Oyeron el taxista y Ran decir a sus espaldas.

Ambos se volvieron rápidamente, azorados. Cuatro hombres estaban allí, esperando, mientras el que habló ponía su mano en el picaporte de la portezuela. Y Ran vio que llevaban dos maletas grandes, de cuero, que parecían pesar considerablemente. No llevaban trincheras esta vez, pero el ala delantera de sus sombreros flexibles iba muy inclinada sobre la frente.

El agente especial se rehízo prontamente de la sorpresa que le causara la inesperada irrupción de aquellos hombres de quienes estaban hablando el taxista y él. Eran cinco sujetos jóvenes y, al parecer, decididos a todo. Deseaban tomar el «taxi» y tal vez iba a ser peligroso enfrentarse a ellos, pero había que hacerlo. Se dijo que la oportunidad de vengar a su camarada Tremont, y a Lawrence se le ponía delante, por una dichosa casualidad, y había que

aprovecharla inmediatamente.

—Está alquilado —dijo secamente, haciendo un guiño al aterrado taxista, que se movía inquietamente, en pie, ante la portezuela abierta del coche.

—Bien. Perdone... —dijo el hombre que había hablado primero. E hizo ademán de retirarse, como los otros cuatro, cogiendo las maletas.

—Oigan —dijo Ran, mientras metía su mano derecha entre la camisa y la americana, en el pecho, sacando a medias la pistola automática—. Soy del

F. B. I.,

y estoy autorizado para esto que voy a hacer, y otras cosas más. Hagan el favor de dejar esas maletas en el suelo y abrirlas...

El hombre se volvió, asombrado. Los demás, rígidos, sin soltar las maletas, quedaron expectantes.

—¿Abrirlas? ¿Para qué? —dijo el hombre tranquilamente, en su voz un tono displicente—. Demuestre que es del

F. B. I.,

y aun así, me parece que usted no puede tomarse esas libertades con la gente honorable. Hay leyes...

Ran sacó del bolsillo del pantalón, con la mano izquierda, la insignia del Cuerpo. Dos hombres se habían acercado a él, a su espalda, como si desearan comprobar la identidad de Ran, y el otro avanzó hacia él también.

Ran se inclinó un poco al sacar la insignia del bolsillo derecho del pantalón con la mano izquierda. Bajó el torso, la cabeza...

—¡Fuera! ¡Cuidado, patrón! —gritó angustiadamente el taxista, echándose hacia atrás cuando vio que los tres hombres acometían a Ran a puñetazos, intentando inmovilizarle.

El agente especial se sintió abrumado por el peso, de tres bandoleros, que le golpeaban con velocidad vertiginosa y terrible contundencia, colocar en medio de ellos y sin poder atender específicamente a ninguno de ellos.

Sonó un disparo y el taxista lanzó un gemido ahogado. Ran se volvió hacia él, mientras repartía golpes como un desesperado. Había disparado uno de los hombres que llevaban las maletas y que estaban algo alejados de la lucha. Y pudo observar que se guardaba la pistola...

El taxista cayó al suelo, llevándose ambas manos al pecho. Quedó rígido después, casi inmediatamente de caer.

Tuvo el joven la certeza de que aquellos hombres no querían matarlo, como lo podrían haber hecho aquella misma tarde, y ahora mismo, en que estaba trabado con ellos en una lucha cuerpo a cuerpo feroz. No había duda de que estaban armados, como lo estaban los otros dos, y, sin embargo, no terminaban por liquidarlo de un tiro o una puñalada. Estaban perdiendo un tiempo que para ellos debía ser precioso, por si acudía alguien y les acometía...

Sorprendido, pero rabioso por el asesinato del infeliz taxista, se propuso luchar hasta el fin y lograr hacer, por lo menos, un prisionero.

Arrinconado contra el coche, recibiendo y dando tremendos golpes, silenciosamente, luchó con renovado ardor, apretadas las mandíbulas, poniendo en cada golpe que descargaba todo su gran vigor de atleta joven y ducho en la pelea.

Golpes de boxeo científico, aplicados en sitios vulnerables; llaves de «*jiu-jitsu*», cuando le era permitido agarrar un brazo o el cuello de alguno de sus enemigos; patadones y fintas de lucha libre, todo lo empleó en aquel duelo extraño contra los tres contrabandistas, que se veían y se deseaban ya para esquivar la acometividad feroz del agente.

Un hombre cayó al suelo, aullando como un perro atropellado, roto el brazo derecho por una llave de Ran. Los otros dos luchaban con menos fiereza y su ofensiva se había trocado en una prudente esquiva de los golpes de Ran, que se creció por instantes.

—¡Ven, Tony! —gritó el que parecía mandarlos a uno de los que llevaban las maletas—. ¡Maldito, si no fuera por lo que es, dónde estarías ya!

Ran retrocedió unos pasos, como si pretendiese huir. El otro hombre llamado dejó la maleta en el suelo y se abalanzó sobre Ran rugiendo de ira.

Sacó su pistola el agente especial y, lanzando un suspiro de satisfacción, sudando y sangrando por boca y nariz, apuntó al que los capitaneaba. Habían retrocedido al verle armado y parecía que ahora deseaban ante todo escapar. Lo hicieron así dos.

Ran disparó dos veces. Dos hombres cayeron como fardos al suelo...

III



UEDARON tres hombres, en pie, de los forajidos. Uno de ellos, con un brazo roto. Pero eso no le impidió seguir a su compañero, en una huida carente en absoluto de dignidad, aun siendo todavía superiores en número a Ran, que disparó de nuevo sobre ellos, en la semi oscuridad de la noche.

Solo ya, ante aquellos dos individuos, que yacían en el suelo inmóviles, se acercó a ellos y los examinó. Eran cadáveres, y esto le disgustó, porque hubiera deseado ante todo hacer, por lo menos, un prisionero para interrogarle y saber quiénes eran y quién mandaba aquella banda. Y, sobre todo, por qué tenían para él aquella especie de delicadeza, como un deseo de no matarlo, tan extraño e

inconcebible. Recordaba ahora la frase que pronunciara antes el que parecía mandarlos, ahora cadáver: «Maldito, si no fuera por lo que es, dónde estarías ya».

No llevaban encima los muertos ninguna documentación acreditativa de su personalidad. Las dos carteras que examinó no contenían sino dinero en abundancia, en billetes. Miró las maletas, y halló en ellas lo que esperaba. Grandes cantidades de morfina, cocaína y opio en toscos envases, sin marca alguna de procedencia. Los paquetes estaban un poco húmedos. Tal vez estuvieron en la bodega de alguna embarcación.

Oyó que se aproximaba un grupo de personas, corriendo. Poco después, un enorme agente de la Metropolitana, seguido de varios hombres, poseídos de gran excitación y temor.

—¿Y eso? —gritó al agente, llevándose la mano a la pistola, bajo su guerrera—. ¿Ha sido usted el de los tiros? ¡Incorpórese y levante las manos! Hagan el favor de maniatarlo —dijo a los otros, que avanzaron hacia Ray desconfiadamente.

—Soy del

F. B. I.

—dijo el agente especial, levantando las manos como se le ordenaba—. Y éstos eran contrabandistas. Mire las maletas esas...

—Oímos tiros y no sabíamos de dónde procedían —explicó el agente de la Policía, después de ver la insignia de Ran y las maletas con estupefacientes—. Parece que les ha dado usted duro, ¿eh? Y también le han acariciado el físico. Vaya al Club y que le curen un poco. Yo estaré guardando todo esto mientras tanto. A ese pobre diablo de taxista le conocía yo —dijo, contemplando al chofer—. ¿Era cómplice de los contrabandistas?

—No. Tuvo la desgracia de traerme en su coche y ellos quisieron alquilarlo. Les di el alto y les pedí abriesen las maletas. Se armó la pelea y le tocó recibir un balazo.

—Yo no sé qué demonios sucederá para que estos hijos del diablo tengan tal predilección por venir aquí a hacer sus alijos. Desde el otro día está todo esto vigiladísimo...

—Sí. Pero se escapaban con sus maletas —observó Ran despectivamente—. Yo creo precisamente todo lo contrario. Que vienen aquí porque hasta ahora no ha estado esto vigilado.

—Bueno... —refunfuñó el agente de la Metropolitana—. Sabrá

que soy sólo para vigilar la isla. Han venido ustedes a ratos y luego se han largado, dejándome solo y con una montaña de instrucciones y consejos para capturar a estos tipos. Estos señores, socios de los clubs de la isla, me han ayudado un poco, pero están desarmados, y la verdad...

—Voy al Harlem a lavarme un poco la cara y telefonear a Centre Street —dijo Ran, abandonando al agente y a los socios de los clubs, que charlaban nerviosamente, mientras contemplaban los cadáveres y las maletas abiertas.

En el gran «*hall*» del club, en el que se hallaban varios socios, no menos alarmados que los otros que acudieron con el agente de la Metropolitana, se le quedaron mirando con asombro. Realmente, Ran estaba para inspirar temor, con la cara casi cubierta de sangre, que le manaba de la boca y nariz, despeinado y con unos cercos morados en los ojos, inyectados en sangre.

Fue a un lavabo y se hizo una pequeña cura, restañando la sangre y lavándose las heridas.

Después pasó a una de las cabinas telefónicas y llamó a Centre Street. El subinspector Alexander, de guardia aquella noche, se puso al aparato y recibió con gran asombro la noticia dada por Ran de que la banda de contrabandistas de drogas contaba ya con dos elementos menos.

—Pero ¿no estaba usted en el hospital, Shanstone? —preguntó el subinspector—. Creo que medio muerto, según Costen...

—Soy como una especie de ave Fénix, jefe —repuso riendo el joven—. En fin, creo debe usted ordenar, si le parece, vengan algunos agentes para hacerse cargo de todo esto. Ahora es cuando me parece que estoy medio muerto Me han dado una paliza monumental. Desearía poderme ir a la cama, si usted no ordena otra cosa.

—Dentro de media hora estarán ahí unos hombres, Shanstone. Espérelos y márchese después a su casa. Lo que más lamento es la muerte de ese taxista. En pocas horas han caído dos hombres ajenos a este asunto. Y es curioso que usted haya salido, afortunadamente, con bien en las dos ocasiones...

—Como dice la señora Costen, los hados me protegen —respondió Ran humorísticamente—. Lo de esta noche, ahora ha sido portentoso. Sencillamente, no han querido asesinarme. Se limitaron

a zurrarme y hasta cuando maté a dos de ellos, los otros tres huyeron sin tratar de disparar sobre mí siquiera. El Inspector Costen se quedará como de piedra cuando se entere.

—Como me he quedado yo, muchacho —replicó Alexander, riendo—. Más vale así, desde luego. Bien, hasta mañana. Doy orden de que le releven.

Ran tomó asiento después en un sillón y prestamente se vio rodeado de socios del club, que sin sueño ya, le acosaron a preguntas sobre la aventura corrida por el agente especial hacía poco rato. Éste se limitó a decir aquello que más le convenía, dado que entre aquellos individuos, al parecer de elevada categoría social en la industria, el comercio y las finanzas, o hijos de magnates, podría ocultarse fácilmente algún peligroso componente de la banda, o quizá el mismísimo «boss» o jefe de ella. Recordaba ahora que uno de los muertos por él era precisamente el que apuñaló, con los demás, a Lawrence, el encargado del Club Harlem, aquella tarde.

Un rato después, cuatro agentes del
F. B. I.,

y otros cuatro hombres de la Metropolitana hacían irrupción en el «hall» con su característica impetuosidad y rudos modales. Cada socio del club fué obligado a encerrarse en su habitación y después interrogado estrechamente, a solas con los agentes. Fué verificado un registro escrupuloso de habitaciones, embarcaciones de recreo, maletas y enseres, coches y muebles, sembrando los agentes el terror por doquier.

Las pesquisas resultaron infructuosas.

Ran, molido, fué trasladado a su domicilio en el 79 de Forsyth Street, cercano al puente de Manhattan. Y, ya cerca de las tres de la madrugada, cayó sobre su lecho, quedando dormido profundamente.

Hacia las diez y media de la mañana siguiente fué despertado por el timbre de la puerta. Dormía sólo en su departamento, y a las once, una mujer iba a hacerle las faenas de limpieza de las habitaciones y prepararle la comida, cuando decidía hacerlo allí.

Se puso un batín y abrió la puerta. El inspector Costen y Berenice se le echaron encima, conmovidos, pero también escandalizados por lo que llamaron engaño del joven.

—Ran, tú estás al borde de la demencia —dijo el viejo inspector, ya sentados todos en el pequeño «hall»—. ¡Bueno te han puesto, por meterte donde no te llamaban!

—No hay derecho, Ran, a que nos tengas siempre con el corazón en vilo, como si fueses un chico travieso —dijo, por su parte, Berenice, con mal humor—. No, no te sonrías. No tiene la menor gracia, te lo aseguro.

—Nos ha contado el subinspector lo que te ocurrió anoche —murmuró Costen, sonriendo con algo más de amabilidad—. Te cargaste a dos de esos granujas. Por un lado está bien, porque así irán viendo que no somos tan blandos como ellos suponían. Pero estuvieron a punto de liquidarte, y eso sin saber yo nada, sin autorizarte para que fueses allá. Debes poner punto final a esas diabluras, chico. Si no, lo haré yo.

—¡Diablos! —exclamó Ran, riendo de buena gana—. ¿No es cierto que tengo derecho a meterme en eso, puesto que lo está usted, viejo, como lo estamos los demás agentes a sus órdenes? ¿Es que he hecho algo que pueda perjudicar a sus gestiones? Eliminé a dos bandoleros y seguramente han comprendido que en City Island se le van poniendo mal las cosas.

—Recuerda, Ran —dijo Berenice, sin abandonar su a severo, mirándole, con ternura al mismo tiempo—, que si Peter hubiera tomado el mando de vosotros anoche, como debe ser siempre, o controlado vuestras acciones, no hubiera caído seguramente ese taxista. ¿Sabes lo que significará eso para la familia del pobre hombre? ¿Lo que hubiera significado para nosotros y para tus padres si tú hubieses sido asesinado?

—Sí, Ran —aseveró Costen, apaciguador—. Te aseguro que esta esposa mía pasó muy mala noche, porque estaba con la mosca en la oreja sobre si tú te estarías quietecito en la cama, encontrándote bien. Tenía como el presentimiento de que ibas a hacer alguna barrabasada. Y acertó...

—Bien, bien —murmuró Ran, con alguna impaciencia—. Usted verá lo que hace, viejo, pero o me envía a Alaska o a Cantón, o sigo con mi tarea de hacer trizas a esos bandoleros. Y no hablemos de ello. ¿Se han encontrado huellas en los archivos de Jefatura que correspondan con esos dos «gangsters» a quienes liquidé anoche? ¿Son conocidos?

—No. Enviaremos a la Central, de Washington, las huellas, por si allí tienen antecedentes. Esto sería un gran paso para nosotros. Un hombre que ya está fichado equivale a poseer toda su historia criminal y el que podamos reconocer sus modalidades de actuación. Bueno; aparte de esto, ya he dispuesto algo más eficaz contra esos bandoleros. Tengo dos agentes especiales metidos en el Club Harlem y otros dos en el Sands como camareros...

—No está mal —opinó Ran—. Y ¿qué va a hacer conmigo? Déjese de tonterías y romanticismos, ¡rayos! Si no, actuaré por mi cuenta...

—No te vas a separar de mí —concedió Costen, lanzando un bufido de resignación—. Así actuarás en este asunto, pero no harás tonterías.

—Debes tener un poco más de juicio, Ran —intercedió Berenice en tono admonitorio—. Te queremos y nos alcanza una gran responsabilidad.

Ran se quedó mirando fijamente a aquella hermosa mujer, de unos treinta y un años, que muy pocos años antes había trabajado, como actriz del género dramático, en diversas compañías que actuaban en los Estados de la Unión, y a quien Costen; enamorado de ella fogosamente, pese a llevarle veintitún años, la había hecho su esposa.

—Bueno; ahora dile a este chico lo tuyo, Berenice —dijo Costen, sonriendo maliciosamente—. Que sepa lo maravillosa que eres...

—Nunca lo he dudado, viejo —repuso Ran, mirando a uno y otra curiosamente—. ¿Qué es ello? ¿Van a tener... descendencia?

—¡Bueno fuera! —exclamó, riendo, Costen—. No es por ahí. Me encantaría, pero creo que de eso no hay ni que hablar. Ahí donde la ves, Ran, se está revelando como un genio de las finanzas... anda, hija, cuéntale lo que ganaste ayer en tus transacciones.

—No es para tanto, Peter —repuso ella, modestamente—. Todo se reduce a que, empleando cinco mil dólares que me dio Peter de sus ahorros, los empleé en unas jugadas de Bolsa y gané tres mil en pocos minutos. Estamos alborozados por ello; pero, en realidad, yo no hice sino fiarme de Hurlock y comprar y vender ciertas acciones. Seguiré la racha y a ver si con un poco de suerte consigo que se retire mi maridito del servicio sin pasar estrecheces económicas. Ése ha sido el móvil que me ha guiado.

—¿Hurlock? ¿Le conozco yo, Berenice? —preguntó Ran, frunciendo el ceño al tratar de hacer memoria para recordar a aquel hombre, consejero de Berenice.

—De vista. No te lo he presentado. Una o dos veces le has visto cuando hemos ido a Primrose a cenar y bailar. ¿No recuerdas? Un «cara de póker», más fresco que el Polo...

—¡Diablo, sí! —exclamó, riendo, Ran, dándose una palmada en la frente—. No hacía más que decir chistes estupendos, con la cara más seria que he visto en mi vida. Me fué simpático, lo recuerdo. Bueno; pues el caso es que yo también tengo algunos dólares, Berenice, y si usted es una maga, que los hace multiplicar como los panes y los peces...

—De acuerdo. ¿Qué cantidad comprometo? —dijo Berenice, radiante de vanidad, sacando una agenda de su bolso y un lapicero—. Pero debes saber que no siempre se gana en la Bolsa, ¿eh? Hay que saber encajar los golpes malos. Hurlock entiende mucho de eso y, no obstante, a veces le zurren.

—Apunte mil dólares. Le haré luego un cheque —repuso Ran, alegremente.

—Perfectamente —apuntó Berenice. Después se levantó presurosamente—. Voy a Wall Street. Hurlock me espera para meternos de nuevo en otra aventura. Las Iron Steel, según me dijo, han bajado ayer catorce puntos y sabe que fue una maniobra para subir hoy dieciocho de un golpe. Compramos por cuatro mil dólares y figúrate lo que ganaremos ahora. Peter, un beso... Ran, querido —le pasó una mano, delicada, fina y suave por la cabeza rizada—, sé bueno... No nos permites ser felices del todo a Peter y a mí con tus diabluras. Hasta luego...

Peter y Ran quedaron solos, silenciosos.

—Es encantadora —murmuró conmovidamente el inspector, sacando un habano de un bolsillo de la americana, encendiéndolo pausadamente—. Debieras pensar tú también en unirme con una mujer como Berenice. Que te siente la cabeza. Ella desea que deje el F. B. I.,

y quiere ganar dinero para que nos marchemos, a California a vivir tranquilamente.

—Lo malo es que la Bolsa no es, en fin de cuentas, sino un juego de azar, en el que lo mismo se pierde que se gana —repuso Ran,

filosóficamente—. Hay que saber retirarse a tiempo cuando se gana por una buena racha de suerte. Y hay que tener una gran voluntad para no volver cuando se pierde más de lo que aconseja el sentido común.

—Estoy al cuidado —repuso Costen, con un gesto, confianzudo—. Berenice es sensata en grado sumo; pero, por si lo fuera poco, ya la frenaré si pierde más de la cuenta. Quiero, por otra parte, distraerla, apartarla de lo nuestro. Ella no sabe que estamos pasando por un mal trance; el

F. B. I.,

con este maldito asunto del contrabando. Anoche se presentó en mi despacho, procedente de Washington, el superintendente Pelham. Venía cargado de dinamita...

—¿Sí? —inquirió ansiosamente Ran, palideciendo un poco—. ¡Pobre viejo! —Le dio una palmada amistosa en una rodilla—. ¿Y...?

—Que no están contentos conmigo, sencillamente —murmuró Costen, con voz velada por la tristeza—. Yo lo comprendo... Dijo que esto de descubrir y destrozar bandas de contrabandistas de drogas es un trabajo carente de dificultades, dados los medios de que disponemos para combatir, y que no concebían en Washington por qué yo no había terminado este asunto ya. Me dijo algo muy molesto: qué podría esperarse de mí si me cayese un asunto de espionaje sobre secretos atómicos, como los que hay ahora...

—No tiene razón el superintendente al hablar así. A veces es más difícil capturar a un simple carterista que a toda una banda de espías astutos y duchos en la profesión. En este asunto median circunstancias muy extrañas, viejo... Y ¿qué ordenó Pelham se hiciese?

—Cuando le expuse detalladamente lo que habíamos hecho y los resultados obtenidos, el hombre se amansó un tanto, aunque poniendo ciertos reparos, porque bueno fuera que viniese a echarme la bronca y reconociese que lo he hecho bien... Me dijo que era conveniente tratar de infiltrarse en la banda y desde su seno, conocidos sus elementos y quién es el «boss», desbaratarla con un golpe rápido y definitivo. Para dicho no está mal, ¿verdad? El amigo se marchó después a Washington, tan orondo y satisfecho de haber dado con la solución. Si no sale, la culpa la tendré yo; pero si

hay éxito, la gloria se la llevará él por decirme algo que yo estoy harto de saber. Infiltrarse en la organización... Como si fuese eso tan fácil a veces. Ya he puesto esos cuatro agentes en los dos clubs más sospechosos de City Island y veremos si logran infiltrarse.

Ran, pensativo mientras fumaba un cigarrillo, no hizo ningún comentario a las amargas palabras de su jefe y viejo amigo. Éste se levantó y se puso el sombrero descuidadamente.

—Quédate aquí hasta que esas lesiones de la cara mejoren. Pareces un boxeador a quien se ha dejado «K. O.», chico —dijo el inspector, golpeándole en un hombro—. Voy a Jefatura, por si hay noticias de esos agentes.

—¿No puedo hacer nada ahora, viejo? —preguntó Ran amargamente, mientras acompañaba a Costen hasta la puerta del piso.

—Nada. Piensa que con esa cara te harías distinguir excesivamente entre esos granujas, porque no hay duda que ellos tienen infiltraciones entre nosotros. Son endemoniadamente listos, pese a lo digan los sabihondos de Washington. Buen hasta luego. Si quieres acercarte a casa para comer, hazlo. O después, para tomar una taza de café.

Cuando se quedó solo Kan, fué al cuarto de baño y estuvo examinando su maltratado rostro. Tenía tumefacciones en todo él, y alrededor de los ojos una regular inflamación de color negruzcomorado, aunque ya todo ello iba en disminución.

Con mucha paciencia fué aplicándose compresas sobre aquellos desperfectos del rostro, de facciones expresivas, serenas, muy varoniles. Y a la hora de almorzar, bastante mejorado ya de aspecto, fué andando hasta el domicilio del inspector, en Park Row.

—¿Llego a tiempo? —preguntó al ver que el matrimonio se sentaba a la mesa—. Si no, me conformaré con el café, cuando vuelva de comer.

—Siempre hay comida aquí para un invitado, muchacho —repuso Berenice, levantándose para poner un cubierto más en la mesa—. Estás mejor del físico, oye... ¡Ah! Tengo que darte una buena noticia.

—He ganado en la Bolsa... —dijo Ran, sonriendo alegremente, mientras se sentaba a la mesa, contemplando a Berenice con ojos interrogadores.

—Trescientos dólares —dijo con acento de triunfo el inspector, como si anunciara la destrucción de la banda de contrabandistas que le traía de cabeza—. Berenice es estupenda.

—Así es, Ran —dijo ella, mientras servía grandes lonjas de «*roast beef*» con ensalada—. Como tenía mil dólares tuyos...

—Aún no. Olvidé darle el cheque —opuso Ran.

—Era lo mismo. Lo adelanté yo, Hurlock me previno que las Consolidated Aircraft iban a subir probablemente, a la vista de un pedido que les han hecho, de unos quinientos aviones, y así fué. Compré por cinco mil dólares y antes de la una tenía, como beneficio líquido, mil seiscientos. Subieron siete enteros de un golpe. Mañana las venderé y obtendré seguramente otro ingreso adicional. ¿No crees que esto es estupendo, Ran? En serio, debieras pensar en meterte en la Bolsa, en vez de jugarte la vida en el F. B. I.,

para ganar un sueldo mezquino. Hurlock te aleccionaría. ¡Ése sí que es estupendo! Yo no sé de dónde saca la información para saber dónde hay que operar con buenos resultados. Bulle por los Bancos, con los corredores profesionales de Wall Street, con los presidentes de los consejos de administración de las empresas... Claro que eso le cuesta una fortuna, según dice; pero, por otro lado, la saca y con intereses espléndidos.

El timbre del teléfono, en el «*hall*», sonó insistentemente. Costen se levantó y fué a él. Ran quedó esperando, intrigado. Berenice también, sin comer. Oyeron la voz del inspector, aunque sin comprender lo que decía.

Volvió el viejo policía, palidísimo, colgándole la servilleta del cuello de la camisa. Respiraba trabajosamente y sus ojos azules oscuros estaban en lacios por las lágrimas.

—¡Pete!... —exclamó Berenice, levantándose y yendo hacia él, sobresaltada—. ¿Algo malo? Siéntate, bebe un poco de agua... ¡Dios mío, cuándo me harás caso y envías a paseo al F. B. I.!

—Han..., han asesinado —dijo Costen trabajosamente, inclinado sobre la mesa, apoyando la cabeza sobre una mano, abrumado por el dolor— a esos dos infelices agentes especiales. A puñaladas..., Ran; esto es inconcebible.

IV



ESPUÉS, Berenice y Ran oyeron el relato algo más completo del inspector, según se lo había hecho el subinspector Alexander por teléfono. Resultaba de todo ello que los dos agentes especiales que habían ocupado plazas de camareros en los dos clubs de City Island, con gran pericia, según informes de los gerentes, ya puestos en antecedentes por Costen del objeto que llevaban los dos agentes, se habían visto, por separado, objeto de desaires y malos modos por algunos de los clientes, no socios, que estaban allí. Fingiéndose borrachos, les buscaron camorra, y como los agentes, agotada su paciencia y viéndose golpeados, intentaran rechazar la agresión, fueron apuñalados. Los asesinos se dieron a la fuga seguidamente...

—Y los gerentes de los clubs, ¿no sabían quiénes eran esos

hombres? —preguntó Ran—. ¿Cómo admiten huéspedes en esos clubs, sin ser presentados ni avalados por socios de reconocida solvencia?

El viejo inspector se encogió de hombros, abrumado por el dolor.

—No olvidemos que, tanto los socios de esos clubs como los forasteros, admitidos generalmente sin garantías, sobre todo en los fines de semana, porque suponen siempre un ingreso considerable en las cajas, suelen ser tipos un tanto alborotadores. El pretexto es navegar en los yates y los balandros, la pesca, el golf en los «links», el reposo después del trajín semanal, pero lo real es que van a correrse grandes juergas con mujeres de más o menos, el juego, las borracheras. La Policía debiera obligar a que se cumplan los reglamentos sobre tales clubs de recreo, no de bacanales.

—¿Vamos a hacer una redada de «socios» en esos clubs, jefe? —preguntó Ran, levantándose decididamente y mirando fijamente a Costen.

—Oye, querido, no seas tan impetuoso —medió Berenice en tono belicoso, sujetándole por un brazo—. Todo esto lo estáis llevando con los pies, permitidme que os lo diga de una vez. Dais palos de ciego y salís descalabrados, naturalmente. Peter no irá a meterse en la boca del lobo. ¡No irás, Peter! —dijo, casi gritando, sollozando, acarándose con el aturdido marido, que miró azoradamente a uno y otro—. ¡Estoy deseando que dejes el

F. B. I.,

que venga otro de esos tipos guapos de Washington a dar la cara como la das tú, a ver si lo hace mejor!

—Tiene razón —murmuró Ran, bajando la cabeza, contrito—. Iré yo...

—¡Un demonio! —gritó el inspector, mirando furiosamente a Berenice—. ¡Voy yo, porque soy yo el que lleva la responsabilidad del asunto y porque mi propia estimación me empuja a no cejar hasta acabar con esa patulea de bandoleros asesinos! Berenice, vas a hacerme el favor de no pretender en lo sucesivo coartar mis intenciones ni mis movimientos... ¡Seguiré en el

F. B. I.,

porque así lo deseo, porque me une a él algo mucho más hondo que el simple cumplimiento de un deber!

—Y que te asesinen por ese romanticismo de tu amor al F. B. I.

—repuso Berenice, enjugando sus lágrimas—. Y que me dejes sola, claro... Bien, no te lo volveré a suplicar, Peter. Haz lo que creas es tú deber. Cuando me dejes estaré pensando si has de volver..., vivo o muerto. Pero, en cambio, tú te cubres de gloria luchando contra los enemigos del bien común... Muy fiel, muy bravo, muy integro; pero, a pesar de eso, vienen de Washington a exigirte más y más, hasta que dejes el pellejo en la contienda. Una plaza vacante que cubrir por alguno de esos emboscados en las oficinas...

—¡Vamos, Ran! —exclamó Costen furiosamente, volviendo a mirar a su esposa con encono—. ¡No puedo escucharte con paciencia, Berenice! ¡Vamos, muchacho, no vayas ahora a dar la razón a esta egoísta!

—Puedo ir yo, viejo —repuso Ran confusamente, tratando de sujetar al impetuoso inspector para que no saliese—. Dígame lo que he de hacer...

—¡Al demonio contigo! —rugió Costen, empujándole violentamente hacia la puerta—. ¿Queréis los dos convertirme en un cobarde o qué?

Salieron ambos a la calle. Mientras se acercaba un «taxi», llamado por Costen, éste dulcificó la expresión de su rostro y murmuró, conmovidamente:

—¡Pobre Berenice! Tiene bastante razón al quejarse de que a mi edad me meta en líos como éstos; pero, chico, uno tiene algo en la sangre que no le deja aceptar con resignación los golpes bajos que recibe. Ya sé que me va a tocar morir con los pantalones y los zapatos puestos si sigo así, pero te aseguro que eso me alegrará, como final de una carrera, en la que si no puse mucha inteligencia, no ahorré coraje ni riñones. Se quedó llorando la pobre, ¿eh? —Movió la cabeza, conmovido profundamente—. No puedo hacer lo que ella quiere, muchacho. ¿No te parece? Dimitir ahora es como reconocer que soy mucho más asno de lo que creen en Washington, o más cobarde, o quizá que me vendo a esos asquerosos asesinos... ¡Que se fastidie un poco la niña mimada, qué rayos!

Ran sonrió. Tomaron el «taxi», que les llevó rápidamente a Centre Street. Una vez allí, Costen, en tono duro, agresivo, quizá para infundirse a sí mismo ánimo, ordenó que seis agentes se

preparasen para salir inmediatamente, con el subinspector Alexander, Ran y él, para City Island.

—Vamos a hacer una redada de las buenas —dijo al subinspector—. Allí hay un nido de contrabandistas, en esos malditos clubs. Los cerraré por tiempo indefinido y meteré en la cárcel a todos, todos esos asquerosos juerguistas y cretinos, entre los que están los asesinos y bandoleros.

—Perfectamente —respondió Alexander, impasible—. ¿Van a venir con nosotros los de la Metropolitana? Quizá seamos pocos, si allí se sienten belicosos...

—Pida una fuerza armada de veinticinco hombres. Con ametralladoras y los rifles automáticos. ¡Ojalá se sientan belicosos, Alexander! —dijo el viejo inspector, brillándole los ojos de rabia—. ¡Jamás les perdonaré el que por su culpa me he peleado con mi pobre Berenice! Sí, mientras pide esa fuerza, voy a telefonarla —murmuró, limpiándose el sudor de la frente.

Ran y Alexander se miraron, sonriéndose.

—¿Berenice, mi cariñito? —decía Costen, con voz llena de dulces inflexiones—. Mira, queridita... Sabes que soy muy testarudo...

—Debo hacerlo, compéndelo... No quisieras tener un marido, supongo, que fuese un bragazas, o algo así. No empieces, hijita... Vamos ahora mismo. Sí, sí, a ese nido de víboras. Llevo seis agentes y veinticinco de la Metropolitana y vamos a armar el mayor jaleo posible. Te prometo que, una vez que acabe con estos canallas, empezaré a considerar con verdadero deseo de complacerte eso de retirarme del servicio activo...

—Te lo prometo, mi vida. Bueno, ahora hay que dar la cara, el pecho... y todo lo que haga falta. ¡No pretendas otra vez amilanarme, hazme el favor! Bueno, bueno, envíame un besito... Que lo oiga...

—No lo oigo... ¡Ah! Ahora sí. Corazón mío. Hasta luego. Sí, volveré, no te apures. Hasta luego. Oye..., ¡te adoro!

Se quedó mirando, suspicaz, a Ran y Alexander, que habían escuchado sus idílicas palabras con su esposa. Sonrió después, algo azorado.

—Creo que los que estamos siempre bajo la espada de Damocles no debíamos tener afectos a los que hacemos sufrir

intolerablemente —se excusó, mientras encendía un habano con pulso inseguro—. Mi pobre niña sufre tanto por mí... Ran, no te cases, hijo, mientras estés en el

F. B. I.

Un rato después, una caravana, compuesta por seis coches oficiales, emprendía el camino hacia el distante Bronx. Los ocupaban los agentes especiales del

F. B. I.,

bien armados, y los veinticinco hombres de uniforme de la Policía Metropolitana mandados por el capitán Layton, hombre joven y ducho en escaramuzas y asaltos contra los «gangsters», recién trasladado de Chicago a Nueva York.

Hacia las seis de la tarde, y ante el Club Harlem, se apearon a toda velocidad los agentes, figurando a su cabeza el capitán Layton y Ran, que de nuevo se sentía deseoso de pelear. Penetraron como un alud en el gran «*hall*» del club, apercebidas las armas y sin disimular su actitud hostil.

Los socios, numerosos, que estaban jugando al póker, charlando o leyendo, se levantaron asombrados.

—¡Nadie se mueva! —gritó el inspector Costen, apuntando con su índice a los más jóvenes de entre los que allí estaban—. ¡Nada de hacer movimientos extraños, porque disparamos! Layton, enciérreme a esos muchachos. Sí, estamos autorizados a hacerlo sin mandamiento judicial.

Ran se acercó a la parte destinada a oficinas, donde se encontraba la joven mecanógrafa de cabellera platino, en pie, muy pálida.

—Hola, preciosidad —dijo el joven, sonriéndola picarescamente—. Estoy un poco desconocido, ¿verdad? ¿Le gusto más así, con estas ojeras tan interesantes, o al natural?

—Yo... —murmuró la joven, muy bella, de ojos azules claros, con un rostro vivaz, ahora aterrado—. Oiga, acérquese más, disimuladamente.

—No sea tonto, por favor. Me fué usted simpático y quisiera decirle...

Ran, sorprendido, se acercó a ella, sin abandonar su sonrisa.

—Dígame lo que quiera, encanto. Después la diré yo que jamás he visto nada parecido a usted... Todo esto no va con usted —

señaló con la mano a los agentes, que tenían cercados a los socios del club, manos en alto.

—Es que... ¡Algo grave va a ocurrir, se lo aseguro! Temo que todos los que están ahí son... ellos, los asesinos. ¡Dígale a su jefe que los desarme en seguida! ¡Mire, mire!

Sonaron varios disparos en la parte de fuera del edificio. Volaron hechos añicos los cristales de varios grandes ventanales de la rotonda del «*hall*» y el crepitar, seguidamente, de las ametralladoras «Thompson». Los agentes, cogidos por la espalda, se revolvieron, sorprendidos ante aquella organizada y terrible acometida. Y los que estaban manos en alto, aprovechando aquella confusión, sacaron sus pistolas y dispararon casi a quema ropa sobre los agentes de la ley.

—Arrójese al suelo, debajo del diván —gritó Ran, saltando por encima de la valla que separaba la oficina del «*hall*»—. ¡Hemos sido traicionados!

Del exterior llegaba un fuego graneado, a través de los ventanales sin cristales. Las «ukeleles» atronaban el espacio, contestadas por las armas automáticas de los agentes, que se veían acosados implacablemente por los presuntos socios del club, guarecidos detrás de los divanes, mesas volcadas y en la escalera de mármol, monumental, conducía al piso principal.

—¡Duro, con ellos! —gritaba a pleno pulmón el inspector Costen, poseído de una agilidad insospechada, disparando su pistola y buscando valerosamente a los enemigos—. ¡A ellos, Layton! Ran, no te pongas delante de mí... ¿Crees que no puedo con los calzones, idiota?

Ran, en efecto, convertido en una máquina de pelear, se había colocado delante de su viejo amigo, para protegerlo contra las balas, y luchaba con terrible fiereza y astucia, buscando las vueltas a los «gangsters» del exterior, para no ser herido mientras liquidaba a tiros a los que estaban dentro.

En el suelo ya había varios heridos y cadáveres. El agente especial hubo de reconocer, estremeciéndose, que eran más los agentes, de paisano y uniformados, caídos, que bandoleros. Todo ello provenía de que la emboscada contra los representantes de la ley había sido bien organizada y les estaba dando buen fruto. Atacaban por el frente y la espalda desde posiciones quizá bien

estudiadas. Los del exterior no entraban, ni intentaban escapar los de dentro. Tenían la intención, a no dudarlo, de exterminar a los del F. B. I., y la Metropolitana, y lo iban a conseguir.

El capitán Layton cayó al suelo. Se movía y trató de disparar aún, mientras la sangre teñía su camisa color caqui por el pecho. Cuatro agentes de uniforme eran ya cadáveres. Siete u ocho más, heridos, trataban de arrastrarse para escapar a aquella lluvia de balas, que brotaba de todas partes, llenándose de humo acre el gran «hall». Quedaban en pie dos agentes especiales del

F. B. I.,
solamente...

—Malo se pone esto —dijo lúgubrementes el inspector, escondido con Ran detrás de un derribado diván—. Esos pobres camaradas están bailando la danza de la muerte ahí en medio, sin protección alguna. ¡Ran, vamos a ayudarles, hijo!... ¡Pobre Berenice, qué razón tenía!

Costen y Ran, recargadas sus armas, salieron de la improvisada trinchera, en auxilio de los agentes cercados, que se veían dominados, abrumados por sus enemigos. Casi ninguna de las ametralladoras de mano sonaban ya, agotadas las municiones. Y desde fuera, tras los divanes, mesas, la escalera y la rotonda, muchas ametralladoras de mano de los bandoleros rugían al lanzar sus ráfagas mortales.

Durante unos segundos, Ran y el anciano Costen consiguieron acallar con sus disparos bien dirigidos el fuego de los enemigos interiores.

—¡Hacia la salida! —rugió el inspector a los agentes, que luchaban ferozmente por salvar sus vidas—. ¡Todos a, una hacia afuera! ¡Esto es un infierno!... ¡Vamos!... ¡Dios, ahora me... toca a mí!...

Cayó pesadamente, soltando la pistola y llevándose ambas manos al pecho. Ran, desesperado, cogió el arma de su jefe y descargó las balas que quedaban en ella sobre los bandoleros, que aullaban de alegría, animándose soezmente. Después, cogiéndolo con el brazo izquierdo, se lo echó al hombro, y sin dejar de disparar, siguió a los agentes que atropelladamente pugnaban por salir de mella espantosa encerrona.

Tres «gánsters» se abalanzaron sobre él, intentando cortarle el paso. Debían tener las pistolas descargadas, pues apretaron los gatillos y no sonó detonación alguna. Ran, cubierto el traje por la sangre que brotaba de la herida de Costen, presentaba un aspecto aterrador, poseído de una fiera demoníaca. Dióse cuenta de que sus enemigos estaban desarmados y pretendían imponer la lucha cuerpo a cuerpo, de tres contra uno, y éste embarazado con el peso, no menguado, del cuerpo del inanimado inspector Costen.

Soltó a su jefe y esgrimió la pistola, apretando el gatillo mientras apuntaba al más peligroso, un hombre gigantesco, que esgrimía ahora un cuchillo. Sonó el chasquido del percutor del arma, pero no la detonación. Estaba sin proyectiles su pistola...

—¡Mío! —rugió el gigante haciendo un gesto a sus compañeros para que le dejaran sólo la tarea de apuñalar a Ran. Y los pistoleros que estaban disparando contra los agentes que aún se movían en el suelo, cesaron en su horrible trabajo para contemplar la escena. Afuera, aún sonaban las «ukeleles», persiguiendo a los diezmados agentes por la pradera de golf.

Ran sonrió irónicamente, mostrando unos dientes muy blancos como lobo que se dispone a acometer. Su enemigo comenzaba a bailar ante él, adelantando el brazo armado del cuchillo. Era evidente que aquellos bandidos le habían tomado a Ran como una especie de objeto para divertirse, a juzgar por las risas y frases, animándole a defenderse del gigante. El inspector, en el suelo, gemía dolorosamente, pidiéndole al joven una pistola para seguir luchando.

El gigante, exagerando los movimientos de acometida, como si se estuviera burlando de Ran, le tiró una cuchillada al bajo vientre, inclinándose un tanto para ello.

El agente especial, sin apartarse de su jefe, protegiéndole, no hizo más que estirar la pierna derecha mientras encogía el cuerpo. Fue un movimiento de una rapidez vertiginosa que tuvo pleno éxito cuando la punta del zapato chocó violentamente con el bajo vientre del bandolero, hundiéndose profundamente.

Lanzó un alarido de dolor el gigante, encogiéndose aceleradamente, en un movimiento lógicamente instintivo. Y el puño de Ran consumó la obra comenzada por el patadón, al caer sobre la nuca del hombre como si fuese una maza. No hizo falta

más, pero Ran se inclinó, aprovechando la sorpresa silenciosa de los «gangsters» para recoger el cuchillo y una pistola. Rápidamente hizo funcionar la recámara y sintió cómo una bala se colocaba en su sitio. Sonó una algazara general al ver los bandoleros cómo el gigante, aullando de dolor, hacía cómicos visajes mientras trataba de reaccionar. Se inclinó Ran de nuevo y cogió dos cargadores del calibre «45», llenos. Y levantando al inspector con el brazo izquierdo, todo ello con movimientos rápidos, precisos, comenzó a disparar mientras a grandes zancadas se dirigía hacia una de las salidas, libre de bandidos.

Fueron los momentos de sorpresa que Ran aprovechó, antes de ser hostilizado, para salir de aquel círculo de muerte. Ahora corría desesperadamente, huía a campo a través, perseguido ya a balazos por los «gangsters» mientras reían, valentones satisfechos de su victoria sobre el

F. B. I.,

y la Metropolitana.

Llegó hasta un pequeño embarcadero, mientras cerca de sus oídos sonaban los silbidos de las balas que les disparaban desde el Club.

—¡Corra, corra más! —gritó tras él una voz femenina llena de angustia—. ¡Vienen con las ametralladoras! ¡Dios mío, qué horrible!...

—Hola, encanto... —dijo Ran humorísticamente, apretando aún más el paso, cargado con el inspector sobre un hombro—. ¿Ha podido escapar con bien? Nos han molido bien las costillas, ¿eh? ¡Maldita sea la persona que les ha dado el soplo! ¿Vienen lejos?

—¡No! ¡Corra más, Ran! ¡A esa canoa a motor! ¡Yo sé su manejo! —gritó la joven, agarrándole de un brazo y tirando de él mientras su rostro se cubría de mortal palidez—. ¡Nos matarán!

—¡Salte usted y déjeme con esos bestias! —gritó Ran sofocadamente—. Viejo, cómo pesa usted, diablos...

La joven arrebató la pistola de Ran y comenzó a disparar sobre los ya cercanos bandoleros mientras empujaba a Ran.

—Salte con el herido, y yo detendré a esos canallas —dijo ella con rabia—. ¡Salte pronto, por Dios! ¡Con lo... rebonito que es usted y se va a quedar aquí acribillado a balazos!

Ran saltó desde el último escalón de la escalerilla de piedra a la

embarcación. Arriba, aquella valerosa joven disparaba la pistola mientras se encogía, bajando a su vez hacia la canoa. Puso el joven en marcha el motor, acomodó al inspector en un banco y luego se volvió hacia la joven rubio platino, que, con las mandíbulas apretadas, sin dar muestra alguna de pánico, sino muy al contrario, disparaba aún contra los contrabandistas.

—¡Baje, encanto! —exclamó tendiéndola, una mano—. ¿Están cerca? Voy a lanzar la canoa a toda marcha para que no nos achicharren al salir. Y conste que no he olvidado el que la parezca muy rebonito. ¡Qué será cuando me lave la cara!

—No sea tonto, Ran —dijo ella saltando apresuradamente a la canoa—. Vienen y están muy cerca. ¡Acelere o nos van a ametrallar!

El motor de la canoa rugió al ser acelerado repentinamente y cuando Ran quitó el embrague la embarcación salió disparada, dando tumbos y hundiendo peligrosamente la proa en el agua, levantando montañas de espuma.

Dos o tres disparos de pistola hicieron los «gángsters» sobre la embarcación, a los que no hicieron caso sus ocupantes. A una velocidad no inferior a cincuenta millas por hora, Ran condujo más o menos diestramente aquel bólido marítimo bordeando la península de Rodman Neck y logró adentrarse en el estrecho de Pelham Bay Park hasta llegar al muelle que forma en dicho gran parque la carretera de la península con el Bronx.

Varios pescadores de caña, filosóficamente pacientes, acudieron solícitos cuando Ran les llamó para que le ayudaran a sacar el cuerpo inanimado del inspector de la embarcación.

—¿Está muerto? —preguntó uno de ellos, azorado—. No quisiera comprometerme, amigo...

—Desmayado. Somos del

F. B. I.,

y hemos tenido un mal encuentro. ¿Quieren hacer el favor de ir a buscar un «taxi»? —repuso Ran—. Salte, encanto...

—Es incorregible... —murmuró la joven saltando a tierra, ayudada por la vigorosa mano de Ran—. Ya no tiene hemorragia el inspector. Parece que no empeora, ¿verdad? —Se inclinó sobre él, examinándole atentamente.

—No sé si no sangrará porque está mejor o porque no le queda una gota en el cuerpo —contestó Ran, mirando con impaciencia a

su alrededor por si llegaba el «taxi»—. Oiga, yo le llamo encanto porque en realidad no sé cuál es su nombre. Seguramente que después seguiré usando esa palabrita... Es usted todo un encanto y yo un rebonito. ¡Estupendo!

—Me llamo Elsa Conway y no encanto —replicó secamente ella tratando de arreglarse un poco la revuelta cabellera platino—. Y ahora, Ran, comienzo a darme cuenta de mi situación —su rostro se tornó preocupado, inquieto—. Ustedes van a cerrar el Club y yo..., en la calle.

—Ahí viene el «taxi», Elsa, encanto —repuso Kan cariñosamente, un poco burlón—. Vamos a meter en él al pobre Peter. ¡Dios mío, la que se va armar cuando su mujer se entere de esto!

El taxista, acompañado de un agente de la Metropolitana, después de una breve información acerca de la personalidad de Ran, la muchacha y el inspector, partió a toda velocidad hacia el hospital de Stuyvesant Street. El agente quedó con el encargo de telefonar urgentemente a Centre Street para trasladar a Jefatura la noticia de los sucesos de City Island.

El inspector Costen fué trasladado directamente del «taxi» a un quirófano y reconocido por un médico, en presencia de Ran.

—Nada grave —dijo el cirujano después de lavada la herida, en la tetilla derecha—. La bala no ha hecho más que rozarlo, dejando este surco, y salir libremente, sin ahondar. Cuestión de cuatro o cinco días y luego podrá volver a jugar a justicias y ladrones. Conviene que repose, porque me parece que lo que más le afecta es una tremenda crisis nerviosa.

Ran suspiró aliviado. Salió del quirófano, dejando que el viejo policía fuese curado y vendado, para ser trasladado a una alcoba, y fué a los lavabos, donde se aseó, quitándose la horrible costra de sangre que deformaba su rostro y cabeza. Fue después en busca de Elsa, que también se estaba lavando y peinando en otro lavabo.

—Decía usted antes que no sabía cuál iba a ser su situación, encanto —dijo el joven contemplándola embelesado, siempre con un leve gesto burlón—. ¿No tiene familia? ¿Ni perrito?

—El único que me ladra, es usted —replicó ella entre severa y conmovida—. No, no tengo familia. Es bastante desgracia, ¿verdad? Ni una docena de dólares para subsistir, si me dejan cesante. Estoy radiante de felicidad, créame... —Su voz se hizo sarcástica, en tanto

que sus azules ojos se llenaban de lágrimas.

—Aunque cerremos el Club, temporalmente, la Directiva ha de seguirla pagando su salario —afirmó Han—. No se apure, encanto. Si quiere, puede hacerse a la idea de que... ha encontrado un hombre muy bonito que se encargará, con las formalidades de rigor entre personas decentes, de atender a sus necesidades; todo ello cuando usted quiera, encanto.

—¿Sabe que estoy pesarosa de haber dicho la simpleza ésa de que es usted rebonito? —contestó ella, mirándole con fingido enojo—. Y aunque lo haya dicho, no hay razón para que intente ahora propasarse... de palabra. ¿Y si tuviera novio? ¿Y si tiene usted novia?



Si desea usted leer buenas novelas del Oeste
americano, compre

EXTRAORDINARIA DEL OESTE

¡Un éxto más de EDITORIAL ROLLAN!

V



HORA voy a telefonar a la esposa del inspector, para comunicarle lo ocurrido al viejo, y después seguiremos hablando de esto —dijo Ran festivamente, envolviendo a la joven en una mirada amorosa—. Espéreme, Elsa...

—Yo no tengo nada que hacer aquí —replicó ella sin hacer ademán de levantarse de la silla, en el «hall»—. Si no me necesita...

—Claro que la necesito, encanto —contestó él riendo—. Primeramente, he de interrogarla un poco. Sabe cosas del Club que nos interesan. Después, nuestra cuestión... amorosa. Espéreme y entréguese a las más ilusionadas fantasías que yo convertiré en realidades. ¡Qué felices vamos a ser, Elsa de mi vida!

Ella, asombrada, no sabía si reír o enojarse de verdad con aquel hombre que acababa de salir de una situación terrible, salvando por verdadero milagro su vida. Había oído hablar del valor temerario,

de la sencillez con que los hombres del

F. B. I.,

se jugaban la vida y cómo la perdían, convirtiéndose en héroes casi siempre anónimos en su lucha por el bien común y la seguridad del pueblo americano. Indudablemente, tenía ante ella un tipo verdaderamente genuino de la poderosa entidad dependiente del Departamento de Justicia. Alegre, sencillo, de valor demostrado, y... al parecer enamorado de ella. ¿Sería verdad esto? ¿No se trataría de un guasón, que a todas las diría igual? ¿Debía prestarle atención, o permitir que sus palabras entrasen por un oído para salir por el otro, como había tenido que hacer anteriormente con algunos moscones que sólo trataban de pasar el rato, o algo peor, con ella?

Ran llamó al domicilio del inspector. Acudió Berenice al aparato, y al oír su voz, suave, como si aún estuviese en escena, Ran sintió que su valor disminuía. Era de prever una verdadera tempestad sentimental por parte de la amante esposa del querido viejo Peter.

—Hola, Berenice —dijo con voz un poco trémula—. Estoy en el hospital Stuyvesant...

—¡Por Dios bendito, Ran! ¿Otra vez te han sacudido el forro? —dijo ella inquietamente—. No será mucho, cuando me hablas directamente. ¿Qué ha sido eso? Peter aún no ha llegado...

—Bien, Berenice... —tartamudeó Ran—. Es el caso que esta vez no he sido yo el zurrado. Ha habido para todos, desgraciadamente. Ha sido algo... muy fuerte; casi diría que espantoso, y...

—¡Peter! —gritó ella agudamente, y Ran retiró un poco el aparato, dolido su oído por el grito de espanto de ella—. ¡Le han matado! ¡Ran, le han matado!...

—¡No, por Dios! —exclamó el joven conmovidamente—. No le han matado, Berenice. Herido, solamente herido, y levemente, de veras. Venga a verle y se convencerá. Palabra que solamente tiene un pequeño surco de bala en la tetilla derecha. Fue mucha suerte, pero así es. Tranquilícese y venga. Hasta luego...

—Ran —siguió ella, trémula—. ¿Es cierto eso? Yo no soy cobarde, pero no te perdonaría que me engañases, como si fuese una histérica o un trasto inútil. Voy allá ahora mismo. ¡Dios mío, sí parecía que tenía el presentimiento de que le iba a suceder algo muy malo! No, no le diré nada. Que siga en el

F. B. I.,

puesto que así lo quiere, y yo... a callar. Gracias, Ran. Ahora voy.

—Venga sin inquietud. El viejo no tiene nada grave —y colgó.

El agente especial lanzó un estruendoso suspiro de satisfacción y volvió al «*hall*», donde se encontraba Elsa, sentada ahora en un diván, inclinada la cabeza y al parecer muy pensativa. La contempló largamente, sonriendo, sin darse ella aún cuenta de su presencia.

—¿Habíamos quedado en...? —dijo Ran cuando ella levantó la cabeza y le miró, azorada, sonriéndole deliciosamente. Se sentó a su lado y la cogió su diestra entre las suyas, apretándoselas suavemente—. ¿Sí? ¿Sí?, encanto. ¡Qué ojos, qué labios, qué delicia de mujercita, a mi medida!

—¡Oh! ¿Es que acaso tú lo estás a la mía, presumido? —rechazó ella con fingido desdén—. Temo que seas un insoportable Adonis. Ran. Estamos a tiempo de cortar si creemos que no vamos a entendernos. ¡Yo quiero cariño sincero, hondo, de hombre, y no frases de hortera, latiguillos...!

—De acuerdo, querida. Yo suelo querer así... —Y sin más preámbulos la cogió entre sus brazos y la besó en los labios—. Hondo, sin latiguillos... —murmuró cuando terminó de besarla, sonriendo.

—Vuelve a hacerlo... —susurró ella, roja de emoción, baja la vista—. Nos pueden ver, tonto, y pensarán que somos novios.

—¡Qué horror! —exclamó él como aterrado, mirando a un lado y otro de los anchos pasillos que nacían en el «*hall*»—. Tal vez prometidos, sería mejor. Bueno, Elsa, ahora, hechas las presentaciones, yo quisiera me dijese algo menos prosaico que el asegurarme que me amas para toda la vida y que estás deseando que nos casemos...

—¡Yo!... Ran, eres un..., bueno, lo dejaremos pasar. ¿Eres uno de esos que saben leer el pensamiento ajeno?

—Sé que eres deliciosa, que te amo para toda la vida y que estoy deseando que nos casemos. ¿No me lo has notado, boba? Bien, bien... Dime ahora... Sí. ¿Quiénes forman la Directiva del Club Harlem? Esto es muy serio, Elsa.

Oyeron un taconeo femenino, apresurado, por uno de los pasillos. Ran se volvió para mirar quién llegaba.

—Lo dejaremos por ahora —dijo a Elsa, levantándose—. Esta

mujer es la esposa del inspector Costen. Te la presentaré. Pero déjame decir lo que me parezca sin poner tú cara de asombro. Es muy curiosa Berenice...

—Es muy bella —dijo Elsa, levantándose también—. ¿Eres muy amigo de ella?

—Mucho... Son muy amigos de mis padres, y me quieren sinceramente. Hola, Berenice —dijo a la esposa de Costen cuando ella estuvo a su lado—. Su querido viejo está perfectamente. Mire, esta mujercita es mi prometida La señorita Elsa Conway. Elsa, inclínate ante la belleza de la señora Costen.

Rieron ambas mujeres, estrechándose las manos amistosamente.

—Esto es una gran sorpresa, Ran —dijo Berenice—. No sabía ni siquiera que tuvieses novia, y menos aún que ya fuese tu prometida. Me has estado engañando. Enhorabuena. Elsa. Pero se merece que usted le encarrile, y ya le diré por qué. Voy a ver a mi pobre Peter.

Cuando Berenice se marchó, Elsa se volvió hacia Ran.

—Supongo, querido, que no habrás hablado en broma a esta señora sobre... eso. O quizá lo hiciste así... Ran, todavía no te conozco bien y me asaltan dudas... ¿No es todo esto muy precipitado?

—Corazón mío, yo te quiero a mi modo —replicó Ran atrayéndola de nuevo hacia su pecho y besándola—. Pocas veces tomo las cosas por lo trágico. He considerado que la vida ya lo es bastante, y más en mi profesión, siempre viendo bailar delante de mí a la Pálida, tendiéndome los brazos. Pero mi humorística forma de tomar la vida no supone, puedes creerme, que vaya a burlarme de que es serio. Dije a Berenice que eres mi prometida y jamás he dicho una verdad tan rotunda. Descansa en mi amor, mi cabecita de plata.

Una enfermera se acercó, cortando el idilio de los jóvenes.

—El inspector Costen les ruega vayan a verle, por favor —dijo, y se marchó silenciosamente pasillo adelante.

—Quédate, Elsa —dijo Ran, impidiéndola levantarse—. Volveré en seguida. O, mejor dicho, ven. Es lo mismo...

—¿Por qué no querías que fuese, Ran? —inquirió Elsa, intrigada—. Me quedaré, si quieres. No te entiendo muy bien aún y esto me da un poco de rabia. Sí sé que te quiero mucho, mucho, pero como apenas te conozco... Qué raro es todo esto, ¿verdad?

—Flechazo, querida —repuso Ran mientras caminaban por el pasillo—. Siempre me pasa igual, te lo advierto.

—¡Ran! —Ella se le quedó mirando curiosamente, dudando entre tomar en serio aquellas cínicas palabras del joven o no hacerle caso—. ¡Cómo eres!...

El viejo inspector estaba en su cama, sentado y fumando. Llevaba un ligero vendaje en la cabeza y otro bajo la chaquetilla del pijama, por el pecho. A su lado, sentada en un sillón, Berenice le contemplaba sonriente.

—Hola, chicos —dijo Costen festivamente—. Bueno, ¿qué es eso de que ya tienes prometida, Ran? ¿No es usted la empleada que estaba en el Club Harlem? Bueno, bueno... —Se pasó la mano por el mentón, sonriendo picarescamente—. Ya voy comprendiendo... El peligro acerca los corazones, ¿eh? Usted pasó también lo suyo hace un rato, cuando esos hijos de Satanás nos estaban asando a tiros. También ayudó a Ran a trasladarme a la canoa... Y disparaba usted, me parece, contra los bandoleros para protegerme. ¿Es así, o es que estaba delirando entonces?

—Fue así, viejo —dijo Ran sonriendo a Elsa—. El peligro acerca. Y forma de dos un solo corazón. Flechazo como antes decía a Elsa.

—Y tú, que eres como la pólvora, te has metido ya hasta el cuello —dijo riendo Costen—. Enhorabuena, muchacha. Para mí, Ran es como un... malísimo hijo. Usted también lo será. Le debo a usted un enorme agradecimiento.

—Yo también, Elsa —dijo Berenice suavemente, arrimando un sillón hacia la joven para que se sentara.

—Gracias. Mi situación es un tanto anómala, lo confieso —murmuró la joven con azoramiento, volviéndose hacia Ran, que sonrió burlonamente—. Ran es tan... especial... Sí, ha debido ser flechazo. No estoy descontenta...

—Bueno, hija. Ran tampoco debe estarlo. Se portó usted maravillosamente, y creo que esto es lo que más le agradaría al chico. Que sea valerosa, animosa, fuerte y comprensiva ante el deber ineludible de los que peleamos por una justa causa...

—Sí. Y por su linda cara y su palmito, viejo. ¿La ha mirado bien? —cortó Ran, haciendo que Elsa, azorada se levantara—. Berenice no se ofenderá por eso. Las dos mujeres más hermosas que he visto en mi vida...

Rieron los cuatro. Después, el inspector se dirigió a Ran con voz preocupada:

—Ahora, muchacho, es preciso hacer algo por tu prometida. Supongo que ya me entiendas... Elsa nos ha ayudado. Ha disparado contra esa gentuza y es claro que está de nuestro lado. Nos va a decir cuánto sepa acerca de ellos, ¿verdad, hija?, y lógicamente va a correr cierto peligro. No se asustará mucho, Elsa... Berenice, ¿qué te parecería si Elsa fuese nuestra huésped hasta que hagamos trizas a esos canallas?

—Yo no temo nada —indicó Elsa suavemente—. Si me dan una pistola...

—¡Magnífico! —dijo Berenice riendo—. Si, querida, venga con nosotros. Saldrá poco, porque así debe ser, en evitación de que le ocurra algo desagradable.

—Pero yo tengo mi casa, en Westchester Avenue, muy cerca de Pelham Bay, Bronx, y no veo la necesidad de molestarles... —insinuó Elsa, mirando a Ran como si le consultase su opinión. Éste denegó con un movimiento de cabeza.

—Podrás volver cuando esos «gangsters» estén aniquilados. Dentro de muy poco —repuso el joven—. Vas a ir a otro sitio.

—¿Dónde? ¿No crees que con nosotros estaría bien? —preguntó Berenice—. Como no sea que queráis casaros hoy mismo... —terminó riendo.

El teléfono sonó, a la cabecera de la cama donde estaba el inspector. Ray se le adelantó, cogiéndolo él.

—Diga... —preguntó.

—¿El inspector Costen? Soy el inspector Queen, de la Metropolitana. ¿Qué tal se encuentra el viejo? ¿Con quién hablo?

—Soy el agente especial Shanstone. Está bastante bien, gracias. Débil aún, claro.

—¿Quién es? —preguntó el inspector Costen—. ¿Es para mí?

Ran denegó con un gesto, mientras seguía escuchando.

—¡Ah! Hola, muchacho. ¿Pudo usted escapar? Bien; si está débil Costen, mejor será no decirle nada aún, ¿verdad? —decía Queen en tanto.

—Mejor, sí —repuso lacónicamente Ran—. Se puede nublar el tiempo, me parece...

—Comprendo. Está a su lado, ¿verdad?

—Exactamente.

—¿Sabe usted, Shanstone, que ha sido catastrófica la batalla que dimos a esos bergantes? Temo que va a tener trascendencia en los mandos superiores.

—¿Sí?

—Alexander ha muerto. Ha muerto el capitán Layton, y cuatro agentes especiales del

F. B. I.

Y de los nuestros, seis muertos y ocho heridos...

—Ya..., ya... —tartamudeó Ran, pasándose una mano para ocultar la lividez que sintió invadía su rostro—. ¿Y de ellos?

—Cuatro muertos y otros tantos moribundos, cuando llegamos nosotros. Hacemos lo posible por salvarlos, para luego hacerles declarar. Ha sido algo horrible. Ahora tenemos la isla desalojada de todos cuantos la habitaban, y clausurados los clubs malditos. Tengo cincuenta hombres para sorprender a todo el que vaya allá. ¿Se enteró de la magnitud de esta catástrofe su jefe?

—No.

—Bien, Shanstone. Supongo que esto deberá saberlo, pero es claro que no ahora, si el pobre viejo está débil. Se volvería loco...

—Claro, claro.

—Adiós, muchacho. Si me necesita para algo... Yo sigo el asunto, visto que ustedes los del

F. B. I.,

aquí han quedado en cuadro. Veremos cómo toma Washington esta derrota.

—Veremos. Adiós, buenas noches. Dispense...

—Adiós, hombre. No, no hace falta que le diga que he llamado yo.

Ran colgó el aparato, bajo las miradas interrogadoras del inspector, Berenice y Elsa.

—¿Quién era? —inquirió Costen—. Me pareció que era la voz de Queen, mi compañero de la Metropolitana...

—Nooo... —refutó Ran, mirando hacia la ventana de la habitación y sacando un cigarrillo, que encendió pausadamente, pensando en la mentira que iba a decir—. Era un amigo mío..., West. Bueno, Elsa, vámonos.

—¿Te la llevas? ¿Adónde? —preguntó Costen—. Ten cuidado,

Ran. La chica es valiente y se la puede decir esto: su vida corre serio peligro y ha de estar bien oculta para escapar a las asechanzas de esos bestias. Ran, tómalas declaración, si sabe algo...

—No sabe casi nada. Ya lo hice antes —replicó adustamente Ran—. No tiene valor para nosotros lo que sabe. Que vio a varios individuos, en los que apenas se fijó, ninguno de ellos socio del Harlem. Que esta tarde llegaron bastantes personas, hombres, al club, desconocidos, y que pidieron de comer y luego se pusieron a jugar, unos, y otros, a pasear. Nos esperaban, sin duda alguna...

—¡Porque alguien les va con el soplo de lo que pensamos hacer! —gritó Costen, enrojeciendo de ira—. Oye, ¿te has enterado de cómo terminó la batida de esta tarde? Yo perdí el conocimiento y luego no me daba cuenta de nada. ¡Me porté como un caduco abuelo, maldita sea!

—No se preocupe. Me han dicho ya que la isla está ocupada por los nuestros y que nadie de los que allí vivían puede volver hasta nueva orden. Los clubs están clausurados.

—Bien hecho. Mi compañero Alexander es enérgico y vale para eso —murmuró Costen—. Entre él y el capitán Layton estarán metiendo en cintura a esos hijos de Satanás. Bueno; andad, muchachos.

Elsa se despidió del viejo inspector y de Berenice, saliendo después con Ran a la calle.

—Ran, has observado una conducta extraña, y perdona... —murmuró Elsa confusamente—. Yo no te dije nada de eso del Club Harlem. Aún no me has interrogado... Palideciste enormemente cuan hablabas por teléfono.

—¿De verdad? ¿Se me notó mucho? —respondió ligeramente el joven—. Bien, encanto; claro es que aún no me conoces bien. Soy muy raro, te lo advierto. Unas veces me pongo colorado como un chico y otras palidezco, todo ello sin causa justificada. Debe ser cosa del hígado...

—Sin embargo, querido —se agarró ella a un brazo de Ran, mientras iban en busca de un «taxi», en la acera de enfrente—, noté que estabas mintiendo no solamente cuando dijiste a Costen lo del Club Harlem, sino cuando él te preguntó con quién habías hablado. Te advierto que no soy tonta, Ran... Si deseas guardar ciertos secretos, por ser del

F. B. I.,

lo apruebo, si es cosa del servicio. No me digas nada, te lo ruego.

—¡Eres una delicia de mujer, Elsa! —dijo riendo él cuando subían al «taxi». Ahora vamos a dar un largo paseo en este cacharro; luego, en el «tube», y después, en el «elevado». Quizá lleguemos hasta Coney Island...

—Ya sé. Para despistar a posibles seguidores, ¿verdad? ¡Oh Ran de mi vida, sería horrible que ahora que empezamos a conocernos, y por ello a ser felices, algo espantoso nos aconteciese!



Colección
EXTRAORDINARIA DEL OESTE
hermana gemela de la arrolladora
Colección F. B. I.

VI



ABÍAN pasado tres días, y en ese tiempo, el inspector Costen se repuso del percance sufrido y, por otra parte, sufrió un grave choque moral al enterarse de la derrota que había sufrido el

F. B. I.,

y la Policía Metropolitana en el encuentro de City Island. El inspector Alexander había muerto, así como el bravo capitán Layton y bastantes agentes especiales y de la Policía. Era un revés de los que anulan la fama de un jefe, sin contar los anteriores, todos ellos sufridos de manos de aquellos «gangsters», al parecer super dotados de elementos valiosos, sobre todo en lo referente a la información de los planes ofensivos del

F. B. I.,

en Nueva York.

Despachaba el inspector con Ran aquella mañana, tratando de encontrar un punto vulnerable para atacar de nuevo a los contrabandistas.

—El intento de infiltración en las filas de esos canallas —dijo el viejo inspector, consultando una especie de resumen de probabilidades que había ido anotando para su estudio— ha resultado fatal para nosotros. Dos de los mejores agentes especiales lo intentaron y cayeron antes de que comenzasen a actuar.

—Queda por averiguar quién o quiénes les informan de nuestros planes, poniéndoles en situación de desbaratarlos y zurrarnos —dijo Ran—. Esto es cosa de que hagamos un examen detenido de las personas que intervienen en la confección de tales planes y si alguna de ellas es... traidora.

Costen abrió mucho los ojos, asombrado al escuchar estas palabras serenas de su subordinado. Se pasó una mano temblorosa por el agudo mentón y dejó pasar largos segundos antes de contestar, pensativamente:

—Ya he pensado en eso. Pero me pongo enfermo con sólo admitir tal monstruosidad. Que alguno de los nuestros pueda vendernos hasta ese extremo... ¿Quién y por qué? Piensa, Ran, en lo reducido de nuestros mandos en Nueva York. Yo soy el inspector jefe. Estaba el pobre Alexander, y ya ha demostrado con su muerte su lealtad al

F. B. I.

Si ampliamos la sospecha a la Metropolitana, entonces, sí, entraríamos en un laberinto. Hay docenas de hombres con mando y que conocen nuestros planes con la suficiente antelación para ir con el soplo a los bandoleros esos. Habría que pedir a los mandos superiores procediesen a una rígida depuración...

—Vamos, por ahora, a depurarnos nosotros, los del

F. B. I.,

jefe —dijo Ran pacientemente, intentando cortar la exaltada exposición de ideas del inspector, aterrado por las sospechas que invadían su mente—. Vamos a un caso concreto, en el que podría ponerse quizá algo en claro. Cuando usted envió a mis dos camaradas a los clubs de City Island para infiltrarse en esa organización, fingiéndose camareros, ¿fué suya exclusivamente la

idea?

—Sí. Ya sabes que tal procedimiento es usual entre nosotros...

—Bien. ¿Dijo a alguien eso, antes de enviar a mis compañeros? Recuerde...

—A ti, desde luego —repuso Costen irónicamente—. A ver si eres tú...

—Es posible. ¿Y a nadie más, de la Metropolitana o la Federal? Tal vez al mismo Alexander...

—¡Cuidado, muchacho! —rugió Costen dando un puñetazo sobre la mesa, indignado—. ¡Alexander murió como los buenos y no admito...!

—Lo dijo a Alexander, ¿sí o no? —cortó fríamente Ran, sin apartar la serena mirada de su jefe—. ¿No comprende, viejo, que si él lo supo, muy bien pudo comentarlo con otros, haciéndose así una cadena casi infinita de comentaristas, hasta llegar al «soplón»? Procedamos por eliminación...

—Pues bien: si se lo dije —concedió Costen, lanzando un bufido de humillada indignación—. Tienes razón...

El teléfono, sobre la mesa de despacho, cortó la palabra del viejo inspector. Lo tomó, gruñendo:

—¿Eh? —Y puso el amplificador de sonido para escuchar mejor.

—Desde Washington, inspector —dijo el encargado de la centralilla del teléfono—. Al habla con el

F. B. I.

Costen miró preocupadamente a Ran, que fumaba tranquilamente un cigarrillo, examinando los apuntes de su jefe.

—¿Inspector Costen? Habla Warren, inspector jefe —sonó una voz ronca y seca.

—Soy Costen, señor Warren. ¿Cómo está usted?

—¡Hola, amigo! ¿Qué tal de salud? ¿Está en condiciones de venir aquí en el primer avión que salga de La Guardia? Creo que a las doce quince tiene uno.

—Desde luego. ¿Es urgente que vaya?

—Sí, claro. El Estado Mayor quiere hablar con usted. Entonces, hasta luego, Costen.

Cortó Warren la comunicación seguidamente, dejando al inspector como aturdido, con la boca abierta para seguir hablando. Se había puesto muy pálido y cerró con brusquedad el contacto

telefónico con la centralilla.

—Consejo de guerra... —murmuró desfallecidamente, apoyando ambas manos sobre la mesa—. Era de esperar, ¿verdad?

—Sí, viejo. Pero no creo que puedan decirle cosas muy desagradables si usted sabe defenderse serenamente. Ha hecho cuánto ha sido posible y otro no habría hecho sino lo que usted. Diga esto hasta la saciedad. Que no somos milagreros.

El inspector miró la hora en su reloj de pulsera, levantándose seguidamente.

—Van a ser las once —dijo—. ¿Quieres hacer el favor de darme el «*dossier*» del caso éste? Llevaré una buena información, para que la estudien y juzguen si ha sido posible hasta ahora obtener una buena ocasión para aniquilar a esa pandilla de asesinos. ¡Cómo se va a poner la pobre Berenice cuando sepa que voy a comparecer ante el Estado Mayor! Me exigirá que presente allí mismo la dimisión...

—No lo haga hasta que acabemos con este lío, Costen —dijo Rand dando un puñetazo sobre la mesa, brillante la mirada de indignación—. Sosténgase dignamente ante ellos. Puede adelantarles que usted sabe que dentro del

F. B. I.,

aquí en Nueva York, alguien nos traiciona, y lo difícil que es, por ello, finalizar el caso.

—Eso, querido, es fácil de decir... —murmuró Costen moviendo la cabeza con desaliento—. Siempre que uno fracasa se echa la culpa sobre los hombros de alguien, y eso no es legal. Van a reírse de mí... Yo tampoco tengo la seguridad de que eso que dices sea cierto.

—Yo sí, jefe. Piense en los hechos desapasionadamente y verá que siempre que hemos intentado meterles mano se nos han adelantado, y con un conocimiento perfecto de lo que íbamos a hacer. Por eso nos han vapuleado. No creo en la omnisciencia. Es fácil, cuando uno está enterado del plan agresivo de un enemigo, salirle al encuentro y desbaratarle antes de que pueda ponerlo en práctica. Tenga el «*dossier*» y defiéndase como gato panza arriba.

Costen lo cogió, metiéndolo en una cartera de mano, y después tendió la mano a Ran. Estaba sumamente pálido y su rostro reflejaba un cansancio de mal agüero, como si de antemano se diese

por vencido en la lucha que iba a entablar contra aquellos hombres dirigentes del

F. B. I.

—Adiós, muchacho. Ten prudencia si te ves obligado a intervenir. Procura ver a Berenice, cuando yo me marche, y tranquilízala. Espero volver mañana, o quizá esta misma noche.

—No tenga prisa. Lo principal es que no se deje atemorizar por nuestros «premiers» que todo lo ven fácil y sencillo desde sus poltronas, a cubierto de todo peligro.

Cuando partió el inspector del aeródromo de La Guardia con dirección a la capital federal en un «Skymaster». Ran, que había ido a despedirle para, alentarle hasta el último momento, montó en el coche oficial y ordenó al chofer lo llevase al domicilio de Costen.

Berenice le recibió cuando estaba charlando con. John Hurlock, el mentor en asuntos de Bolsa de la esposa del Inspector.

—¿Marchó el pobre Peter? —dijo ella con acento apenado—. Espero que no se portará como un mal estudiante ante un tribunal que lo examina. Mira, Ran, ya sabes quién es este amigo... Le has visto algunas veces, pero no te lo presenté. John Hurlock. Y le presento, Hurlock a Randolph Shanstone...

—Ya, ya —repuso Hurlock, sonriendo y estrechando con vigor la mano de Ran—. Enhorabuena, Shanstone, por la fortuna con que comenzó sus actividades en la Bolsa. Venía precisamente a decir a Berenice que esta mañana tuvimos también suerte. Pude vender un paquete de la Clubs Chemical, que tenía a la espera de una buena subida, y hoy he terminado el asunto. Quinientos dólares para usted, Berenice, y trescientos para usted, Shanstone. Si usted metiese más dinero en el asunto, el beneficio sería, naturalmente, mayor.

John Hurlock podría tener unos treinta y tres o treinta y cuatro años, y era de mediana estatura, robusto, bien plantado. Vestía muy elegantemente, con soltura, y sus ademanes eran correctos, de hombre de mundo. Su pelo era rubio casi ceniciento, ondulado quizá artificialmente, brillante y peinado cuidadosamente. Todo su rostro expresaba simpatía, jovialidad, tal vez despreocupación hacia la reflexión y gravedad que la vida obliga a veces a guardar. Sus ojos verdes eran irónicos, reidores, si bien tenían el brillo de la inteligencia siempre despierta.

—Creo que la enhorabuena y las felicitaciones deben dársele a usted —replicó Ran, riendo— por la suerte que tiene y por el dinero que nos hace ganar, sin el menor esfuerzo por nuestra parte. No concibo bien su altruismo, señor Hurlock, No hay duda que usted nos regala esas cantidades... Si se las guardase y las jugase por su cuenta, todo sería para usted, ¿no? No sé si sonrojarme por sus atenciones...

—No lo haga, ¡por Dios! —replicó Hurlock, riendo también y tendiendo una pitillera de oro a Berenice y después a Ran—. Atribúyalo a la simpatía que tengo por estos Costen. Berenice y él sienten usted hondo afecto... ¡Pues todos contentos, a ganar lícitamente unos cientos de dólares! E como una asociación, contando, desde luego, con que no siempre hemos de ganar, téngalo presente. Nadie que juega a la Bolsa está exento de sufrir reveses, a veces muy considerables y ruinosos.

—¿Se marchó más animado el pobre Peter? —preguntó Berenice a Ran—. Hurlock es partidario, como yo de que mi marido deje ya el

F. B. I.

—Cierto. Esto se lo he dicho repetidas veces a Berenice —dijo el aludido dirigiéndose a Ran, sentados todos en el «*hall*»—. Con unos golpes buenos de Bolsa, como éstos de ahora, el capital de Costen podría permitirle mirar sin temor el retiro y marcharse a descansar. Está ya muy gastado, me parece...

—Tiene sesenta años, Hurlock —dijo Berenice como si saliese en defensa de su marido—, y desde los veintidós ha estado en la Metropolitana, y después, en el

F. B. I.,

metido hasta el cuello en los casos más peligrosos. Creo que con la herida que acaba de recibir, lleva ya siete u ocho... Y lo que quiero evitar es que en la novena le corten para siempre la vida.

—Yo espero que, terminado este caso que nos trae entre manos, el viejo amigo se retirará, yendo al lado de mis padres, según me ha dicho —aseguró Ran, para tranquilizar a Berenice—. Pero no, antes...

—Los viejos luchadores no se resignan a dejar de pelear —objetó, sonriendo, Hurlock—. Creen siempre poder realizar aún un esfuerzo que les haga seguir siendo campeones. Es disculpable

cuando el triunfo siempre nos ha sonreído. Bien, Shanstone, tenga sus trescientos dólares. Como me debe mil y le he entregado ya seiscientos, si me hace un cheque por cuatrocientos estaremos en paz. No corre prisa... —Se levantó para marcharse, muy correcto, entregando un paquete de billetes a Ran.

Ran extendió el cheque pedido y se lo entregó a Hurlock, que lo guardó en un billetero. Tendió su diestra al agente especial, mientras le decía, guiñándole un ojo:

—Me agradaría verle por Primrose cualquier noche de éstas, para cenar y divertirnos un rato. Ya sabe dónde está, ¿no? En el cuatrocientos treinta y cinco de la Séptima Avenida, Soy copropietario del establecimiento y...

—Oiga, Hurlock —dijo Berenice, aparentando severidad y empujando a su amigo hacia la puerta—, sepa que Ran tiene ya novia y que dentro de muy poco se va a casar. No todos son de su cuerda... A propósito, Ran, ¿dónde tienes metida a Elsa? ¿Es que no la dejas ni que venga a vernos?

—Está fuera de Nueva York —replicó Ran con aplomo, sonriendo—. Yo no la puedo atender debidamente ahora y la envié a Kentucky con unos lejanos parientes. Regresará cuando... ya sabe, Berenice.

—Si está fuera, usted puede venir esta noche a Primrose —insistió Hurlock, cogiendo a Ran de un brazo para que le prestase atención—. Seremos formales, casi abstemios; no sacaremos a bailar a las chicas... Hombre, tenemos ahora a la «Boston Serenade», con Eddy Norman, ya sabe... No hay nada mejor en Nueva York, si quiere oír lo último en canciones folklóricas, y a Priscilla Byron como bailarina. ¿A las once es buena hora para enviarle mi coche? ¿Dónde vive?

—Debiera hacer extensiva la invitación a Berenice —replicó Ran, mirando a la esposa de su jefe, que había escuchado con evidentes deseos de ser incluida en la invitación de Hurlock a Ran—. ¿Querría venir, Berenice?

—Un poco fuerte me parece, Ran... Si vuelve Peter esta noche, sin estar yo, pensará que comparto mal sus preocupaciones —contestó ella, baja la mirada—. A no ser que tú salieses en mi defensa...

—Lo haremos los dos —dijo Hurlock, tomando su sombrero—.

Shanstone, esté usted aquí a las once menos cuarto y vendré por ustedes. Cenamos allí, ya lo saben. Shanstone, deseo que no sea ésta la última vez que vamos a estar juntos, y que la buena racha en los negocios nos unan aún más. Hasta luego, Berenice. Adiós, Ran.

—¿Qué te parece Hurlock, Ran? —preguntó Berenice cuando su amigo se marchó—. Sin reservas...

—Bueno... —replicó Ran sonriendo, volviendo a sentarse frente a Berenice—. Me parece un hombre poderoso. Quiero decir que al menos es dadivoso, espléndido. Y endiabladamente simpático, ¿no?

—Tienes razón al considerarle espléndido —corroboró Berenice con entusiasmo—. Yo aún no sé muy bien por qué me metió en sus asuntos de Bolsa... Porque estoy segura que, si llegase a perder, él no me lo diría, y seguiría entregándome cantidades sobre supuestas ganancias. En ese punto es extraño...

—Hay muchas formas de amar —murmuró Ran riendo quedamente, mientras contemplaba el rubor de Berenice al oírle expresar aquella opinión.

—Supones que me ama... —dijo ella pensativamente—. No lo creo. Al menos, nada me ha dicho sobre ese particular. Desde luego, me alegro de que no lo haya hecho, porque me disgustaría. Aunque no fuese más que por egoísmo, tener que prescindir de su amistad. ¿Crees que alguna vez llegará a decir algo en tal sentido? ¡Cuanto más tarde, mejor! —rió alborozadamente, contagiando con su risa a Ran.

—Si no es por eso, no alcanzo a suponer por qué es tan dadivoso con nosotros. Debiéramos pensar que hay almas hermosas, corazones inclinados en grado superlativo al bien —dedujo Ran un poco burlón—. Piénselo usted por mí, puesto que es mujer y conoce mejor que yo a ese Creso. Me marchó.

—Ven a la hora Indicada por Hurlock —dijo ella—. A las once menos cuarto. Es posible que todavía tengas que ir solo. Peter debe estar pasándolo muy mal y... sufro mucho cuando él, sufre, Ran. Soy aún joven, pero...

—Fidelity —repuso Ran, estrechando cálidamente la mano de Berenice.

—Fiel, sí. Peter se merece eso. Sin embargo, querido Ran... se aproximó a él hasta que sus rostros casi se tocaron, mirándose profundamente ambos, no puedo decir que sea a él a quien ame.

Siempre he sido sincera. Se lo diría a Peter si me lo preguntase ahora. Creí que le quería cuando me casé con él. Debió ser el agradecimiento, que tantas veces engaña al corazón. No es a él a quien amo... Vete, Ran, vete —puso una mano sobre un hombro de Shanstone que mudo de asombro, baja la mirada, encontrábase sumido en la mayor confusión.

Y ella, aun cuando le decía que se marchase, reteníalo con mano temblorosa por el hombro, apretándoselo casi violentamente y aflojando la presión después, en una lucha encarnizada para no estrechar al joven contra su anhelante pecho.

—He de ir a hablar por teléfono con Elsa —dijo, al fin, Ran cuando, delicadamente, sonriéndola, consiguió desasirse de ella—. Vendré luego...

—¿Es posible que ames a esa muchacha, Ran? —saltó ella como si una víbora la hubiese picado—. No me quieras hacer creer que esa aventura ha podido trocarse, en pocas horas, en un motivo de cariño como el que pudiera tenerte una mujer que te conociera desde hace bastantes años y que desde entonces te amase. ¡Estás ciego, Ran!...

—Berenice... —murmuró Ran, tratando de escapar de aquella situación tan difícil para él sin ofender a Berenice gravemente—. Yo estoy sorprendido, muy sorprendido de todo esto... Quisiera creer que toda mujer, por ecuánime y bien equilibrada que esté, sufre alguna vez en su vida como una rebelión incontenible contra todo lo que cree es una rutina. Está usted engañada, lo sé, ahora. Sus nervios han perdido el control y quiero creer que olvidará esta crisis tan pronto como se reponga de su actitud. Piense en Peter... No tiene usted derecho, ni motivos ni razones para hacerle aún más desgraciado de lo que es. En todo caso, Berenice, yo no deseo, por mi parte, cometer con él una felonía.

Y secamente, casi con violencia, abrió la puerta del piso y salió. Aún pudo ver el rostro de ella, blanco como la nieve, casi cerrados los ojos temblorosos, de los que se desprendían unas gruesas lágrimas.

Bajó en el ascensor limpiándose el frío sudor que brotaba de su frente. Sentíase indignado, dolido y, sobre todo, confuso, terriblemente confuso.

Tomó un «taxi» y fué a su domicilio directamente. En el piso

octavo se detuvo ante el departamento 35 y llamó tres veces seguidas, y tras una pausa, otras tres, escuchando atentamente mientras sonreía alegremente.

Abrióse la puerta casi inmediatamente y Elsa apareció en el umbral, tendiéndole la mano con ansiedad y atrayéndole al interior del pequeño «hall». Después le besó en los labios, mientras le contemplaba con muda admiración.

—¡Oye! —exclamó después ella, rechazándole mientras aspiraba con la nariz en su mano, oliéndola—. ¡Hueles a perfume, a perfume femenino! ¡Y no es el mío!... ¡Ay Ran, tú sí que tienes «cara póker» y me estás engañando sabe Dios con quién, mientras me tienes aquí encerrada!

—¿Yo? —se excusó el agente especial, sondándola apuradamente—. ¿Tengo la culpa de que al venir en el «bus», atestado, se me pegue una señora que se acababa de bañar en perfume? Vamos, querida...

—¡Ay, que no! —exclamó ella triunfalmente, brillantes los ojos de malicia, puestas las manos sobre las caderas, en actitud desafiante—. ¡Ya he recordado quién usa ese perfume de violeta!... ¡La señora Costen! ¡No lo niegues, Ran, si tienes algo de vergüenza!

—Pero, por Dios, Elsa —murmuró él riendo socarronamente, mientras trataba de acercarse a ella, que le huía por la estancia fingiendo tenerle repugnancia—. Yo no sé si ha sido Berenice o quién la que me impregnó de este perfume, pero ya sabes, encanto, que para mí no hay otra sino tú. Ven... —La cogió de una mano, que llenó de besos, y ambos se sentaron en un sofá—. ¡Cuánto siento tenerte aquí, como enclaustrada, mientras otras mujeres me hacen el amor, poniendo en peligro nuestro gran cariño! Di que yo soy de hielo, que si no...

—¡En mi vida he visto... otro como tú! —exclamó ella riendo, mientras le daba feroces tirones del casi moreno pelo—. El caso es que tal vez sea verdad todo eso. Y, sin embargo, haces que no lo crea y que sienta deseos de perdonarte... Oye, y ahora, dime qué piensan los Costen de mi desaparición. Estarán extrañados y quizá resentidos por haber rechazado su oferta de hospitalidad. No comprendo por qué te negaste a ello, Ran.

—Porque quise evitar que Berenice y tú os tiraseis del moño —repuso flemáticamente Ran dando largas chupadas de su cigarrillo,

mientras contemplaba fijamente la alfombra de la habitación—. Ellos creen que estás en Kentucky, con la abuelita... Qué raro soy, ¿verdad?

—No. No eres raro —repuso Elsa pensativamente, mientras acariciaba la cabeza de Ran maquinalmente—. Creo que siempre sabes lo que haces y por qué lo haces. Voy aprendiendo a conocerte. Pero me humilla un poco tu silencio en ciertas cosas. Eres hermético como una caja de caudales...

—Menos tendrás que preocuparte que si supieras todo, pequeña —contestó Ran irónicamente—. Cuando el

F. B. I.,

media, yo soy el

F. B. I.,

con toda su astucia, su reserva... Por eso te decía que te pareceré raro, y debes perdonarme cuando me pongo así.

—Perdona tú, Ran —murmuró ella mimosamente, atrayéndole hacia sí para besarle de nuevo—. Todo esto es nuevo para mí. Haré por acostumbrarme a que sólo en una mínima parte puedo conocer tu corazón, tu alma...

—Será siempre la mejor, aquella que contenga todo mi cariño por ti, encanto. En tanto, haz siempre lo que te he dicho. No salgas de aquí si no es conmigo, ni hables por teléfono con nadie, ni abras a quien llame de otra forma que no sea como sabemos los dos. Es posible que en ello nos vaya la vida.

VII



AN y Berenice fueron al Primrose, conducidos por Hurlock en su suntuoso «Frazer» último modelo. Ella parecía haber olvidado totalmente la escena de la tarde con Ran y se mostraba alegre, incluso ocurrente, deseando conocer la opinión de ambos hombres sobre su vestido de noche, de rosado color, en tejido vaporoso de «organza», con gran escote, que realzaba su gran belleza, un poco exótica. No llevaba joyas encima y su cabellera dorada, magníficamente peinada, estaba adornada con una diadema original de sencillas violetas, su flor predilecta. Ran y Hurlock, de etiqueta, eran apuestos, elegantes, y con Berenice pareció que la alegría y el donaire hacían su aparición en la lujosa, sala de la «boite» nocturna.

Hurlock llevó a una mesa, a un lado del comedor, en el centro

del cual había una encerada pista de baile, a sus invitados.

—El menú ya está confeccionado —dijo, mientras servía con maestría un dorado jerez a modo de aperitivo— y espero que será de su agrado. Debo decirles, como dato curioso, tal vez un poco extravagante, que cuando decidí aceptar una parte de los intereses de Primrose, fué con la condición de servir de camarero en el establecimiento. Estuve tres meses como tal, adaptándome al oficio. No siempre fué agradable, lo confieso... Algunas veces hube de reprimir los deseos de romper en la cabeza de algún cliente una botella. Ascendí después a «maitre» y fué aún más desagradable todavía. Una botella me parecía muy poco arma ofensiva...

La orquesta «Boston Serenade», a un gesto del anfitrión, comenzó su concierto de melodías americanas, nuevas y antiguas. Y Eddy Norman, ídolo de la canción, dejó oír su voz de barítono con «Bravo Oeste», que poco a poco fué coreado por los clientes que llenaban la sala.

Hurlock y Berenice llevaron casi todo el tiempo la amenidad de la conversación, discutiendo sobre los manjares que se servían y la calidad de los vinos. Ran, aun deseando mostrarse interesado en la charla, encontrábase un tanto cohibido al lado de Berenice. Contestaba con monosílabos y su sonrisa era apenas disimuladamente complaciente. Miraba por doquier con aquellos sus ojos castaños llenos de viveza y malicia, perspicaces, examinando críticamente a los comensales. Dejaba que Hurlock expusiera sus originales ideas sobre la riqueza, la ostentación, el lujo de mayoría de la clientela, a quienes él contribuía piadosamente a hacer menos ricos y escuchaba a Berenice, que se mostraba dichosa de estar allí, como si aquello fuese para ella lo que más ambicionó en su vida.

Terminada la inacabable cena, por el número de platos servidos, en un alarde de magnificencia de Hurlock, gran «*gourmet*», éste invitó a bailar a Berenice, que miró sonriente a Ran, mientras se levantaba de la silla.

—Prometí no hacerlo, Ran, pero... —dijo riendo—. Tiene usted la culpa, John. Me ha hecho beber demasiado champaña. Y vino de Tokay, y Sauternes, y del Rhin, y... qué sé yo. Me siento deliciosamente alegre y voy a bailar. ¡Voy a bailar, Ran, ahora, y después contigo, queridito mío! Hurlock, Ran me ha despreciado,

sépalo. Este anacoreta del

F. B. I.,

llevando a un punto ridículo eso de la «integrity» de que tanto blasonan, ¡ha despreciado mi amor! Y vive todavía, John... ¿Usted se da cuenta de esto?

Hurlock, riendo, mientras enlazaba con su brazo derecho el delgado talle de Berenice, que seguía charlando incoherentemente, guiñó un ojo a Ran, que mostraba un semblante asombrado, arisco.

—¿Qué quiere que hagamos con él, querida Berenice? —dijo Hurlock sonriendo comprensivamente—. Olvídelo y quíerame a mí...

—No es lo mismo... Usted es bueno conmigo. Me hace ganar en la Bolsa... ¡En la Bolsa!... —Rompió a reír estrepitosamente, mirando con infinita ironía a Ran, que sonrió precariamente al ver que numerosos comensales se estaban fijando en ellos—. Vamos, John, vamos a bailar. La danza de los millones... Después, con Ran, con Ran. Ran, te odio, pero o me quieres o... ¡morirás! ¡Puedo quitarte la vida, Ran!

Hurlock, riendo estruendosamente, alejó de la mesa a Berenice, que ahora tenía el rostro congestionado por la ira, lanzando miradas llenas de furor sobre Ran. Éste, la vista posada sobre la mesa, fumaba negligentemente, preocupado y hastiado.

A poco de comenzar a bailar ella con Hurlock, Ran vio que tenían que interrumpir la danza y que Hurlock la llevaba presurosamente, cogida de la cintura, a un extremo de la gran sala, donde estaban los servicios. De Berenice se hizo cargo una empleada, que, sonriendo comprensivamente, la llevó adentro.

Hurlock regreso al lado de Ran y le dijo con voz confusa:

—Lo siento, Shanstone. Está ella ahora aligerando su estómago. No creo que lo que bebió fuera como para hacerla daño. Si le parece lo mejor será llevarla a su casa. Está un tanto alterada, tanto física como moralmente.

—Borracha —respondió Ran secamente, levantándose—. Sí, voy a llevármela.

—Les llevaré yo en mi coche. Voy a ver si ha terminado... Oiga, Shanstone, no sabía que ella le odiase, si hemos de dar crédito a sus palabras.

—No lo crea. Una persona ebria no sabe lo que dice, siempre he

creído que Berenice me ha estimado mucho. Estando normal, claro.

Hurlock sonrió, afirmando con un gesto. Partió después en busca de Berenice, y poco después regresó con ella, al parecer más tranquila, aunque muy pálida, con los párpados hinchados y la mirada turbia.

—Vámonos, Ran —dijo con voz desfallecida—. He estado muy inconveniente, ¿verdad, querido? Peter siempre me dijo que no mezclase bebidas, pero estaban tan deliciosas, tan frías... ¡Oh Ran, vámonos! Estas gentes me miran como si únicamente fuese yo la que se emborrachase. Precisamente había otra allí que estaba más que yo... Se doblaba en dos, sin echar nada, y... ¡qué risa, cuanta más fuerza hacía, más tosía por detrás!...

Hurlock hizo una seña a un camarero y éste se apresuró a llevar el abrigo de Berenice y los de los dos hombres, que pugnaban por contenerla risa.

La esposa del inspector, durante el trayecto, se obstinó en presentar sus excusas a Ran, entre lloriqueos, y en describir la angustia de aquella otra encopetada señora, imposibilitada de arrojar el exceso de bebidas. Hurlock, conduciendo su coche a toda velocidad, parecía estar muy contrariado por lo ocurrido a su amiga, e igualmente trataba de que Ran no formase de él una desfavorable opinión al haber permitido que Berenice trasegase más de lo debido.

Llegados al piso donde vivían los Costen, y abierta la puerta hallaron al inspector, que fumaba una pipa sentado en un sillón del «hall». Se levantó vivamente, mirando curiosamente a su esposa, que le echó los brazos al cuello, sollozando histéricamente:

—¡Oh Peter! Un poquito alegre nada más, no temas... Mi estómago parecía un odre lleno de Tokay, champaña bueno, espumoso, Rhin, Saut...

Costen lanzó una mirada cargada de reproches a Kan y Hurlock, mientras apretaba contra su pecho a Berenice.

—Lamento que me traigan a mi esposa así —dijo roncamente, mirando a uno y otro fríamente—. Vamos, hija, vete a la cama. Apestas a... borracha.

—Nosotros lo sentimos también infinitamente, Costen —dijo Hurlock suavemente, dando vueltas a su sombrero de copa—. No hizo lo que se llama verdaderos excesos, créame. Shanstone puede

decirle si esto no es cierto... Tal vez su poca costumbre de beber y el mezclar un poco...

—Es cierto, viejo —afirmó Ran preocupadamente—. En fin, esto no será nada. Mañana estará completamente bien.

—No quería ir, Peter —dijo ella sollozando, abrazada a su marido—. Pero Ran quería a todo trance llevarme para... emborracharme y luego..., luego, ya sabes. Se me ha declarado, Peter, y aunque tiene esa cara de santito es tu peor enemigo. Ahora pienso..., pienso que él será el confidente de esos..., esos «gangsters». ¡Vete, Ran, vete! ¡Te odio a muerte!

Costen, muy pálido, empujó a su esposa, cogiéndola de la cintura, hasta la alcoba. La ayudó a desvestirse y la acostó. Regresó después al lado de Hurlock y Ran, que permanecían silenciosos, contrariados.

—Ya se pondrá bien —murmuró gravemente, contemplando el suelo, tan confuso como los dos jóvenes—. Ran, no creas que he hecho gran caso a Berenice, hijo. Está como una cuba y no sabe lo que dice. Me disgusta, eso sí, que se la hayan, llevado contra su voluntad...

—Perdone, Costen —dijo Hurlock fríamente—. Contra su voluntad, no. La invité a ir a cenar a mi establecimiento, pensando precisamente en quitar de su cabeza la preocupación que tenía por usted. Invité a Ran también, precisamente porque es un buen amigo de usted y de ella. No hubo propósito de meternos en una juerga, ni mucho menos. Una sencilla cena y un rato de distracción viendo bailar y cantar. Lamento que usted haya pensado mal de nosotros. Buenas noches, señor Costen —terminó fríamente, dirigiéndose hacia la puerta.

—Buenas noches, viejo —dijo Ran a su vez, dando una palmada en un hombro al inspector, que se mostraba ahora más conforme, después de las explicaciones de Hurlock.

—Hasta mañana. Oiga, Hurlock, no lo tome así. Realmente, me disgustó no ver a mi esposa cuando llegué de Washington hace una hora. Ya sé que estas cosas no se deben tomar a mal, dadas nuestras costumbres, pero me encuentro en una especial conformidad, que no me ha permitido ser justo. Buenas noches, Hurlock. Quédate un poco más, Ran, si puedes. No es más que la una menos veinte...

Cuando salió Hurlock, Costen se sentó en un sillón, imitándole

Ran.

—¿Qué tal en Washington? —inquirió Ran, ofreciendo un cigarrillo a su jefe.

—De esto quería hablarte. Ha sido tempestuosa la entrevista... Estaba todo el Estado Mayor, contemplándome como si fuese un reo de alta traición. Antes me hicieron guardar antesala casi media hora, en un despacho vacío... Lo ocupaba Master, el inspector jefe, pero salió de estampía cuando me vio entrar... —dijo Costen en tono aburrido, decepcionado.

—Y ¿qué conclusiones ha sacado usted? —siguió preguntando Ran—. ¿Le escucharon al exponer usted el caso, tal cual es? ¿Se dejó apabullar?

—Me escucharon. Me combatieron algunos, los que menos saben de estas cosas. Y el subdirector terminó el debate, después de leer mis informes, preguntándome si me creía con fuerzas para proseguir este asunto hasta su final. Le dije que sí, naturalmente. Estaba tan encorajinado, que me atreví a decirles que en un plazo de ocho días aniquilaría a esos hijos de Satanás. Esto les gustó a todos, menos a mí. Y ahora, cada vez que pienso en ello...

—Es un plazo suficiente, viejo —dijo Ran, levantándose—. Quizá sobren días.

Costen también se levantó, mirando asombradamente al joven.

—¿Tú crees? —le preguntó, llena su voz de esperanza—. ¿Has descubierto algo que te permita tener esa certidumbre? ¡Ay hijo, si así fuera!

—Realmente, no sé nada nuevo, casi nada —se excusó Ran sonriendo—. No crea que trato de hacerme interesante ni de darle falsos alientos. Es que me parece ver más claro todo el asunto, en conjunto. Mañana hablaremos y quizá entre los dos acordamos algo más positivo que lo obtenido hasta ahora. Adiós, papaíto Espero que Berenice le deje dormir. A ella se le pasará también durmiéndola...

Era más de las dos de la madrugada cuando Ran llegó a su casa. Antes de entrar en su departamento fue al que ocupaba Elsa, en el mismo piso, y se puso a escuchar ante la puerta. Naturalmente, nada oyó. La joven estaría, durmiendo seguramente, y venció los deseos de llamar para charlar unos momentos con ella.

A la siguiente mañana, Ran encontróse muy animado y lleno de optimismo. Su temperamento audaz le empujaba ahora con

redoblada fuerza a la acción directa, tras las pasadas amarguras causadas por la derrota y el desconcierto en los esfuerzos para vencer a aquellos «gángsters».

Llamó a la puerta del departamento de Elsa en la forma convenida.

Nadie contestó.

Ran volvió a llamar, más fuerte. Y apenas lo hizo, volvió de nuevo a golpear fuertemente la puerta. La frente se le cubrió de frío sudor y sintió que sus piernas se le doblaban, sacudido implacablemente por la angustia. Al fin sacó de un bolsillo una llave del departamento, que le entregara Elsa. Pero sus pensamientos ya galopaban vertiginosamente tras la certidumbre de que Elsa no estaba allí dentro, o si estaba, sería sin vida... Penetró como un huracán en el «*hall*», anhelante, y gritó roncamente:

—¡Elsa! ¡Elsa!...

En pocas zancadas recorrió el minúsculo departamento. El «*hall*», la alcoba, la cocina, el cuarto de baño. No había más dónde mirar y ella no estaba.

Todo se encontraba en orden allí. Ni un mueble volcado, ni señales de haber habido lucha, ni ropas revueltas...

Ran, enloquecido, en medio del «*hall*», parecía ahora como aplastado por una tremenda ansiedad que le privaba incluso de pensar con lógica. Hallábase ante lo que más temía: el que Elsa fuese asesinada por aquellos bandoleros, considerándola como una confidente del

F. B. I.

Había sido raptada por ellos, sin duda alguna. De haberse ausentado voluntariamente, siquiera por unos minutos, hubiera dejado, según estaba convenido, una notita explicándole y diciendo adónde iba. Y si había sido secuestrada no había que pensar sino en que era para asesinarla.

Se dejó caer en un pequeño sillón, apoyando la cabeza sobre los puños crispados, incapaz de separar la vista de la alfombra, como hipnotizado. No sabía cómo ella pudo ser engañada para hacerla salir del escondite; tuvo que ser alguien en quien Elsa tuviese cierta confianza, o quizá fu sacada de allí haciéndola acudir a determinado sitio por alguien que empleó alguna argucia que venció la desconfianza de la joven.

Tras largos minutos de desaliento se decidió a usar el teléfono, cuyo aparato se hallaba sobre una mesita, a su lado. Estableció la comunicación con la centralilla, instalada en la portería.

—¿Han visto salir a la señorita Shanstone? —inquirió con voz ronca.

Ran había dado las referencias para alquilar el departamento a nombre de Patsy Shanstone prima suya.

—No. Pero voy a consultar —respondió la voz femenina desde la portería—. Un momento.

Ran esperó con el aparato pegado al oído, en suspenso la respiración.

—¿Señor Shanstone? —Volvió a sonar la voz de la joven, encargada de la centralilla—. Mire, nadie ha visto salir a la señorita Shanstone. Creíamos que estaría en su departamento. Pero, por si le vale de algo esta información, le diré que anoche, sobre las once y media, recibí por este conducto una petición de llamada para la señorita, y que ella se puso al aparato.

—Se puso al aparato... —murmuró asombradamente Ran—. Y ¿qué hablaron?

—Señor, Shanstone —respondió secamente la muchacha—, siento no poderle informar sobre tal conversación. No tenemos la costumbre de escuchar lo que se habla por teléfono. ¿Desea algo más?

—Perdone. Dígame lo que pueda sobre cómo era la voz que habló con mi prima. ¿Era de hombre?

—Sí, Una voz corriente, me pareció. Amable...

—Sí, pero ¿qué dijo? Procure recordar detalladamente lo que dijo.

—Pues..., preguntó si con usted estaba una señorita de tales y cuales señas, describiéndola detalladamente, aunque dijo que no recordaba cuál era su nombre. Que quería darle un recado urgente sobre usted, un recado de cierta gravedad.

—Y usted puso la comunicación, ¡idiota!... —rugió Ran pateando el suelo con infinita rabia.

—¡Oiga, señor Shanstone! —chilló la voz de la muchacha—. ¡Yo no estoy en la obligación de saber la clase de líos que se trae con presuntas primitas, ni ser una encubridora de ellos! ¡Grosero!

—Idiota... ¡Imbécil! —aulló Ran, colgando después el aparato

bruscamente.

Se levantó del sillón y quedó como anonadado ante la terrible realidad de que Elsa había sido engañada y sacada de allí por aquellos «gángsters». Y que por su vida poco podría ya hacerse, desgraciadamente.

Bajó a la portería y se acercó a la muchacha de la centralilla, que le echó una rencorosa mirada.

—Perdone, Lucy —dijo él con acento contrito—. Usted ignoraba todo...

—Ni falta que me hace saberlo —respondió acremente, mientras manejaba las clavijas rápidamente.

No es lo que usted supone, Lucy —insistió él con pesadumbre—. Ella estaba confiada a mi custodia. Ya sabe que pertenezco al F. B. I.

Su vida corría muy serios peligros. ¿Comprende?

Los grandes ojos pardos de la muchacha se abrieron con infinito asombro. Realmente, apreciaba grandemente al alegre y generoso Ran, que en diferentes ocasiones se había estado allí, ante el mostrador tras el cual trabajaba ella, charlando y bromeando. Y las cajas de bombones que solía llevarla de cuando en cuando, a modo de gratificación delicada. Y Lucy llegó a soñar muchas noches con él en forma de adorador, y después, de marido ideal.

—¡Ah! Eso ya varía, señor Shanstone —murmuró ella dulcemente—. ¡Qué romántico resultará el que se vea una protegida por un agente especial del

F. B. I.!

Y ¿cree usted que esa señorita ha sido... secuestrada? ¡Oh! ¡Yo daría algo por estar en su pellejo, si realmente su vida no corre un peligro cierto y terrible! Me figuro que será porque se ha escapado de su casa y no quiere volver, ¿eh? ¿Quizá la pegaba su marido o la amenazó de muerte?

—Déjese de historias, Lucy —dijo Ran, haciendo esfuerzos por no insultar de nuevo a la romántica muchacha—. Lo que quiero saber es cómo usted no la vio salir de aquí, si estuvo de servicio anoche y no hay más salida que ésta, este pasillo... Sea buena, Lucy, y ayúdeme.

—Yo, señor Shanstone —repuso ella, sonrojándose, baja la mirada—, no tenía gran simpatía por esa señorita. Creía que era

algo..., algo malo de usted, no legal ni honrado. Siempre pensé que era usted todo un «*gentleman*» y me daba rabia que una... tal; bueno, le estuviese engañando, en tanto que otras le podían hacer feliz...

—Bien, bien, Lucy —apremió Ran, con voz sofocada, mientras apretaba los puños, pugnando por no saltar a la garganta de la muchacha y hacerla hablar algo más sensato y conveniente a lo que él deseaba—. El caso es que usted la vio salir con un hombre, ¿no?

—No. Salió sola. Iba casi llorando. Me pidió que avisase a un «taxi», si hacía el favor. Llamó por teléfono y...

—¿Adonde? —gritó Ran, agarrando una mano de Lucy con enorme fuerza—. ¡No me venga con preámbulos, chica! ¡Esto es muy serio! ¡Conteste escuetamente a mis preguntas o empleo el tercer grado! ¿Adónde llamó por teléfono para avisar el «taxi»? ¡Pronto, so mema!

—Y... ¡Dios, cómo se pone usted! —gimió ella, aterrorizada por la feroz actitud de Ran, que la miraba con verdadera rabia—. Al garaje Globe, ese que está ahí al lado, en el número ochenta y cinco de esta calle...

Ran la dejó con la palabra en la boca. Salió como un torbellino a la calle, dando enormes, zancadas, hablando solo, poseído de una ansiedad extraordinaria.

Penetró en las oficinas del garaje, donde estaban algunos empleados trabajando.

—Del

F. B. I.

—dijo, mostrando su insignia a uno de ellos, que parecía ser el jefe—. Quiero hablar con el chofer del «taxi» que anoche, hacia las once y media, recogió a una determinada muchacha en el número setenta y nueve de esta calle. Se le avisó por teléfono desde allí. ¡Pronto!

—Bien. No sé si estará ahora aquí. Suelen venir todos a rendir cuentas de los servicios verificados —dijo el hombre, con gran tranquilidad—. Venga usted. Los reuniremos en la nave y veremos quién es.

Salieron ambos a la nave, donde estaban varios «taxi», que estaban siendo limpiados por sus conductores. El jefe les llamó y les ordenó se alineasen.

—¿Quién de vosotros fué llamado por teléfono desde el setenta y nueve de esta calle, anoche, sobre las once y media, para llevar a una muchacha? El que hizo este servicio que lo diga... —exclamó el jefe, mirando a los taxistas.

—Yo —dijo uno de ellos, adelantándose—. ¿Qué pasa?

—Ahí lo tiene —dijo el jefe a Ran—. Voy a lo mío. Si es algo delictivo, avíseme. He tenido siempre a Ellis por un hombre honrado, se lo advierto.

—Gracias —repuso Ran. Y se encaró con el taxista, un hombre de unos cincuenta años, muy alto y de rostro serio—. ¿Cómo era la muchacha a quien usted llevó en su coche?

—Alta, de pelo plateado, con una cara de ángel... —dijo el hombre sonriendo—. Iba llorando cuando salió del portal. La pregunté si podía hacer algo por ella. Va y me dice que gracias que la llevase al veintiuno de Rutledge Street al norte del Flatbush, ya sabe...

—Siga, siga —dijo Ran mientras apuntaba febrilmente la dirección.

—La llevé allá cruzando el puente de Brooklyn, como es natural...

—Como es natural —repitió Ran maquinalmente—. Siga, siga... Le llevó hasta allí. ¿Qué ocurrió después?

—Pues que me pagó, que di la media vuelta y me fui al primer punto, en espera de otro cliente, como es natural.

—¿No se quedó usted un poquito, a ver dónde iba a parar aquella joven extraña que iba llorando? —dijo Ran, mirando fijamente al taxista—. ¿Quién le abrió la puerta?

—Sí, claro. Uno es algo curioso y esperé a ver qué pasaba. Era una casa corriente, como hay tantas. Llamó ella y salió a abrir una mujer, con la que habló un poco. Preguntó por un tal Randolph... no sé qué. Y entró, dejándome plantado. No sé más, señor.

Ran se estremeció. Resultaba que Elsa había caído en la trampa, pese a todas las precauciones tornadas para evitarlo. Quizá la dijeron que él, Ran, estaba herido y debía ir a verle allí, al veintiuno de Rutledge Street. Y ella, sin pensarlo más, impulsada por su amor, fue inocentemente, sin pensar nada sino en su Ran.

VIII



E hizo conducir el agente especial por el mismo taxista, con su coche, al veintiuno de Rutiedge Street.

Examinó la fachada de la casa, de dos pisos, con una sola puerta. Tenía tres balcones a la calle, y, en general, daba la impresión el edificio de estar casi ruinoso. No se veían cortinas ni visillos en los balcones, de cristales sucios, y algunos rotos.

—Espere —dijo al taxista, que desde su asiento le miraba con extrema curiosidad.

Llamó Ran a la puerta, oprimiendo el botón de un timbre. Se volvió hacia el taxista, murmurando:

—Si alguien habita esta casa le doy cien dólares...

El taxista movió la cabeza, dubitativo.

—Anoche sí había alguien. Una mujer vieja, desgredada. Y había

luz en uno de esos balcones.

Ran volvió a llamar al timbre. Dejó pasar unos segundos y golpeó la vieja puerta con el puño. Nadie salió a abrir.

—Ya le decía... —murmuró Ran, muy pálido—. Tenía que ser así. Después de cometido el rapto, desaparecen. ¿Tiene usted una llave inglesa, una palanca para desmontar los neumáticos? Démela.

—¿Usted puede hacer eso, patrón? —dijo el chofer, dudoso—. No quisiera tener que verme en un lío con la Policía.

—Mire. —Ran le mostró la insignia del

F. B. I.

—. Deme esa herramienta.

El taxista, ahora entusiasmado ante aquella aventura, y también porque seguía corriendo la cuenta del aparato, le entregó una llave inglesa de buen tamaño y una palanqueta de desmontar neumáticos. Ran cogió la palanqueta y se dirigió a la puerta. Varios curiosos estaban ya contemplando aquella escena, pero el taxista los ahuyentó prestamente.

No fué nada difícil hacer saltar la vieja cerradura. Ran penetró en un pasillo, pistola en mano. Sabía ya cómo las gastaban los «gángsters».

Seguido del cada vez más intrigado taxista, que esgrimía la llave inglesa, recorrieron las habitaciones de la casa, que estaban en su mayoría sin muebles, y los que había, en estado deplorable. Llamó la atención de Ran un rollo de cuerdas, nuevo, tirado en un rincón. Observó el cabo y vio que había sido cortado recientemente, dejando algunas hilachas. Cerca, había un viejo cuchillo, lleno de orín, pero sin manchas de sangre.

Examinó detenidamente el polvo que cubría las habitaciones, empezando por el pasillo de entrada.

—Ya esta ella aquí —dijo al taxista con voz ronca—. Ha penetrado por aquí, mire sus huellas, con otras más anchas, de hombre, y otras de mujer de bastante peso.

Siguieron la búsqueda, tras las huellas de los zapatos de Elsa.

—Aquí fue sorprendida... y derribada —dijo Ran, mostrando el polvo revuelto del suelo—. Allí está el rollo de cuerda y el cuchillo. Todo ha sido como me figuraba. La trajeron engañada y después la ataron y se la llevaron.

—¿Y ahora? —inquirió el taxista con voz emocionada—. ¿Qué

va usted a hacer?

—Buscar su cadáver —respondió Ran con voz apenas audible—. Vámonos. Estoy perdiendo ya el tiempo aquí.

—A Centre Street —dijo al taxista cuando montaron en el coche—. A Jefatura de la Metropolitana.

—¡Rayos! —exclamó el hombre rabiosamente—. Con lo bonita que era... Me dio verdadera lástima verla llorar, palabra. Quizá sabía que la iban a matar...

—Creía que yo era el que estaba muerto o a punto de morir —murmuró Ran sonriendo con ferocidad, mostrando los dientes como una fiera—. Corra cuanto pueda, amigo.

El «taxi» corrió, en efecto, como un proyectil, esquivando hábilmente los lugares donde los agentes del tráfico pudieran entorpecer la carrera con sus paradas.

El agente especial subió de dos en dos los escalones hasta llegar al pasillo en el que se hallaba el despacho del inspector Collier, del Departamento de Homicidios.

—Hola, Shanstone —dijo el viejo policía, tendiéndole un paquete de cigarrillos—. Hace unos momentos estuvo aquí tu «abuelo» Costen. ¿Qué te pasa? ¿Has bebido vinagre? Si salieras de una tumba no estaría tan asquerosamente pálida tu cara...

—Envíe usted lo antes posible a los de huellas al veintiuno de Rutledge Street, por el norte de Flatbush. Una casa abandonada.

Y refirió detalladamente el caso de Elsa a quien tenía él oculta en su misma casa y había sido raptada con engaño.

El inspector Collier escuchó calmadamente el relato. Ya estaba en antecedentes de todo lo del caso de los «gángsters» contrabandistas de drogas y por ello le fué fácil seguirle a Ran. Cuando el joven hubo terminado, el viejo policía, fija la vista, en el joven, movió la cabeza con ademán pesimista.

—Buscaremos en el Hudson y en el East River —dijo lentamente—. Solamente como medida general, ¿sabes?... Quizá no la hayan asesinado... aún. Eres ya un hombrecito como para no andarse con requilorios ni frasecitas de esperanza. Esos ganapanes no se detienen ante una muerte, ya lo sabemos. Se lo diré a Costen...

—¡No! —exclamó Ran, impulsivamente—. Deseo, señor Collier, actuar en esto, desde ahora sin que él sepa una palabra. ¿Puede guardarme el secreto?

—Hombre —murmuró Collier, vacilante—. Es un poco extraño y antirreglamentario lo que me pides, ¿sabes? Si me dices por qué motivos quieres hacerlo...

—Porque temo que Costen ha de constituir una rémora, jefe. Está bajo un terrible complejo de inferioridad y ello le impulsa a actuar sin moral, sin fe en lo que va a hacer, sin ardor. Nos contagia a todos...

—Es un poco fuerte lo que dices, muchacho —repuso Collier arrugando el ceño—, pero me parece que no andas descaminado. Bueno, anda y haz lo que quieras. Te ayudaré mientras no te excedas o me pongas en un compromiso.

—Gracias. Ahora, otro favor. —Tomó una cuartilla de sobre la mesa y escribió en ella largamente. Después se la entregó a Collier, que la leyó rápidamente, reflejándose en su rostro el mayor asombro.

—Pero, Shanstone —dijo con tono de reproche—. Esto sí que no lo admito... ¿Adónde vas a parar, hombre? Es una traición..., o algo peor.

—Hágalo, jefe. ¡Hágalo, por Cristo! Si sale mal, yo seré el primero en pedir perdón y que me expulsen del

F. B. I.

Mire, sé que por ahí anda la traición. Lo sé y le apuesto la paga de un año a que si usted me facilita esos medios informativos gano la partida.

—¡Te ayudo, Ran, y que el pobre Costen se vea libre de semejante pesadilla! —exclamó Collier dando un manotazo sobre la mesa, brillantes los grises ojos de entusiasmo—. Ahora mismo paso este volante a Edén y luego tú te entiendes con él. Cuando necesites hombres para un asalto, dímelo.

Ran salió del despacho silbando bajito el «Bravo Oeste», el Oeste donde naciera él, en Arizona. Bajó al piso inferior y penetró en la sección de «Información», donde estaba Edén, el jefe. Casi al mismo tiempo colgaba el aparato de un teléfono, después de hablar en él.

—Hola, Shanstone. —Edén le tendió la mano, sonriendo—. Me acaba de hablar Collier por teléfono interior de lo que usted quiere de nosotros. Me pregunto si no se propone usted armar un escándalo mayúsculo con esa actitud...

—Es posible, señor Edén —replicó sonriendo burlonamente Ran

—. Pero no creo que llegue a tanto. Cuando apenas comience el revuelo ya estará todo resuelto. Todo consistirá en actuar como un relámpago, con el consiguiente deslumbramiento.

Un agente ordenanza entregó a Edén el papel que había escrito Ran para Collier, y que éste transmitía al jefe de «Información». Lo leyó éste y lanzó un silbido de asombro. Levantó la mirada para fijarla sobre Ran, que seguía sonriendo maquiavélicamente.

—Muy fuerte esto, Shanstone —dijo Edén frunciendo el ceño—. Apunta usted aquí como una traición de un jefe superior... Me agradaría conocer los datos en que usted se basa para formular tan terrorífica acusación contra Costen. Fué herido por los «gángsters», dio la cara valientemente y toda su historia nos indica que ha sido íntegro, leal, honrado...

—Lo sé muy bien. Ustedes, en cambio, no saben cuáles son mis intenciones —replicó Ran gravemente, algo pálido—. Collier ordena que se haga lo que he pedido, señor Edén...

—Sí, sí, desde luego —contestó el interpelado secamente—. Soy su subordinado y se hará tal como lo ordena. Deseo con toda mi alma que usted no se equivoque, joven. Paso este volante a Smith y a Dennis, que están en la Western en «Interferencias». ¿Algo más, Shanstone?

—Yo los llamaré tres o cuatro veces al día para que me informen. De lo que ellos me digan depende el que dé el golpe que ha de aniquilar a esos tipos más o menos pronto. Gracias, jefe. No piense muy mal de mí, se lo ruego...

—Jamás lo he hecho, Shanstone. Ahora, es que estoy como... aterrado, francamente. Siempre ha sido muy doloroso el que alguno de nuestros miembros, y si ocupa un alto cargo aún más, sea señalado como traidor. Si lo es, que lo pague, no hay duda.

—Conste que yo no he dicho en ningún momento que Costen sea un traidor, señor Edén —repuso Ran con ardor—. No creo que lo sea; estoy seguro de que no lo es. Pero hay que proceder como si fuese un sospechoso. Esto le parecerá inexplicable ahora, pero ya lo comprenderá a su tiempo.

Cuando salió de Centre Street, después de hablar por teléfono con Smith y Dennis para detallarles lo que de ellos deseaba, era ya la hora de almorzar. Y marchó a pie, animoso, casi optimista, hasta el 325 de Park Row, domicilio de los Costen.

—¿Llego a tiempo? —preguntó a Berenice, que le miró azoradamente, para sonreírle con afecto, después.

—Hola, Ran —dijo el viejo inspector, dejando de leer el periódico para encararse con el joven—. Te he estado esperando en mi despacho para conferenciar contigo. ¿No habíamos quedado en eso? Bueno, ¿y qué haces por tu cuenta? Acuérdate de que me dijiste que antes de los ocho días este asunto endiablado estaría resuelto. ¿Qué has hecho?

—Nada. Pensar mucho lo que debo hacer y no pasar de ahí —contestó Ran, sonriendo festivamente—. Cuando esté todo bien pensado entonces actuaremos y todo saldrá perfectamente, no lo dude.

—¡Hum! —rezongó Costen, no muy convencido por las palabras de Ran—. No creo que tengamos tanto tiempo como para dejarlo pasar así, muchacho. Yo, por mi parte, pienso menos y actúo más. Bueno, vamos a comer...

Berenice, de muy buen humor, como siempre, llevó casi todo el peso de la conversación, haciendo que su marido y Ran se enzarzasen en amplias discusiones sobre planes y proyectos para aniquilar a aquellos «gangsters» endiablados.

—Tengo a cuatro hombres metidos en una nueva tarea de infiltración, Ran —dijo Costen con acento de superioridad—. Recordarás que la Metropolitana recogió a algunos bandoleros muy malheridos en el asalto a City Island. Todos murieron, pero uno de ellos declaró algo interesante antes de emprender viaje para el infierno.

—Lo ignoraba —dijo Ran con asombro—. Ya me dirá eso en la oficina.

—Hijo, yo también sé hacer algunas cosas —explicó Costen ufanamente—. Y callármelas cuando esto es preciso. No es que desconfiase de ti, pero hay ocasiones en que se debe ser como una tumba. Ni a Berenice se lo dije, ya ves...

—Ni debes hacerlo. Peter —repuso ella sonriendo—. Siempre he dicho que eres un parlanchín, y Dios quiera si por serlo ese asunto que traes entre manos lo conocen gentes que no son adictas al F. B. I.

¿No es cierto. Ran?

—Un poco, Berenice —repuso ambiguamente Ran—. Pero si

ahora es más prudente, aunque nos sepa mal que desconfíe de nosotros, se le puede perdonar.

—No me comprendes bien. Ran. No desconfiaba de ti, diablos...

—murmuró Costen confusamente—. Es que uno no puede hacer confidencias en ciertos momentos, sobre todo si no son más que sobre proyectos. Tú mismo estás ahora como un muerto de callado, con tus pensamientos. ¡Y soy tu jefe, rayos, y debo saber lo que piensas! Verás: aquel hombre que estaba agonizando me dijo que...

—Me marchó. Tengo prisa —dijo Ran levantándose de la mesa, terminada hacía rato la comida—. Ya me lo dirá en la oficina luego.

—Peter, Ran tiene razón —arguyó Berenice severamente—. No hables de lo que al ser divulgado puede perjudicaros. Ya lo sabrá cuando sea oportuno. Y a mí nada me importa no conocerlo. Elimina posibilidades de que personas desleales se enteren de lo que va a hacer el F. B. I., en determinadas circunstancias. Anda, vete a echarte un rato.

Ran salió disparado de nuevo hacia Centre Street, ahora en un «taxi». Su rostro revelaba una enorme inquietud y penetró en el despacho del inspector Collier como una tromba.

—Hola, jefe —dijo con voz que intentó fuese tranquila, sin conseguirlo—. Deseo de usted algo muy interesante, y sobre todo, rápido...

—¿Es el Presidente Truman el traidor, ahora, y quieres que lo meta en la cárcel? —inquirió Collier sonriendo irónicamente—. Siéntate, hombre...

—Costen recibió alguna confidencia de uno de los «gangsters» heridos y se propone, si no lo ha hecho ya, enviar a, algunos de mis camaradas para infiltrarse, según dice, entre esos bandoleros...

—Muy bien. Ya era hora de que se lograra tal cosa. ¿Y qué? —replicó Collier imperturbable—. ¿Deseas ser tú uno de esos agentes?

—¡Un demonio! Lo que quiero es que usted evite, como sea el que mis camaradas sean enviados... a la muerte. A una muerte tan cierta e inevitable como la que sufrió el pobre Tremont y los camaradas que fueron enviados como camareros al Harlem Club. Eso es lo que quiero, jefe.

—¡Esto es demasiado, muchacho! —exclamó Collier levantándose de su sillón, tras la mesa del despacho y avanzando, congestionado por la emoción, hacia él, que en pie, le esperó sin

conmoverse—. ¿Cómo puedo yo, sin ser del

F. B. I.,

dar contraorden a los agentes especiales vuestros, y qué argumentos puedo emplear para ni siquiera tratar de hacerlo? Eso es crear un antagonismo, un cisma peligrosísimo en el que yo voy a llevar la peor parte, sin poder decir a quien corresponda que Costen es un traidor. Porque, ¿lo es, Rían? ¡Habla de una vez y acusa si puedes! ¡Dios, si lo es, yo mismo lo mataría!

—Como si lo fuera, jefe —dijo Ran severamente—. No discutamos si lo es conscientemente o no. Lo que si es cierto es que Costen envía a la muerte a sus hombres. Y que nuestras derrotas lo son porque los «gángsters» saben nuestros planes, que parten de Costen. Señor Collier, hay que impedir a todo trance que cuánto ordene Costen sobre este caso se lleve a cabo. Hay que hacer que mis camaradas no cumplan sus mandatos, aunque finjan hacerlo. Puede ser evitado que esos cuatro agentes especiales traten de infiltrarse en la banda.

—Pero eso... —murmuró Collier, perplejo—. Yo no sé cómo evitarlo, la verdad. ¿Por qué no dar parte confidencial a vuestro Estado Mayor de lo que ocurre, Shanstone? ¿Y si fueras tú y les hablastes?

—Porque no hay tiempo para ello, jefe —dijo Ran con acento trémulo—. Creo que si lo hago no tardarían ni veinticuatro horas en asesinarme. Y Elsa Conway también moriría, si no la han matado ya... Mire, jefe, ¡estoy seguro de que ellos asesinarán al mismo Costen tan pronto vean que no les sirve para nada! Si se le quita el mando y ellos lo saben, le matan, téngalo por seguro.

Collier, estupefacto, contemplaba al joven agente especial con un tal asombro mezclado de temor, que hizo sonreír al mismo Ran, pese a hallarse presa de una tremenda excitación.

—Es decir, que hay que sostener a Costen en el mando; hacerle creer que sus órdenes son cumplidas, pero no obedecerle en absoluto... ¡Santo Dios, me vas a volver loco con tus problemas psicológicos!

—Si viviera el pobre subinspector Alexander todo estaría, arreglado —murmuró Ran—. Pero él también fue enviado a la muerte, como un cordero al matadero. Ahora no hay mandos en el F. B. I.,

de Nueva York sino el mismo Costen. Tiene que ser usted el que le mine el terreno, jefe.

—Está bien. Shanstone —suspiró Collier volviendo a sentarse en su sillón—. Creo que estás en lo cierto al pensar que algo extraño inmoviliza nuestros movimientos y nos lleva a la derrota en la lucha contra esos «gángsters». Hay traición y apuntas bien de dónde procede. Creo en ti y voy a ayudarte de firme. Vete tranquilo. Esos agentes especiales no irán a la muerte, como tú dices. Ni serán cumplidas las órdenes de Costen pase lo que pase. Después explicaremos por qué hicimos esto.

—Gracia, jefe. También usted vela por la vida de lo de la Metropolitana al hacer esto. Piense en que cayeron en City Island al lado de mis camaradas...

El teléfono sonó, sobre la mesa de Collier. Lo cogió él con un gesto de mal humor.

—¡Hable! Sí, Collier. Sí, está aquí, Smith. Espere... Es para usted, Shanstone.

Ran se abalanzó sobre el aparato, lleno de ansiedad.

—Hola, Smith —dijo con impaciencia—. ¿Qué?...

—Le estaba buscando por toda la Jefatura, amigo Shanstone. Bueno, tenemos algo importante ya. Y tenía usted razón, diablos...

—Hable, hable, Smith —urgió Ran, mientras lanzaba una mirada de triunfo a Collier, que esperaba expectante lo que le dijese Ran.

—Bueno, según lo convenido, los nombres se los digo en clave, para que oídos ajenos no sepan de quién se trata en nuestras conversaciones. Resulta que X1 acaba de llamar por teléfono a X3, ¿comprende bien?

—Perfectamente. Siga. Siga —dijo, palideciendo y tomando nota taquigráfica de lo que le decía Smith.

—XI le ha dicho a X3 que esta noche se enviarán cuatro agentes especiales a cierta taberna enclavada en el 47 de Oak Street, cerca de Knickerbocker Village. El «gángster» herido y prisionero declaró que en esa taberna había elementos y jefes de la banda, y que hasta iba el mismo jetazo con frecuencia por allí. Escuche ahora quiénes son los agentes especiales que van a ser enviados...

—Siga, Smith —murmuró Ran con ansiedad—. ¡Dios le bendiga, hermano!

—Aún más a usted que a mí, Shanstone. De no ser por usted... Bueno, irán, o deberían ir, éstos: Coram, Hallock, Robinson y Baldwin...

—Coram. Hallock, Robinson y Baldwin —repitió Ran—. Siga, Smith.

—Otra cosa, y que sea enhorabuena. Elsa vive...

—¡Mil veces bendito sea Dios! —rugió Ran dando un terrible puñetazo sobre la mesa—. ¡Vive Elsa! —Y miró al inspector Collier, que sonrió jubilosamente.

—Pero, Shanstone —agregó Smith con voz severa— parece que el que viva está condicionado con el hecho de que ellos no se vean en mal trance. Si se viesen perdidos, su amiguita será eliminada, aunque no sea más que por fastidiarlo a usted.

—¿Y no han dicho dónde se encuentra? —preguntó Ran angustiosamente.

—Aún no. Hablaron de ello en forma circunstancial. Otra cosa, amiguito... Van a ir contra usted, y muy en serio al parecer. Creen que usted está con la mosca en la oreja; es decir, que suponen con temor que les ha cogido la punta del ovillo y la va a seguir. Prevéngase, Shanstone. Nada más por ahora.

—Gracias, Smith. Le llamaré antes de las diez de la noche por si hay algo más. El cataclismo se avecina y ya veremos a quién le pesca en medio. Ésos ya están en el saco y si no fuera porque media Elsa y porque hay que procurar dar el golpe con la máxima fuerza, ahora mismo iría a detenerlos. Hasta luego, Smith.

IX



las nueve de la noche,
Ran telefoneó a Smith, por si había alguna novedad.

—Nada, Shanstone —respondió el agente de «Interferencias»—. XI ha hablado por teléfono con X3, pero no ha dicho nada de particular.

—No será que hablan con frases convenidas... —insinuó Ran, desconfiado.

—No. Tal vez quisiera decirle algo XI a X3 pero indudablemente había algún testigo y por ello no dijo nada importante.

—Bien. ¿Podré volverle a llamar más tarde? Yo creo que estas horas que están pasando son las críticas. Algo grave va a pasar y quisiera estar muy prevenido para actuar instantáneamente.

—Llame cuando quiera. Si no estoy yo ocupará mi puesto Dennis. Y, oiga, Shanstone, no olvide mi recomendación. Ahora van

por usted esos tipos. Quizá este período que parece de calma y que nota usted, es debido a que le están vigilando para descargarle un golpe funesto. Mire bien por dónde anda y tenga cien ojos.

—Los tengo, camarada. Creo que sería necio por mi parte estar avisando y, sin embargo, ir a caer como un estúpido en el lazo que me quieran tender. Hasta luego, Smith.

—Hasta luego. ¿Sabe que le envidio un poco, amigo?

—¿Me envidia? ¿En qué sentido? —preguntó Ran con asombro.

—Es estupendo eso de que se vea usted amenazado de muerte, con la novia raptada, como en las películas... para salir después victorioso. ¡Ésas son aventuras de las que ponen los pelos de punta y vibra uno de emoción! Siempre he deseado que me ocurriera algo de eso, Shanstone, en vez de estar aquí oyendo tonterías para ir con el chisme a los jefes. Me gustaría mucho ser héroe, palabra.

—Si pudiera, le cedería con mucho gusto el puesto —replicó Ran riendo—. Sepa que ahora estoy enfermo de angustia, y no por mí, sino por Elsa. No sé si la podré rescatar con vida, y desde luego la quiero con toda mi alma, Smith. Esto le quita a uno las ganas de ser héroe.

—Saldrá con bien, Shanstone; se lo digo yo. Adiós.

Ran colgó el aparato lentamente. Durante algunos minutos, fumando, estuvo pensativo, reflejando su rostro, en efecto, una honda angustia.

Se vistió después de etiqueta y saliendo a la calle, tomó «taxi», que le llevó a la Séptima Avenida, al restaurante de Hurlock. El gran salón estaba lleno, como siempre, de gentes elegantes, y ocupó una mesa colocada en un rincón, a la izquierda de la orquesta.

Hurlock, siempre deferente, elegante y distinguido, charlaba durante unos minutos con algunos clientes, les hacía reír con sus chistes y amenidad, y pasaba después a otra mesa, entablando nueva conversación, haciendo así amable y acogedor el establecimiento.

—Caramba, Shanstone —dijo cuándo distinguió al agente especial, que estaba ya cenando mientras observaba a los demás clientes—, usted por aquí, y solo, y nada me habían dicho de su presencia. Supongo que ahora será para conquistar a alguna bella dama, ¿eh? Precisamente, viene por aquí cierta muchacha huérfana, millonaria... —Guiñó un ojo a Ran—. Está ahí, a su derecha, detrás.

Sola, como siempre. Mire con disimulo... Es guapa de veras, y, por lo que sé no la importarla casarse con un hombre carente de fortuna, pero que sea muy hombre; no un «gigoló». ¿Quiere que dentro de un rato se la presente? Se llama Fanny Undercroft. Si la saca a bailar no le dirá que no.

—Es usted el mejor mentor y protector que uno pudiera apetecer, Hurlock —respondió riendo Ran—, pero me temo que habría de fracasar si ahora intentase algo. No está mal —se volvió disimuladamente para observar a la bella—, pero... no creo que sea mi tipo. Quizá es excesivamente gordita y pequeñita. ¿No le hace a usted, Hurlock?

—Tenemos el mismo gusto. Ran. La encuentro un poco opuesta al tipo que yo deseo. Por cierto, amigo... Esta mañana he estado en la Bolsa. Sigue la racha de buena suerte. Le debo doscientos dólares. Cuando vaya a marcharse se los entregaré. Haga por verme de nuevo. Está allí Trevor con su esposa y ya me han hecho señas de que vaya. Se gastan cada noche un centenar de dólares, pero hay que pasarles la mano por el lomo. La estupidez de algunas gentes es inagotable, se lo aseguro. Hasta luego, Shanstone.

—Adiós, Hurlock. Estaré aquí todavía un buen rato.

El elegante dueño del establecimiento se alejó repartiendo sonrisas y frases de halago entre los clientes. Han, pensativo, terminó su cena y después trató de distraerse contemplando a los que bailaban en la pista mientras fumaba un habano que le había entregado Hurlock. Vio bailar a la joven millonaria que apetecía un marido muy hombre, con un elegante joven de pelo color estopa, que intentaba indudablemente realizar la conquista, según podía apreciarse por sus gestos apasionados y la intensidad del brillo de su mirada. Ella le sonreía, pero su sonrisa parecía un tanto burlona.

Hurlock se acercó de nuevo a la mesa de Ran y se sentó frente a él. No sonreía ahora y el tono de su voz parecía algo preocupado.

—Shanstone, mire con disimulo a su izquierda. En una mesa, solo, está un hombre a quien conozco bien, pero de vista. Dígame si usted le conoce...

Ran, haciéndose el distraído, hizo lo que el otro le pedía. Vio en una mesa, a un hombre a quien el traje de etiqueta le caía como si fuera un saco o una sotana. De aspecto ordinario, se sentaba en una postura displicente, inclinado el rostro hacia la mesa mientras

comía ruidosamente. Su rostro era el de un boxeador, con la aplastada nariz, los ojos bestiales prominentes y de mirada cansada, bovinos.

—No le conozco —dijo Ran a Hurlock, que en tanto miraba distraídamente a su alrededor—. ¿Quién es?

—¿No le conoce? Pues es Dan Danvy, el «gángster». Ha salido hace un mes de

Sing-Sing,

después de cinco años de estancia. Ha matado a varios, según me han informado, pero la Policía no ha podido demostrarle bien su culpabilidad y lo encerró por una tontería. Es una mala bestia. Pero lo que me ha hecho llamarle la atención, Ran, es que ese pistolero no le ha estado quitando ojo desde que llegó, hace cosa de media hora; le he preguntado al camarero si le dijo algo con respecto a usted, pero no ha hablado con él. Parece que él le conoce a usted, Ran. Por eso le pregunté si usted le conocía. A veces, estos tipos, cuando salen de la cárcel, desean vengarse...

Ran, con disimulo, examinó atentamente de nuevo al tal Dan Danvy.

—Mi actuación en el

F. B. I.

no es tan larga como para que no recuerde bien a los que he tenido como adversarios —dijo volviendo la mirada hacia Hurlock— y desde luego es la primera vez que veo a ese hombre.

—Así será —replicó Hurlock dubitativamente—, pero entonces hay algo peor, y es que tal vez Danvy tenga orden de eliminarle a usted. Creo, Shanstone, que usted podría indicarme si puedo hacer algo en su favor ahora, para quitarse de encima a ese hombre. ¿Quiere que avise a sus camaradas o a la Metropolitana y que lo detengan? Si usted se mueve de esta mesa, quizá podría ese desesperado dispararle una andanada, y con ello, además de correr peligro su vida, mi establecimiento no ganaría nada con semejante escándalo.

Ran sonrió burlonamente. Se levantó y con paso cadencioso, tranquilo, fue hasta la mesa donde se sentaba Dan Danvy, sentándose frente a él mientras le miraba fijamente, Hurlock, asombrado, se levantó y quedó en pie, contemplando a Ran y a Danvy inquietamente.

—Oiga, Danvy —dijo Ran con acento reposado—. ¿Sabe quién soy yo?

Danvy, sobrecogido, azorado, dejó el tenedor y el cuchillo sobre la mesa y durante algunos segundos no replicó. Sus ojos, de expresión estúpida, iban de Ran a Hurlock, que se acercó aparentando indiferencia.

—No sé quién es usted, ni me importa. Ni tampoco le he invitado a sentarse a mi mesa... —farfulló el hombre en voz baja—. ¿Qué es lo que desea?

—Que se marche de aquí ahora mismo —dijo Ran secamente mientras le mostraba en la palma de la no su insignia del F. B. I.

—Sin armar escándalo, Danvy. Llame al camarero, páguele y salga de aquí inmediatamente. Si tiene algo contra mí, espéreme en la calle y hablaremos.

—No tengo nada contra usted —replicó prontamente Danvy en tono casi humilde—. ¿De dónde ha sacado semejante cosa?

—Márchese sin pagar, Danvy —dijo Hurlock en tono amistoso—. Pero no vuelva por aquí, haga el favor.

—Pero yo no me meto con nadie —protestó Danvy—. No le conozco a usted, señor agente... Ni tengo por qué esperarle para hablar. Ahora soy un... hombre de bien, por si no lo sabía. Puedo ir a dónde se me antoje...

—Márchese, Danvy —contestó Ran frunciendo el ceño—. No deseará que lo eche de aquí a empellones.

—Está bien. Me iré, pero yo no he hecho nada malo aquí, que conste. —Cogió el vaso lleno de vino y lo bebió de un trago. Se levantó después, fué hasta el guardarropa, cogió su gabán y salió tranquilamente, lanzando una rencorosa mirada a Ran y Hurlock.

—Ahora es cuando debe ir usted prevenido. Shanstone —dijo Hurlock sonriendo—. A la salida... Le esperará, y a traición...

—Ya veremos —respondió Ran encogiéndose de hombros—. Tendrá que ir muy listo para sorprenderme.

—Le llevaré en mi coche hasta su casa —propuso Hurlock—. Dígame cuándo se va a marchar, ¿eh? Voy a atender a mis clientes.

Ran le detuvo con un gesto.

—No hace falta que se moleste, Hurlock en llevarme en su coche. Se lo agradezco de veras. Ese Danvy no se meterá conmigo,

seguro. Ningún maleante, en igualdad de condiciones a las que se encuentra Danvy, lo haría.

—No comprendo por qué —dijo Hurlock con asombro—. El vino aquí para conocerlo, sin duda alguna. Para saber cómo era usted, si es cierto, que no le conocía. ¿Para qué hizo tal cosa? Pues, para tener la seguridad de que cuando le ataque saber que es usted y no otro. Esto es elemental...

—También es elemental que sabiendo él que le he conocido ya no intentará nada contra mí. En el caso de que intentase eliminarme, si no lo consiguiese sabe muy bien que, estando fichado, tardaría muy poco en ser detenido de nuevo, o muerto a tiros. Tiene cara de ser un animal, pero no lo es tanto como para hacer una majadería.

—Bien, Shanstone. Tal vez tenga razón. Pero si lo desea, le llevo en mi coche, y también yo estaré más tranquilo. Hasta luego.

—No tardaré en irme. Agradecido por todo, hasta otro rato, Hurlock.

Se estrecharon las manos, sonrientes, y un cuarto de hora después, Ran cogía su gabán y su sombrero y salía del restaurante tranquilamente. Eran las doce menos diez y todavía la Séptima Avenida estaba concurrida.

Fué hasta la primera estación del «tube», esquina a la calle Veintitrés, y tomó un billete hasta City Park. Sentado, sacó un diario nocturno y estuvo hojeando tranquilamente durante el largo trayecto.

Salió a la superficie en City Hall Park en medio de una avalancha de viajeros que en los andenes de enlace se cruzaban. Y con paso mesurado, mirando discretamente a su alrededor, llegó hasta Park Row, muy cerca del domicilio del inspector Costen.

Vio que en la puerta había un coche oficial y se acercó.

—Hola, Mars —dijo al chofer, que, sentado ante el volante, escuchaba la radio del coche—. ¿Qué hace aquí? ¿Tiene servicio?

—¡Diablo, señor Shanstone! —exclamó el chofer alegremente—. Se alegrará enormemente el inspector Collier si sube usted a casa del inspector Costen. ¡Malas noticias, señor Shanstone! ¿No sabe que han secuestrado al viejo Costen?

—¿Eh? —exclamó Ran palideciendo hasta parecer su rostro blanco como la nieve—. ¿Qué le han secuestrado?

—Como lo oye. La señora Costen recibió un aviso telefónico de no sabe quién, diciéndole que su marido estaba en buenas manos y que si se intentaba hacer algo por él iba a morir sin remisión. Suba, suba, y ya le dirá el inspector Collier...

Ran tomó el ascensor exprés y llamó después reiteradamente a la puerta. Berenice, llorosa, le abrió.

—¡Menos mal, Ran! —exclamó ella, cogiéndole de un brazo y apretádoselo nerviosamente—. ¿Te han dicho lo que ha pasado? ¡Haz le que puedas, querido, por el pobre Peter!

El inspector Collier estaba en el «*hall*», con dos detectives más de la Metropolitana, charlando en voz baja.

—¡Hola, Ran! —dijo al verle, mirándole azoradamente—. Bueno; tenemos un lío de los buenos, muchacho. ¿Sabes algo? A Costen lo han secuestrado...

—Pero no sé todo —contestó Ran, perplejo—. ¿Cómo ha sido, Berenice?

—Esta noche salió mi marido, dijo que de servicio —fue relatando la acongojada esposa.

—¿A qué hora? —inquirió Ran.

—Hacia las diez y media —contestó ella, sentándose en un sillón y enjugándose las lágrimas—. No me dijo adónde iba... Otras veces lo hace. Dijo que estaba citado contigo, Ran. Tú sabrás...

—No es cierto —rechazó Ran con asombro—. Yo estoy libre. Vengo del restaurante de Hurlock, en la Séptima Avenida. He hablado con él, mientras cenaba —miró al Inspector Collier, que le estaba observando también fijamente.

—Dios mío, entonces... —murmuró Berenice, lanzando una mirada desgarradora a Collier—. Me ha engañado...

—Siga, Berenice —dijo Ran, sentándose pesadamente en otro sillón.

Collier y los dos detectives, en pie, miraban escrutadoramente a Berenice y a Ran.

—Hacia las once, una voz de hombre me dijo por teléfono me Peter estaba en buenas manos y que no hiciera nada por buscarlo, porque entonces moriría indefectiblemente. Que más adelante me darían instrucciones... —Rompió a llorar de nuevo— para el cobro de un rescate... o proporcionarles noticias sobre lo que el

F. B. I.,

hiciera para interrumpir su negocio de contrabando. Creo que..., que con esto me querían decir que retendrían indefinidamente al pobre Peter para sacarme lo que yo pudiera saber sobre lo que ustedes hagan contra ellos. Un rehén que les garantice su seguridad, Ran...

—Y usted avisó al inspector Collier —dijo Ran, aprobando con un gesto tal decisión.

—Inmediatamente, hijo —dijo Berenice, angustiadamente—. Ahora no sé si... lo matarán. Todo lo saben, y en cuanto que hagáis algo por salvarlo... ¡Ran, hay que salvarlo, pero sin que ellos se percaten de vuestros movimientos! ¡Collier, no hagan nada que les pueda indicar que saben esto!

—Lo intentaremos, Berenice —dijo Collier, agitadamente—. Y, Ran, aquí no hay nada que hacer. Incluso es peligroso que estemos en esta casa. Pueden espiarla y saber que esta pobre mujer nos ha avisado. La dejamos, Berenice No tiene usted nada que temer, pero sepa que no debe salir de aquí sin avisarnos, para protegerla debidamente. Ya veremos lo que se puede hacer.

—Por ahora será inútil movilizarnos —sugirió Ran, con acento dolorido—. Sin saber de dónde proviene el golpe e ignorando dónde estará Peter...

—Tal creo, Ran —dijo Collier, con un gesto de aprobación—. Debemos esperar a que envíen esas instrucciones para usted, Berenice. No le harán nada en ese lapso de tiempo a Peter. A ver si cuando dicten sus condiciones, nos muestran la punta de la oreja. En fin, Berenice, sepa que estamos sobre este asunto. Confíe en nosotros. Hasta mañana, y avísenos si nota algo sospechoso o la llaman de nuevo por teléfono.

Berenice, anonadada, asintió sin dejar de sollozar. Apoyó su bella cabeza sobre el pecho de Ran, al despedirle, y estuvo ante la abierta puerta del piso hasta que bajaron en el ascensor Collier, Ran y los dos silenciosos detectives.

En el portal. Collier y Ran se miraron largamente, acongojados.

—Y ¿qué es todo esto, muchacho? —dijo Collier en tono de duda—. ¿Qué es lo que ha pasado? No entiendo una palabra y no sé si tú sabes más que yo... ¡Nos la han jugado de puño!... Vamos, vamos al coche.

—¿Estaba vigilado Costen por su gente, Collier? —preguntó Ran,

cuando el coche arrancó.

—¿Vigilado Costen? Claro que no... —exclamó Collier con asombro—. ¿Por qué vigilarlo? Yo impedí que esta noche fuesen los cuatro agentes especiales a donde quería enviarlos el viejo, sin que éste se enterase, como quedamos, pero nada más.

—¡Buena la hemos hecho! —murmuró Ran desabridamente, dando un recio golpe con la mano abierta sobre una rodilla del inspector—. Ahora no sabemos lo que puede haber de realidad en el secuestro... Bien; vamos a Jefatura y hablaremos con Smith, ya sabe —hizo un gesto significativo, señalando a los dos detectives que iban en los asientos delanteros del coche.

—¡Es verdad! —gritó Collier con alegría—. Lo había olvidado. ¡Corra, Mars!

El coche aceleró la marcha y pocos segundos después penetraban en el despacho de Collier éste y Ran. El inspector se abalanzó al teléfono, marcando el número de la Western con febril prisa. Ran, sentado ante la mesa, tamborileaba con los dedos sobre ella, mientras fumaba un cigarrillo nerviosamente.

—¿Smith? —gritó Collier con su vozarrón de bajo—. Aquí Collier. Oiga, ¿ha habido algo de particular?

—Nada, jefe. Los teléfonos están durmiendo tranquilamente.

Collier, que había puesto el amplificador telefónico, para que escuchase Ran la conversación, se volvió hacia el joven y ambos se miraron con infinito asombro.

—¿Nada, nada? —exclamó Collier, dando un puñetazo sobre la mesa—. Smith no habrán descuidado el servicio, ¿verdad? Ni siquiera cinco minutos...

—Ni cinco segundos, jefe —replicó el agente, secamente—. Tengo ante mi vista el dispositivo luminoso que me avisa si esos teléfonos funcionan. ¿Es que ha sucedido algo imprevisto? El teléfono de

X-Uno

no ha funcionado, ni el

X-Tres.

Esto no quiere decir que no hayan hablado por otros aparatos, naturalmente.

—Está bien, siga a la escucha. Quizá oiga tiros muy pronto —repuso Collier, colgando el aparato.

—Todo mentira —dijo Ran, apretando las mandíbulas con rabia—. Lo único cierto es que Costen ha desaparecido.

—¿No será que el viejo se ha lanzado, por su cuenta y riesgo, a la busca de esos canallas? Estaba desesperado por sus fracasos y por lo que le dijeron en Washington.

El teléfono sonó, cortando la conversación de los dos policías. Collier descolgó.

—Jefe, aquí Smith. X-Tres acaba de decir a X-Uno

que sale de su casa, ahora mismo. Hablaba con precipitación y agregó que todo estaba ya preparado para el viaje, por su parte. X-Uno contestó que también él estaba preparado.

—¿Dijeron el punto dónde estaban citados? —inquirió Collier, cuya frente sudaba copiosamente, mientras palidecía.

—Sí. El lugar donde él trabaja. Parece que tienen allí a X-Dos,

según deduje de sus palabras, que se referían al abuelito, que estaba bebiendo, y a la posibilidad de que había que cortarle el resuello, por malo.

—¡Rayos! —gritó Collier, colgando el aparato y levantándose de un salto—. ¡Ran, a todo gas allá! ¡Lo van a matar!...

El viejo inspector cogió otro teléfono, el del interior de Jefatura, y habló a gritos, con acento entrecortado:

—¡Watson inmediatamente! ¡Ordene a los coches de las patrullas volantes, cercanas a la Séptima Avenida, bloqueen la manzana donde se halla el restaurante Primrose, en el cuatrocientos treinta y chico de esa Avenida! ¡Hay que asaltarlo cuando llegue yo! ¡Que no dejen salir ni entrar a nadie de la casa!

Ran y el terrible inspector, casi más ágil y dinámico que el joven, salieron a la carrera por el pasillo, ante el asombro de los detectives de guardia y los agentes de uniforme.

—¡Veinte agentes de uniforme, de los de retén, que vengan! ¡Armas automáticas! ¡Avisen a los coches para partir dentro de cinco minutos! —aullaba Collier, mientras bajaba la escalera como un bólido—. Ran, tú de etiqueta... ¡Valiente indumento para combatir!

En la calle, ya preparados los coches, subían presurosamente los agentes, al mando del sargento

O'Connell,
que aullaba aún más que el mismo Collier, dando órdenes secas y precisas.

En otro coche montaron los seis agentes del
F. B. I.,
de guardia en la Jefatura, portando las ametralladoras de mano.

—¡Sargento
O'Connell,
en marcha! ¡Nada de sirenas! ¡Tirad a matar, si hay oposición!

Los ocho coches partieron como una exhalación, mediando unos segundos entre la salida de uno y otro coche.

Kenmare Street, Cleveland Place, West Houston Street, Avenida de las Américas, 23 Street. Después el peligroso cruce con la Séptima Avenida, fueron recorridos a una velocidad no inferior a las sesenta millas por hora, rompiendo todas las normas de circulación, a aquella hora, casi la una de la madrugada, ya muy restringidas.

—Ya están los de las patrullas volantes —dijo Ran, cuando el coche que los conducía se detuvo ante la puerta de Primrose.

Una fila de agentes de uniforme, pistola en mano, parados en la acera, desviaban a los escasos transeúntes que pasaban, haciéndoles cruzar la calle.

Fueron llegando los demás coches, de los que se bajaban rápidamente los agentes. El sargento

O'Connell
llegó ante el inspector Collier.

—Varios agentes a la puerta de servicio del restaurante, sargento —dijo Collier—. Disparad si hay resistencia o pretenden salir violentamente.

No menos de cuarenta agentes de uniforme y los del
F. B. I.,
se agruparon ante la puerta de Primrose, esperando la orden de asalto que había de dar Collier.

—¡Adentro! —rugió el inspector.

Y seguido de Ran, pistola en mano, penetraron en el establecimiento, del que había huido el galoneado portero. Como una tromba, los agentes, apercibidas las armas, les siguieron.

El gran salón estaba lleno de clientes elegantes. Sorprendidos, estaban en pie, ante sus mesas, y los que bailaban se habían

detenido, quedando en aquella actitud, en la pista. La orquesta paró de tocar.

—¿Estará aquí Costen?

—Seguramente. No sabe que su mujer estaba aquí, ni nada de que le estaba traicionando. Pregunta por ella ansiosamente y se lamenta de que quizá le regañe esa infame mujer Por haberse metido en esta aventura.

—¿Cómo fué lo que sucedió? —preguntó Ran, mortalmente pálido.

—Le llamó Hurlock por medio de una nota, que envió por un «botones». Ella debía de saber que enviaba a su marido a la muerte. Es lo que dijo Smith después, hablando del abuelito. Dice Costen que Hurlock le preguntó si yo tomaba parte en este asunto, y si él, Costen, había enviado por fin a sus cuatro agentes especiales para infiltrarse en la banda, y adónde. Costen se negó a responderle. Y Hurlock tuvo la idea de hacerle «cantar» aplicándole la punta de un cigarrillo encendido sobre los ojos... ¡Canalla, que ha tenido la suerte de morir ahora!

—¿Y Berenice? ¿Ha huido? —preguntó Ran, ansiosamente.

—Ha huido, sí. Pero sabemos que se esconde en casa de Hurlock en Chambers Street, por City Hall Park. Nos lo ha dicho un bandolero de éstos.

—Voy a detenerla —dijo Ran, medio cerrados los ojos por la rabia.

—Déjala. Irá otro agente. Tú estás como para meterte en la cama —dijo Collier, mirándole compasivamente—. También a mí me han hecho un chichón.

X



NA espantosa confusión reinaba en el salón. Los clientes del restaurante, hombres y mujeres, poseídos de un pánico aterrador, ametrallados desde arriba, empujados ferozmente por los agentes, que se veían impedidos de actuar desembarazadamente en el gran local derribando mesas, sillas, cayendo unos heridos y otros muertos, en medio de gritos y voces demandando auxilio.

Hurlock y los suyos, parapetados tras los antepechos de los palcos, seguían segando vidas sin mirar si era sobre los agentes o las pacíficas gentes que habían ido allí a divertirse.

Ran se unió a los agentes del
F. B. I.,

que eran los más serenos y animosos combatientes, disparando sus ametralladoras con perfecta precisión.

—¡Hay que subir y barrerlos! —gritó Ran a sus camaradas—. ¡Vamos, a ellos!

Los siete hombres, saltando como gatos, evitando el quedar al descubierto bajo el fuego graneado de las terribles «ukeleles» de los «gángsters», pusiéronse a cubierto bajo los arcos que formaban como un círculo alrededor del salón. Arriba estaban los palcos.

Ran atrapó a un camarero, que pretendía escapar. Llevaba una pistola humeante en la mano, y el agente especial, echándosele encima con el empuje de un toro, le dio dos terribles puñetazos en el rostro, que inmediatamente se cubrió de sangre. Cayó el hombre cuan largo era y Ran lo desarmó.

—Dinos por dónde se sube a esos palcos —rugió, mientras le ponía en pie, zarandeándole—. ¡Dilo o te dejo seco!...

—Ahí, a la izquierda, la escalera —murmuró el camarero, que no se podía sostener.

Un agente le puso unas esposas y le derribó al suelo de otro directo a la mandíbula.

La terrible voz de Collier sonaba de cuando en cuando, ordenando a sus hombres disparar sobre los palcos y el asalto a ellos. El sargento, como un energúmeno, seguido de varios agentes, trepaba por una de las columnas, después de haber arrimado mesas y sillas para alcanzar altura. El griterío era espantoso, acallado a veces por los disparos de las ametralladoras de mano.

Ran y sus camaradas subieron la escalera sigilosamente. Llegaron a un rellano, del que arrancaba un pasillo circular, en el que aparecían, como en un teatro, las puertas de los palcos o plateas.

—Una por una habrá que violentarlas y matar a sus ocupantes —murmuró Ran, cavilosamente—. Somos pocos para eso...

Uno de los agentes disparó sobre la cerradura de la primera cabina. La cerradura saltó, con la madera, instantáneamente.

Una «ukelele» les recibió con su furioso tableteo, obligándoles a guarecerse tras la puerta. Y sintieron cómo otras puertas se abrían, gritando los «gángsters».

Collier, con una docena de agentes de uniforme, subía por la escalera a toda prisa.

—¡Están en las cabinas! —gritó Ran—. Pero van saliendo y nos freirán en este pasillo maldito.

—¡Al asalto! ¡No queda sino ir al asalto! —gritó Collier, que apenas si podía respirar de fatiga—. ¡A ellos, muchachos!

El estrecho pasillo se llenó de humo de pólvora. A derecha e izquierda iban los agentes, tan pronto avanzando como arrojándose al suelo, empujando ante ellos a los feroces «gángsters» por el fatídico círculo de palcos, todo alrededor del gran salón, de donde brotaban espantosos gritos y alaridos.

Ran y los del

F. B. I.,

avanzaban como leones, sin dejar por ello de precaverse en lo posible de las ráfagas de ametralladora de los cercados bandoleros, que iban viendo con terror cómo se les empujaba le un lado y otro, hasta que llegase el instante crítico en que se les uniese en un solo punto atacados de frente y por la espalda.

Hurlock blasfemaba y daba órdenes, a lo lejos, a sus hombres, queriendo evitar a toda costa el que siguiesen retrocediendo por el pasillo circular, donde a todos los esperaba la muerte, aunque pretendiesen esconderse en los palcos.

—Hay que ir por él —dijo Ran a uno de sus camaradas, que disparaba con perfecta tranquilidad su ametralladora de mano, tumbado en el suelo del pasillo—. Si proteges mi marcha, yo avanzo solo...

—Ya estás corriendo. Me quedan tres tambores y marcharé detrás de ti —replicó el imperturbable Johnson, levantándose.

Una ráfaga de balas le hizo caer al suelo, lanzando un ahogado gemido. Ran se inclinó sobre él. A la luz de una bombilla, pendiente del techo, lo examinó. Su vientre aparecía como segado por las balas. Y ya estaba muerto, manando de las terribles heridas un raudal de sangre.

Cogió el agente especial la ametralladora de mano y los tambores de repuesto. Fué arrastrándose como una serpiente por el «linóleo».

Por el otro extremo del pasillo avanzaban al parecer más rápidamente, los agentes conducidos por el feroz Collier, que no cesaba de gritar órdenes y amenazas, intimándoles a la rendición a los «gángsters». Quizá pasados unos minutos aparecerían por el lado

donde estaba Ran los bandoleros, empujados a tiros por los hombres del inspector. Sonaban los culatazos y los disparos sobre las puertas cerradas de los palcos al ser forzadas, y la lucha salvaje de los agentes al destrozar a los bandidos en el interior de aquellos pequeños cuartos, sin más salida que el arrojarse de cabeza al salón, abajo.

Hurlock estaba cerca ya. Huía de la persecución de los agentes de Collier y se acercaba, por ello, al sitio donde estaba Ran, agazapado y avanzando lentamente. Detrás de él, otros agentes, guarecidos en los quicios de las puertas de los palcos, disparaban para evitar que los bandoleros pasasen por allí. En el salón ya no había tanta confusión. Los agentes habían dominado la situación al detener o matar a los camareros y al no ser objeto del fuego de los que estaban antes en los palcos.

Ran saltó de improviso, disparando su arma con velocidad máxima sobre varios «gángsters» que, desesperados al verse acometidos por la espalda; trataban de forzar el paso para huir por la escalera. Hurlock estaba entre ellos, con el traje de etiqueta destrozado y el rostro, simpático, de hombre de mundo, lleno de sangre y manchas de polvo.

—¡Levante las manos, Hurlock, o le envío al infierno! —gritó Ran, escondido tras la puerta de un palco—. ¡No puede seguir ni adelante ni atrás!

—¡Muy amable, Shanstone, pero prefiero esto a la silla eléctrica! —gritó el «boss», burlonamente—. Póngase delante de mí y ya verá lo que es bueno. ¡Adelante, Shepard, Wolton, u os meto una bala en la cabeza!

Los tres bandoleros, desesperadamente, comenzaron a correr hacia donde estaba Ran, y, detrás de él, diez o doce agentes, que les esperaban al acecho, sin disparar sus armas.

Súbitamente, las armas automáticas de los agentes tronaron a la vez, tomando como blancos a los tres bandoleros, ya muy cerca de ellos.

Ran se precipitó sobre Hurlock, que se había levantado del suelo de un salto, quizá indemne, por haber empujado ante él a sus dos hombres. Corría el «boss», jadeando, maldiciendo, tratando de buscar un escondrijo donde guarecerse del fuego de las ametralladoras de los agentes, que corrían también tras Ran para

apoyarle.

Cogió por las piernas a Hurlock, soltando su ametralladora. Le hizo caer al suelo, pero Hurlock se debatió como una fiera y le propinó una tremenda patada en la cara, reanudando su alocada carrera. Silbaban las balas de los agentes tras él y un enorme tumulto de voces y amenazas provenía del pasillo.

Atontado, sangrando por boca y nariz, Ran se levantó y apoyóse en la pared. Los otros agentes se habían marchado para ayudar a sus compañeros, ocupados en finalizar aquella espantable carnicería, en la que los agentes de la ley tenían también muchas bajas.

Hurlock, no muy lejos, abría y cerraba puertas de palcos, buscando dónde esconderse. Ran cogió la ametralladora y, enloquecido de rabia, avanzó pesadamente tras él. Bajábale por el rostro la sangre, cubriendo su «frac» y la blanca pechera de la camisa.

—Ríndase, Hurlock... Está todavía a tiempo —murmuró Ran al llegar ante un palco, arrimándose al quicio de la puerta.

Había oído los leves pasos de Hurlock allá dentro, pretendiendo esconderse tras los cortinajes, en la oscuridad.

Siguió un silencio ominoso. Ran encañonó su ametralladora sobre los cortinajes de la derecha del palco, hacia el exterior, y disparó una ráfaga de diez o doce balas.

Las cortinas cayeron al suelo, acribilladas. Hizo lo mismo con las de la izquierda.

De allí brotó un haz de pequeñas llamas azules, varias detonaciones, y el marco de la puerta se astilló, incrustadas en él las balas de la ametralladora de Hurlock.

Penetró de un brinco Ran en el palco, jugándose la vida limpiamente, y cayó sobre Hurlock, guarecido tras la mesa y las sillas.

—¡Ríndase, animal! —gritó Ran, mientras le acometía con terribles puñetazos, tirando de nuevo al suelo la ametralladora.

—¡Me lo llevo por delante! —rugió Hurlock, replicando a los golpes de Ran con enorme violencia.

Se trabó una silenciosa lucha, feroz y a muerte, entre los dos hombres. Por el pasillo corrían los «gángsters» y los agentes, en una persecución endemoniada, alrededor del pasillo circular, tronando

las ametralladoras de unos y otros.

Ran, noblemente, trataba de reducir al «boss» para hacerle prisionero. Luchaba desesperadamente, viendo en Hurlock un enemigo tan fuerte como astuto, ducho en toda suerte de trucos para la lucha. El «boss» trataba de lanzarlo por encima del antepecho del palco, para estrellarlo contra el suelo del salón. Para ello, con un vigor enorme, lo levantaba en vilo y pretendía llevarlo al antepecho, mientras le apretaba contra su cuerpo.

Ran, aún atontado por la patada recibida momentos antes en la cara, sentíase débil, mareado, no pudiendo apenas resistir los embates de Hurlock.

En aquel ir y venir, forcejeando sañudamente, del extremo del palco al antepecho, rodando por el suelo, irguiéndose de nuevo, Ran pudo encontrar la ocasión esperada para hundir los pulgares de las manos en los ojos de Hurlock, que instantáneamente aflojó en su esfuerzo por llevar a su enemigo al antepecho. Lanzó un espantoso grito de dolor al sentir cómo los dedos de Ran le estaban haciendo saltar los ojos.

El agente especial le propinó después un escalofriante golpe en el mentón. Hurlock daba la espalda al antepecho, pero a la violencia del golpe salió como disparado hacia atrás, los brazos en alto...

Cayó sobre el antepecho, a sus espaldas, y medio cuerpo, el superior, osciló como péndulo, sobre el vacío...

Se agitó Hurlock desesperadamente, tratando de asirse a algo con las engarabitadas manos.

Todo fué inútil...

Cayó de espaldas, los pies al aire, sobre el suelo de piedra pulimentada del gran salón. Y su cabeza chocó violentamente en el pavimento con un ruido lúgubre y macabro. La sangre, negruzca, que brotaba de la rota cabeza, se extendía lentamente por el suelo.

Ran, inclinado sobre el antepecho, vio que Hurlock estaba muerto. Sus ojos, muy abiertos, horrendamente fijos, parecían mirarle con inaudita ferocidad.

Todo parecía haber terminado en aquellos instantes. No sonaban ya disparos. En el salón, varios médicos y agentes atendían a heridos y desmayados, muy numerosos. A un lado, tres o cuatro «gangsters», esposados, eran vigilados por los enfurecidos agentes.

—¡Ran, baje de ahí! —gritó Collier, que llevaba la cabeza vendada—. ¿Le han hecho pupa? Tenemos al pobre Costen...

El agente especial bajó vacilantemente la escalera. Collier salió a su encuentro.

—Estaba él, Costen, encerrado en un mal cuartucho, atado de pies y manos. Y le han martirizado, Ran —dijo, rabiosamente, el inspector—. Dice el médico nuestro que quedará ciego seguramente. No sabe que su mujer estaba aquí, ni nada de que le estaba traicionando. Pregunta por ella ansiosamente y se lamenta de que quizá le regañe esa infame mujer por haberse metido en esta aventura.

—¿Cómo fué lo que sucedió? —preguntó Ran, mortalmente pálido.

—Le llamó Hurlock por medio de una nota, que envió por un «botones». Ella debía de saber que enviaba a su marido a la muerte. Es lo que dijo Smith después, hablando del abuelito. Dice Costen que Hurlock le preguntó si yo tomaba parte en este asunto, y si él, Costen, había enviado por fin a sus cuatro agentes especiales para infiltrarse en la banda, y adónde. Costen se negó a responderle. Y Hurlock tuvo la idea de hacerle «cantar» aplicándole la punta de un cigarrillo encendido sobre los ojos... ¡Canalla, que ha tenido la suerte de morir ahora!

—¿Y Berenice? ¿Ha huido? —preguntó Ran ansiosamente.

—Ha huido, sí. Pero sabemos que se esconde en casa de Hurlock en Chambers Street, por City Hall Park. Nos lo ha dicho un bandolero de éstos.

—Voy a detenerla —dijo Ran, medio cerrados los ojos por la rabia.

—Déjala. Irá otro agente. Tú estás como para meterte en la cama —dijo Collier, mirándole compasivamente—. También a mí me han hecho un chichón.

—Voy yo, jefe —dijo Ran resueltamente, temblando nerviosamente.

Salíó del restaurante, del que también salían ya los clientes, en lamentable estado físico y moral.

—Al doscientos veintiuno de Chambers Street —dijo Ran al chofer de uno de los coches oficiales—. A toda velocidad...

Haciendo sonar la sirena, el coche salió disparado por las casi

desiertas calles, acortando por otras de dirección prohibida.

Bajó del coche y penetró en el portal de la casa, donde dormitaba el sereno de noche.

—Al piso del señor Hurlock —díjole mientras penetraba, en el ascensor.

Era el 14, y ante la puerta, Ran quedó inmóvil un instante, pensativo. Sacó después la pistola de su funda, bajo la axila, y puso una bala en la recámara. Llamó después al timbre.

—¡Ran! —exclamó Berenice que había abierto un poco la ventanilla de la mirilla de la puerta—. ¡Tú!...

—Abra. Berenice —dijo Ran, con voz trémula—. Vengo a buscarla...

—Ella está aquí, Ran. Pude salvarla de las garras de Hurlock. Cuando se marchó él fui a buscarla...

—¡Abra, Berenice! —gritó Ran, sacando la pistola y apuntando a la cerradura—. Hablaremos cuándo entre.

—¡Dame tu palabra de que cuando tú entres podré salir yo! —gritó ella, con ansiedad—. ¡Si intentas entrar, la mato!

Ran disparó sobre la cerradura. Disparó otra vez y después empujó con todas sus fuerzas, abriéndose la puerta de par en par.

Berenice huía pasillo adelante, cuchillo en mano, lanzando gritos de rabia. Y Ran de dos zancadas, la alcanzó y la derribó al suelo de un puñetazo en la nuca.

—¡Elsa! ¡Elsa! —gritó el joven, recorriendo las lujosas habitaciones.

—¡Ran! —gritó ella, débilmente—. ¡Ran, aquí, en esta alcoba!... Mi corazón, cómo sabía que vendrías... ¡Ten cuidado con ella, con esa fiera!

Estaba atada la joven de pies y manos, y tenía, caído sobre la cara, un pañuelo de seda, que había hecho de mordaza. Ran la desató entre caricias, y la hizo beber un poco de agua y «*whisky*», en el comedor.

—Baja y espérame en el coche que hay a la puerta —díjola cariñosamente, besándola apasionadamente—. Anda, baja, querida...

—¿Vas a detener a esa mujer? —dijo ella, señalando a la desvanecida Berenice, tendida en el suelo—. ¡Infame!... Ella era la que le pedía a Hurlock que matase a Costen. A su pobre marido.

Eran amantes. Ran, y ella sacaba a Costen todo lo que podía sobre vuestros movimientos para contárselo a Hurlock. Por eso os vencían... Y cobraba el precio de su traición.

—Sí, sí... Anda, baja, baja —apremió Ran lívido.

Cuando estuvo solo con Berenice, la incorporó y la hizo beber también agua y «*whisky*». Después la cruzó la cara de un duro revés, para hacerla volver en sí.

—¡Ran! —exclamó ella, tras unos segundos de inconsciencia, abriendo los asustados ojos—. ¡Ran, debo explicarte!... Estaba como loca... de celos.

Él, sentado a su lado, permanecía impassible, mirándola con odio infinito.

—¡Asesina! —le dijo muy quedamente, con acento trémulo de rabia, apretadas las mandíbulas—. ¡Asesina, traidora!... Vengo... a matarla. La espera la silla eléctrica, pero no debe enterarse el pobre Peter de que su adorada esposa era una hiena para él, y que pidió usted a Hurlock que le matase...

—Mentira... ¡Mentira! —gritó ella, tratando de echar, los brazos al cuello de Ran, hermosa como nunca y tentadora—. ¡Estaba loca por ti, Ran, y deseaba quedarme sola y con mucho dinero para ofrecértelo! ¡Todo lo hacía por ti, Ran!

—¡Embustera! Usted ya sabía que yo quiero a Elsa, Usted se entendía con Hurlock y se disponían a huir esta noche los dos, matando antes a Peter.

—¡Todo lo hacía por ti, Ran! —clamó ella sin entusiasmo ninguno. Y su mirada se fijó en el cuchillo que antes esgrimía. Saltó sobre él, al suelo, lanzando un grito de triunfo.

Ran dio un puntapié al arma, lanzándola lejos, mientras con una sola mano sujetaba por las muñecas a Berenice, que se le revolvió, mordiéndole las manos y debatiéndose furiosamente.

—La voy matar, mala mujer... —dijo Ran, sonriendo ferozmente—. Peter no debe saber que usted era así. Sigue creyendo que su mujercita es un ángel bondadoso, como una madrecita... Hurlock le ha dejado ciego, gracias a usted. Usted quería que muriese, pero será usted la que muera... de un accidente...

—¡Perdón, Ran! —gritó Berenice, aterrada luchando furiosamente por escapar de las garras del joven—. ¡Perdón y seré para él lo que él creía de mí!

—Peter creará que usted ha muerto en un accidente. Que guarde de usted el mejor recuerdo —siguió Ran, implacable—. No se merece que nadie le eche en cara que su esposa era una traidora infame y que por ella, y por amarla a usted, el

F. B. I.,

y la Policía perdieron muchos hombres.

—¡Perdón, Ran! —gritó ella, con voz terrible, al sentirse levantada en vilo por los brazos de Ran y llevada en volandas hasta una de las abiertas ventanas de la estancia—. ¡Asesino!... ¡Asesino!...

Ran la tapó la boca con una mano y siguió su camino hacia la ventana, Luchaban ambos con saña: ella, por librarse de una horrible muerte; Ran, por matarla, evitándola una afrentosa muerte y la vergüenza extrema al anciano Peter de saber que su esposa había sido ejecutada en la silla eléctrica por criminal.

—¡Ran! —gritó de repente a espaldas de ellos Elsa, que había subido de nuevo al piso—. ¡Qué vas a hacer, Ran!

El agente especial volvió el rostro, cubierto de nuevo de sangre. Y soltó a Berenice, que se alejó vivamente, temblando de horror.

—Comprendo lo que querías hacer, Ran, y por qué —dijo Elsa, mirando con absoluto desprecio a Berenice—. Pero no puedes tú tomarte la justicia por tu mano. Ser un asesino de una asesina y traidora, de una desvergonzada ramera sería tu deshonor, querido. ¡Dame tu pistola, Ran!...

Ella cogió la misma de la funda, colgada de un hombro de Ran y rápidamente sacó de la culata el cargador, dejando únicamente una bala en la recámara y quitado el seguro. Se la tendió después a Berenice, ante el asombro de Ran que hizo un movimiento para impedirlo.

—La espera la silla eléctrica, y con ella el que su nombre vaya rodando de boca en boca para maldecirla —dijo Elsa, con voz helada—. La maldecirá hasta su mismo y desgraciado marido si sabe que ha sido ejecutada, por infame. Si la queda un átomo de vergüenza, ya sabe lo que debe hacer...

Berenice, lívida, cogió el arma con mano temblorosa, dejándose caer sobre un sillón.

Y Elsa, cogiendo de un brazo a Ran, que la contemplaba con profunda admiración le hizo salir del piso.

—Bajemos a pie, Ran —dijo ella—. Y sin meter ruido.

Estando en el piso sexto oyeron una sorda detonación de pistola.

Detuvieron el descenso para contemplarse silenciosamente.

Después siguieron bajando, cogidos del brazo. Montaron en el coche y partieron hacia Forsyth Street, para que ella descansase.

En el aeródromo de La Guardia, Ran y Elsa despedían al anciano exinspector Costen, que partía en avión para Los Ángeles a vivir allí con los padres de Ran.

Ran ayudó a Costen, ciego, a subir la escalerilla del aparato y le hizo sentarse en el sillón que le estaba destinado. Una resignación suave, llena de ternura, se reflejaba en el rostro del anciano.

—No me importa no ver lo que desde la ventanilla vaya desfilando cuando esté arriba —dijo dulcemente, estrechando las manos de los jóvenes—. Mucho más me duele no tener conmigo a mi pobre Berenice, que ahora me explicaría todo y me haría ver por sus propios y hermosos ojos. ¡Qué rasgo el suyo, perder la vida cuando acudía en mi socorro! Jamás una mujer podría hacer más que lo que hizo ella por mí, ¿verdad, Ran?

—Sí, viejo —dijo Ran, volviendo el rostro, muy pálido—. Hay mujeres que dejan al morir un recuerdo perenne. Todos nos acordaremos siempre de ella y de usted. Va a partir el avión, viejo. Un abrazo...



CONCURSO DE NAVIDAD 1950

PREMIOS

1.º	1.000	ptas.
2.º	500	»
3.º	300	»
4.º	200	»

TOTAL: 2.000 ptas.

EDITORIAL ROLLAN está muy agradecida al entusiasmo del público por sus novelas, y desea corresponder, proporcionando a sus lectores unas Pascuas felices.

Con el fin de repartir de una forma justa y legal los premios arriba indicados, se abre un Concurso con arreglo a las siguientes bases:

1.ª En la última hoja de nuestras publicaciones (Secciones NEVADA, EXTRAORDINARIA DEL OESTE: F. B. I.) se repetirá el texto de estas dos páginas. El concursante habrá de rellenar los datos indicados en el recuadro del dorso, escribiendo claramente el número sobre el cual cree que caerá el Premio Gordo en el sorteo de la Lotería Nacional que se celebrará el día 22 de diciembre del presente año.

2.ª Los premios se repartirán de la siguiente forma. El primer premio será para aquel boleto cuyo número coincida o más se acerque (por sobra o por falta) al Premio Gordo del antes citado sorteo, y los restantes en relación directa a su aproximación al mismo Premio Gordo (EJEMPLO: Suponiendo que el referido Premio Gordo cayese en el número 30.000 y hubiese cuatro boletos con los números 29.981, 30.020, 27.422 y 31.101, respectivamente, el premio de MIL PESETAS correspondería al 29.981; el premio de QUINIENTAS PESETAS, al 30.020; el pre

mio de TRESCIENTAS PESETAS, al 31.101, y el premio de DOSCIENTAS PESETAS, al 27.422.)

3.^a Los concursantes habrán de remitir la *hoja completa* (cortada por la línea de puntos) a esta Editorial Rollán (San Bernardo, 68. Madrid), indicando en el sobre: Para el CONCURSO DE NAVIDAD, bien cerrado, y franqueado con cincuenta céntimos.

El plazo de admisión se cerrará el día 18 del próximo diciembre, a las doce horas de su noche.

4.^a Los sobres recibidos se depositarán, cerrados, en la Notaría del Licenciado señor don Florencio Porpeta, Notario en esta capital, el día 20 del próximo diciembre, y serán abiertos ante él el día 23, a las doce horas, en los locales de esta Editorial, adonde podrá asistir y ver la apertura el público que así lo desee.

5.^a Este Concurso no podrá ser declarado desierto, es decir, que los premios se repartirán en la forma prescrita, aunque ningún boleto acertase el Premio Gordo de Navidad.

6.^a En el caso de que hubiese empate en acierto o aproximación, se sorteará el premio respectivo.

Madrid, 7 de noviembre de 1950.

EDITORIAL ROLLAN

El Premio Gordo del sorteo del día 23 de diciembre de 1950 de la Lotería Nacional caerá en el

Núm.

DIRECCION DEL CONCURSANTE

Nombre y apellidos

Domicilio: Calle, núm.

Ciudad Provincia

Contrabando funesto

El comercio clandestino de piedras preciosas, con su secuela de ambiciones bastardas, llegó a obsesionar a los inteligentes **G-men** del **F. B. I.**

FRANK C. MCFAIR

nos muestra ese mundo tenebroso del mercado de diamantes, cuyos brillos están velados por las gotas de sangre, convirtiéndose en rubíes malditos.

Contrabando funesto

presenta a un héroe de la Policía Federal tras la pista de los criminales contrabandistas. Consigue descubrirlos pero al enfrentarse con ellos...

LEA

Contrabando funesto

próxima publicación de la

Colección F. B. I.

